

N O S O T R O S

EL PRINCIPIO DE LIBERTAD Y LAS RAZAS RETARDADAS

I

NADIE imaginaría, por supuesto, que el datilero o el cacao pudieran prosperar en nuestras latitudes sin preparar, previamente, las condiciones del suelo donde hayan de arraigar; y aun así, las plantas, castigadas por el clima, vivirían una existencia artificial. Del mismo modo, ciertos principios de libertad, correlativos con un estado social de intensa cultura, o ciertas prácticas jurídicas, traídas de lejanas tierras por forzado trasplante, resultan elementos exóticos en nuestras desmedradas repúblicas. En los últimos días, por ejemplo, con motivo de actos arbitrarios del Ejecutivo Nacional o de sus agentes directos, hemos visto renovarse las antiguas controversias a propósito del derecho de reunión o del ejercicio del *habeas corpus*. Mas, es evidente, que la mera exhibición de tan desacostumbrada dialéctica, sólo acredita nuestra natural incapacidad para penetrar el sentido de la libertad y realizarla sin violencias. Porque la exuberancia en el lenguaje, en cuestiones tan escuetas y simples, es la expresión acabada de la insensatez. (1) Cabe preguntar entonces: ¿Cuáles son las causas, próximas o remotas, de esa nuestra inferioridad manifiesta?

Desde luego, los derechos y garantías que la Constitución

(1) Einstein, en el informe presentado a la Academia de Ciencias de Berlín, ha concretado la teoría de la Relatividad (que no es sino la concepción esotérica del Cosmos, expresada en fórmulas matemáticas) en seis páginas.

reconoce como elementos sustanciales de un estado democrático — tal el recurso o remedio legal del *habeas corpus* — derivan, originariamente, del derecho inglés o de su ilustre primogénito, el derecho norteamericano. Esto es: son atributos civiles y políticos de estirpes esclarecidas. En dichas democracias, por motivos étnicos, provenientes de un acentuado proceso evolutivo, el individuo es el elemento funcional de las actividades sociales. El Estado representa, como expresión colectiva, la multiplicación de la unidad; y la vida del conjunto, desenvolviéndose en consorcio con la personalidad de cada ciudadano, ciméntase sobre derechos puramente individuales. El sentido de la libertad viene de adentro; emana como una potencia interior de cada componente del grupo. Cada uno sabe que en él reside el principio o la raíz del derecho, y sustenta el imperativo moral de no abdicar el privilegio adquirido. La Nación resulta así la proyección del individuo en todos los aspectos de la actividad; y esto, constituye la pujanza de aquella.

Debemos agregar, además, que en la vieja Inglaterra las libertades individuales — en el orden religioso, político o civil — han sido conquistadas paulatinamente por el hombre en abierta lucha con las fuerzas opuestas: ya sean la potestad espiritual, el poder real o los elementos de la naturaleza. El protestantismo inglés, concretado, en un principio, al puro Evangelio de Cristo y despojado del fetichismo católico, da al individuo mayores aptitudes para ampliar los dominios de la vida trascendente (2); la oposición permanente al predominio real (el rey reina, pero no gobierna) enaltece la calidad intrínseca del aparente súbdito (3); y la necesidad de que cada uno — por lo menos en cercanos tiempos — se bastara a sí mismo, dentro de un territorio limitado, surcado por ásperas montañas y acicateado por un clima inclemente, afirma en el hombre la seguridad de su suficiencia, la jactancia de su superioridad, y aun el orgullo de su aislamiento (la orgullosa Albión de los impotentes), como complemento de

(2) "Un individuo a quien se da la Biblia como su sola regla de conducta y se le deja responsable de sus destinos religiosos, acaba por tener alma republicana". — LABOULAYE: *Historia de los Estados Unidos*. Cap. 10. T. I.

(3) También es axiomático el proverbio inglés: el viento y la lluvia pueden penetrar en la cabaña del pobre, pero no la autoridad del rey.

su fortaleza. La raza, tallada en piedra con el afanoso guerrear, no podría engendrar en sus entrañas ningún despotismo. (4).

La estirpe latina (con excepción del pueblo francés, por los elementos celtas y galos que en él predominan) o la rama espúrea hispanoamericana, acusa en su fase evolutiva un proceso distinto. Eminentemente gregaria en sus manifestaciones vitales, en ella preponderan las características de la especie sobre las peculiaridades del individuo. Este, aislado, es, dentro de la colectividad, una fuerza vacilante y mudable. No puede concebirse como la unidad integral que sintetiza la vida del conjunto, sino como una partícula ínfima subordinada en sus funciones al espeso grupo a que se acopla. Sólo se siente completo en la intimidad del núcleo gregario, al igual de la oveja en la majada. De ahí que el latino en general, o el hispanoamericano, desconozca, por motivos étnicos, el sentido profundo — y por ende trascendente — de la libertad individual. Proviene de una raza retardada en su progreso evolutivo. Desde sus remotos orígenes, aquel ha dejado de ser *unidad* para aparecer como el complemento de un *número*. Viviendo connaturalizado con la multitud, se ha movido siempre por objetivos materiales o externos que únicamente interesan al conjunto. La religión que profesa en la actualidad no comporta un sentimiento místico profundo, ni su ritual pomposo predispone a la concentración del ser — que es el punto de partida y la condición necesaria para elevarse en jerarquía. El catolicismo militante no es más que el culto exterior de las masas desorientadas: una religión femenina que sólo excita los sentidos corporales o embota la mente de los ingenuos. No es el supremo refugio para el hombre que ha reencontrado su lámpara, sino un abrevadero para el obscuro rebaño. En sus actividades políticas, el latino o el hispanoamericano, individualmente — dentro de la agrupación a que pertenece — no evidencia ser el centro de apoyo o el objetivo real del movimiento. Aparece, en cambio, suplantado por un sustantivo colectivo: el pueblo (5), el congreso,

(4) "Está bien muerto el antiguo régimen y no resucitará. Entre nosotros, por lo menos, la sumisión de todos a uno solo es, a la par de inútil, repugnante e imposible." SPENCER: *El gobierno absoluto*.

(5) En la Constitución Argentina — trasunto del espíritu individualista norteamericano — "el pueblo... no delibera ni gobierna". Sólo ahora, cuando la dictadura se propaga en los países latinos, como la forma

fuera de los límites de su país, va en "legiones" militares, aprovecha "corrientes" conquistadoras o emigra en parvadas para el ejército... Cuando realiza alguna empresa heroica o inusitada, fundar "colonias". Hasta para delinquir se asocia en "bandas" o constituye, como en la Italia Meridional, la "camorra" o la "mafia". En los documentos literarios, se denominan "repúblicas" los más caóticos conglomerados humanos. (6).

Al revés del germano o del sajón, el latino o el hispanoamericano no domina por sí mismo con el esfuerzo metodizado y paciente los elementos materiales o las fuerzas de la naturaleza. (7). Esclavo perdurable del medio físico o de los agentes exteriores, su capacidad industriosa es ordinariamente rutinaria o ineficaz. Hidalgo o pechero, preferirá siempre la vida estrecha en la holganza infecunda a la satisfacción dolorosa o tardía del trabajo proficuo. (8). Cimenta los valores humanos en el verbalismo declamatorio o en el gesto teatral; y jactase hasta la temeridad cuando el más esclarecido de sus héroes ficticios (porque el héroe real no existe, o sólo se concibe como un combatiente guerrero) ensaya un Discurso sobre las Armas y las Letras. (9). La palabra vacía, el *logos* sin espíritu, es el soplo que mueve los entusiasmos paralizándolo la voluntad creadora.

De estas someras acotaciones, infiérese que el latino o el hispanoamericano no ha llegado a concretarse como individualidad, trasuntando en sí el alma de la muchedumbre. Su historia — lejos de encarnar el movimiento deliberado de los hombres que buscan afanosamente la clave de la vida (síntesis de toda cultura profunda) es el drama espectacular de las hordas que pasan. Repúblicas, imperios, pontificados: rebaños trashumantes, nada más...

adecuada a su cultura política — el "plebiscito" — cobra la excepcional importancia de un "mandato histórico".

(6) Ya en 1575, el agustino fray Gerónimo Román y Zamora, escribió un tratado sobre las "Repúblicas de Indias", en el cual se estudian las instituciones políticas y las costumbres de los indios de Méjico y Perú.

(7) "Les Anglais ne possèdent pas seulement de meilleures machines pour agir sur la nature; ils sont eux-mêmes de meilleures machines." W. BAEBER: *Lois Scientifiques du Développement des Nations*. Pág. 227.

(8) *El Lazarillo de Tormes*. — Azorín: *Los Pueblos*. Pág. 101.

(9) *Don Quijote*. — Parte I, Cap. XXXVII — En ocasiones, el héroe consabido no es sino un ruidoso fanfarrón. (*Mundo Argentino*, Reportaje a Millán de Astray, abril de 1929).

Si alguna vez el aliento estético o el impulso hacia la ciencia pura parece animar las jornadas, es por el esfuerzo aislado o la tenacidad extraordinaria de un genio excepcional: Leonardo, Dante, Cervantes, Galileo. Entre estos y la masa tan ignorante como hostil que los circunda, no hay ningún punto de contacto. Retardadas las multitudes en su evolución espiritual, su progreso no es más que aparente. Después de algunas etapas falaces, sustentadas por una minoría selecta, el retorno a lo antiguo se hace necesario; y las viejas formas cobran nuevamente actualidad. El aforismo, clásicamente latino, "la historia se repite" es la comprobación palmaria de este aserto. Porque no pueden subsistir nuevas formas de vida si no existe un nuevo espíritu que las anime. Por eso, las razas retardadas en su perfeccionamiento evolutivo vuelven fatalmente al pasado. Las multitudes fanatizadas que ovacionan clamorosamente a Mussolini son las mismas que aplaudían en el circo la presencia de Tiberio o de Calígula (10); la plebe iletrada que victorea en Venezuela al general Venancio Gómez, extremaba antes su servilismo ofreciendo un cetro a Bolívar; las turbas abyectas que pretendían sustituirse a los caballos para arrastrar el carruaje del presidente Irigoyen, son idénticas a las hordas frenéticas que paseaban por las calles de Buenos Aires el retrato de Rosas.

II

No nos asombremos, pues, si resulta casi impracticable, en repúblicas como la nuestra, la adopción de remedios legales que garanticen el ejercicio amplio de la libertad individual o tiendan a contener el abuso en caso de coerción arbitraria. Ni la masa ciudadana a quien beneficia la medida, ni las autoridades encargadas de aplicarla, conocen, en realidad, su alto alcance. El ciudadano de nuestras tituladas democracias es, por lo general, un ser totalmente rudimentario. Desconcertado ante el espejismo del sufragio universal, fundamenta su vanagloria en el ejercicio del derecho del voto; pero, no como el resultado de un proceso deliberado, sino por la imposición directa del caudillo o del *leader*.

(10) SUETONIO: *Los doce Césares*.

Afiliado a una facción o "partido" por necesidad del vivir o con fines puramente logreros, el pasionismo banderizo o sectario obscurece su mente. Resulta así, dentro de la comunidad, una fuerza ciega o una entidad deformada. Sus procedimientos de incurable encono, corresponden a la época del canibalismo político. (II). Agregad a esto los atavismos irreductibles, la ignorancia ancestral, los prejuicios religiosos y sociales, el hábito de subsistir a expensas del Estado, de cualquier clase o condición que sea, la incapacidad para bastarse a sí mismo, y tendremos el tipo acabado de un ente cuyas funciones vegetativas obscurecen las actividades mentales. Este vertebrado superior que apenas vislumbra los contornos de su existencia, está originariamente incapacitado para apreciar el valor integral o superhumano de la libertad propia. Espiritualmente, es un ser retardado como la raza de donde proviene; y en una medida que no pueden sobrepasar, dentro de una época dada, los individuos que componen aquella. Para ello, sería necesario realizar un proceso de evolución — continuado y doloroso, — que acelerara el crecimiento de las facultades internas. Los tipos de excepción, semejan, de consiguiente, moscas blancas en el ambiente enrarecido; y son ellos los que, por una equivocada percepción de la realidad o por el afán altruista de acelerar la marcha de la vida circundante, pretenden revestir a todos sus conciudadanos con sus propios atributos. Empeño infructuoso, en verdad! Porque, si romper cadenas o aventar tinieblas es la tarea habitual de los que persiguen un alto propósito de emancipación, las multitudes — y sobre todo en nuestras comarcas — no valoran el sacrificio, prefiriendo permanecer inmutables en su condición presente. Desdeñan la libertad, civil o política porque no saben hacer uso de ella. ¿De qué serviría un telescopio a los negros del Senegal? Y si lo usaran como un instrumento mágico ¿cuántos años transcurrirían antes de que concibieran las leyes de la mecánica celeste, o redujeran a fórmulas matemáticas el resultado de sus observaciones? Por esto, si examinamos hoy el mapa político de las naciones latinas o hispano-americanas, llegaremos sin esfuerzo a la conclusión enunciada.

(II) La literatura política traduce, actualmente, entre nosotros, esa ferocidad. Basta leer los diarios de "partido" que se publican en la capital y en el interior del país para comprobarlo.

Los pueblos de Italia, España y de las repúblicas de la América nuestra, tienen del esclarecido concepto de la libertad individual — en su significado trascendente — la misma noción que los negros aludidos tienen del telescopio.

En el plano de la justicia, los funcionarios que la desempeñan — salvo alguna milagrosa excepción — no pueden, como es de imaginar, diferenciarse de la masa gregaria. Sólo perciben como ésta el aspecto material de la vida; y desde que ocupan cargos en cierto modo políticos, tienen interés inmediato en mostrar su adaptación al ambiente moral y a las normas mentales de la grey colectiva. Para ellos “detonar” — verbo en boga, aplicado al efecto — es sinónimo de “delinquir”. Si los pueblos no conciben o no valoran el sentido profundo de la libertad individual, ni tampoco el sentido de la justicia que es su complemento necesario, el juez — exponente genuino de esas agrupaciones — no ocupa, ordinariamente, un lugar más elevado que ellas en gerarquía espiritual. A semejanza del sacerdote que celebra automáticamente los ritos externos del culto y carece de capacidad para compenetrarse del verdadero sentimiento religioso (que, en última síntesis, no es el misticismo enfermizo, sino la percepción de la relación ideológica entre el *yo* y el Cosmos) los jueces, por lo general, ven en el ejercicio de la libertad una función social sometida a la férula de las leyes. El juez de la república federativa de hoy — viniendo a nosotros, por ejemplo — es el mismo juzgador de la colonia: solemne, rutinario, formulista. Su espíritu nutre sus raíces en las entrañas de la raza retardada que lo engendró. No es el guía experto que atraviesa las tinieblas con una antorcha en la mano, sino un trasunto de la vida instintiva de la especie. Cuando desempeña sus funciones, armado de la balanza de *Themis*, parece más bien un hábil ergotista que el intérprete de un mandato excepcional. Valora el bien y el mal, la razón y la sin razón, el derecho discutido y la letra de la ley; pero, al mismo tiempo, contempla su propia situación ante la sociedad que le observa o ante el poder político del cual es un agente directo. Sus fallos resultan, por tales circunstancias, necesariamente deformados. Si está vinculado, verbigracia, a las clases conservadoras, nunca llevará su independencia de criterio hasta ponerse en pugna con su parentela inmediata. Si pretendie-

ra cimentar su fama de jurista, no será él quien juzgue sino algún viejo gazofilacio en cuyas páginas se atesore la petulancia doctoral de los siglos. Por último, si es prosélito de alguna agrupación política cualquiera, el pasionismo banderizo determinará sus decisiones; pues, acaso, su cargo dependa de la protección del caudillejo amigo, y su prestigio de la voluntad del "comité". (12) Y por encima de todo, su bagaje ancestral estará dirigiendo, imperativamente, sus movimientos interiores. ¡Tiemblo, decía Lamennais, cuando pienso que existen hombres encargados de juzgar a otros hombres!

Por las causas enunciadas, el derecho, en países de la índole del nuestro, cuando afecte intereses de baja política relacionados con la libertad de las personas o con la riqueza parasitaria, será siempre el espectro grotesco de la justicia. Mientras el juez no se sobreponga a las aberraciones ancestrales o a las taras psicológicas de la raza, no podrá apreciar en su exacta trascendencia los principios fundamentales de la vida democrática: la libertad en el orden individual, la justicia en el orden colectivo. Su alta misión se concretará, únicamente, al formulismo procesal. Una garantía primordial, como el *habeas corpus*, comportará para él un modo especial de "proceder" o un rito inusitado dentro de las prácticas corrientes. (13). Renacerá el viejo oidor — empacado, solemne, meticuloso — encubierto con la vestimenta presuntuosa que impone el republicanismo actual: jactancia, compadraje, ignorancia erudita, vaciedad incurable... A su influjo autoritario, surgirá el "expediente" que es la ejecutoria ostensible de la inhabilidad permanente de la estirpe hispano americana. En torno de la fraseología curialesca de aquel, se consolidará la "jurisprudencia" o sea la ciencia de los remendones del derecho; y los "comentaristas" rondarán como roedores para llenar

(12) Los jueces de las últimas intervenciones federales son ejemplares clásicos.

(13) "La libertad individual está garantizada en Estados Unidos como en Inglaterra de la manera más eficaz. El *habeas corpus* — baluarte y segunda carta magna de la libertad británica — está en pleno vigor. Basta una simple reclamación dirigida a un magistrado para que éste, en cumplimiento de su deber, expida un mandamiento de prisión contra cualquiera que detenga arbitrariamente a una persona". LABOULAYE: *Historia de los Estados Unidos*, Tom. 12, Cap. I.

las estanterías con la casuística de sus interpretaciones suspicaces.

Mas, por debajo de esa arquitectura artificiosa o de esa super estructura jurídica — como diría un apologista del materialismo histórico — a despecho de todo, la espesa multitud, afeerrada a sus hábitos, proseguirá recorriendo su invariable ruta. Por cada hombre que se emancipe espiritualmente — en el intenso significado de la frase — habrá millones que continuarán siendo pulpa de la estirpe o ciudadanos de las Repúblicas de Indias. Los viejos dogmas y los viejos mitos — modelados para la multitud y no para el individuo — darán su pauta a la religión, a la justicia y al derecho. Por mucho tiempo, las influencias externas o el medio físico — como en la América nuestra — prevalecerán sobre las actividades estériles de las masas; y la montaña, el bosque o el desierto serán más poderosos que los apóstrofes del populacho infecundo. Acaso España, después de la dictadura actual, reclame a Torquemada; Italia reconstruya el Imperio de Calígula; y en la tierra americana, Venancio Gómez y Juan Manuel Rosas tengan su monumento. La trágica existencia presente está corroborando estas verdades. Mientras los pueblos latinos e hispanoamericanos no alcancen a compenetrarse del principio de justicia que mueve la vida y del sentimiento trascendente de la libertad individual por un esfuerzo colectivo que comporte un doloroso sacrificio (y para ello habrá, por lo menos, que volver a Kant, creando un nuevo concepto espiritual del mundo), aquellos permanecerán retardados en su evolución y habrán de repetir más de una vez, en el curso de los siglos, su desolada historia. (14).

CARLOS N. CAMINOS.

(14) Vico, acaso, había previsto ya esta doctrina en su *Corsi e Recorsi*, influenciado, sin duda, por Platón, cuya lectura cultivó en el Monasterio de Vatolla. Keyserling — el filósofo en boga, posiblemente incomprendido — ha escrito en la portada de su *Diario de Viaje*: "Para encontrarse a sí mismo, el hombre debe dar la vuelta al mundo" — es decir, debe tornar al Oriente. *Qui potest capere, capiat!*...

OTRAS PALABRAS A TU MUERTE (1)

S*i se entrevé la tierra desde el cielo
nos has visto acercarnos a tu casa,
llegar hasta tu madre, silenciosos
y conversar de ti con tus hermanas.
Tu madre tiene la altivez de un árbol;
quiere ser fuerte, pero ya se cansa.
Habla de ti; sonríe; estás presente;
siente tu mano en su cabeza blanca.
Una de tus hermanas da en hablarnos
de la melancolía de tu infancia
y de un horrible traje de marino,
el que llevaste con humilde gracia.
Dice que has muerto porque estabas triste;
ellas sólo con verte se alegraban.
Tú habías caminado entre esos muebles
y fuiste resplandor para esas almas
que en los días de lluvia son dichosas
porque te acercas si las nubes bajan.
Dichosas con un llanto incontenido
y un quererse morir desde que faltas.*

*Y, de pronto, escuchamos tu recuerdo,
¡oh ser que vuelves a la eterna patria!
Tu sombra se desprende de las cosas,
cunde en cada sonido tu palabra.*

(1) El presente poema fué escrito a la memoria de Francisco López Merino y se publica en ocasión del primer aniversario de su muerte, acaecida el 22 de mayo de 1928. (N. DE LA D.).

*Llegas alegre, con severo traje,
nudo de noble raso la corbata.
Sabemos que te acercas a la mesa
donde escribías tus canciones pálidas,
o te acompaña la amistad de un libro
para leerle un verso a tus hermanas.
Ellas creen, quizás, que no te has muerto
porque oyen de continuo que las llamas.
Si desde el cielo se entrevé la tierra
y llega a ti lo que en el mundo pasa,
en la sombra, en el árbol y en la lluvia,
seguirás siendo una presencia humana.
Ellas viven cercando esa presencia
sombras de invierno en torno de una llama.*

*Y nada más. Quiero cerrar ahora
esta canción de verso que no canta,
esta canción lluviosa como el cielo
del día en que estuvimos en tu casa.*

GONZÁLEZ CARBALHO.

EUROPA EN LA ENCRUCIJADA

LA enfermedad de Europa es la desorientación. La revolución del 89 le dejó en herencia dos grandes movimientos espirituales: el revolucionario y el contrarrevolucionario. Estos dos términos, Revolución y Contrarrevolución, ocultan dos realidades de orden filosófico y social, y — si se considera la palabra “religión” en su significado de acción — también de orden religioso.

La Revolución surgió por obra de tres dogmas: la convicción de que el hombre es esencialmente bueno y razonable; la certidumbre de que — como tal — tiene derecho a la felicidad en la vida presente; la creencia en el progreso. Estas son las doctrinas de la Revolución, y como toda religión tiene por lo menos la mitad de su fundamento en una concepción del destino humano, desde que la Revolución es el efecto de una concepción de tal naturaleza, se colige que la misma es un movimiento de carácter *religioso*. De ahí proviene la extraordinaria rapidez de expansión de sus doctrinas a través del mundo, que no encuentra su igual sino en la del cristianismo en sus comienzos; de ahí provienen los rigores fanáticos que ha ejercido, y su implacable resolución de exterminio de los adversarios. Las muchedumbres — convertidas de improviso — eran *creyentes*. Ni es menos evidente, tampoco, que durante todo el curso del siglo XIX, estas doctrinas han continuado especialmente en Francia a ejercer subterráneamente su influencia, a la manera de una fuerza religiosa. La Revolución tuvo por primera finalidad la conquista de la igualdad civil, luego la de la igualdad política. Hoy trata de realizar la igualdad social. Pero el motivo fundamental queda siempre el mismo: la imposibilidad para un espíritu creyente de tolerar lo que ofende a su fe.

Este carácter religioso de la Revolución ha sido contemporáneamente reconocido por sus adversarios o sus partidarios. Pues bien, ¿la Contra-Revolución, que hoy ha asumido un carácter no ya nacional, sino europeo, tiene también igual característica? Digámoslo con franqueza: sí. En principio, mera crítica racional o histórica en Francia con Rivarol, Bonald, De Maistre, se ha convertido a continuación en un movimiento animado por una gran fuerza de entusiasmo, y tan religioso como aquel a que se oponía. Si lo parece menos, es porque muchos de los que militan en sus filas ya tienen a su disposición el catolicismo. Pero ¿juntad catolicismo y *maurrasismo* (y en el concepto de los contrarrevolucionarios franceses, por ejemplo, los dos términos se juntan, o por lo menos impera el respeto de ambos términos) y tendréis la Contra-Revolución tipo, armada por la razón y sostenida por la fe.

Entre estas dos corrientes, entre estas dos fuerzas espirituales se juega hoy en Europa la última partida, tal vez decisiva. Pero ¿quiénes son sus protagonistas?

*
* *

Si es erróneo que el Fascismo sea esencialmente italiano, ruso el Comunismo, y francesa la Revolución, es sin embargo cierto que cada uno de estos movimientos se ha incorporado a la esencia de una nación. Existe una nación particularmente apta para reflejar uno u otro. Desde este punto de vista, Revolución y Francia parecen armonizarse admirablemente. Es manifiesto, sin embargo, que, aunque Francia fué el instrumento predestinado de la revolución, ésta no es, por lo menos en sus orígenes, específicamente francesa, sino que se mezclan en la misma la filosofía inglesa, los recuerdos republicanos de Roma y tal vez algo del espíritu de la Reforma, todo lo cual explica la universalidad de este movimiento.

Ahora, sin detenernos a examinarlo en sus odiosos aspectos de tiranía para el uso interno de un país, consideremos el Fascismo en lo que significa en el cuadro europeo de hoy en día. El fascismo es el instrumento de la Contrarrevolución, es la

Contrarrevolución misma. Poco importa que haya asumido este carácter sin saberlo, que su mismo jefe estuviera absolutamente lejos de suponer semejante desarrollo, y que su finalidad se encuentre tal vez en el extremo opuesto al que Mussolini creía o esperaba. Un buen día Fascismo y Contrarrevolución se han identificado, y los creadores, todos franceses, de la doctrina contrarrevolucionaria, asistieron estupefactos al nacimiento allende los Alpes del monstruo que ellos habían concebido. *“No queremos más las viejas ideas de 1789. No queremos más estas podridas antiguallas. No queremos más ni democracia ni liberalismo, cosas que hieden a encierro y a muerte. El régimen fascista deja estas antiguallas en los cementerios de la historia. Tanto peor para los pueblos remisos. Somos nosotros quienes representamos el porvenir, somos nosotros quienes nos hallamos hoy a la cabeza de las naciones y en marcha en todo el mundo”*. Estas palabras de Mussolini no son sino las palabras de los grandes teóricos franceses de la Contrarrevolución, recogidas, amplificadas y subrayadas por el dictador italiano con un gesto al mismo tiempo grandilocuente y grotesco. Inconscientemente, cuando se dejaba arrastrar por su odio contra la Revolución, pronunciando esas y muchas otras palabras semejantes (*“Nosotros hemos pasado sobre el cuerpo descompuesto de la Diosa Libertad, y no titubeamos en pisotearla aún más”*, etc.), cuando afirmaba esto, cuando proscribía de Italia el culto de Garibaldi, entendido como espíritu romántico, hijo legítimo del 89, Mussolini favorecía el juego de la Iglesia. Ya que él mismo no había aún percibido bien lo que el fascismo — por la misma formación espiritual de la Europa actual — debía llegar a ser, es decir, el instrumento puro y simple de una ideología extranjera con más de un siglo de existencia, antes que — como él creía — el origen de un nuevo movimiento antiliberal que tuviera características diferentes de las del nacionalismo francés; porque él mismo creía que se podía luchar contra el espíritu religioso de la Revolución mediante un movimiento que no tuviese un *substratum* religioso, pero que empleara solamente la violencia (he ahí a Sorel, su maestro) sabia y despiadadamente; y por lo mismo que creía todo eso, Mussolini se había

mantenido en un principio lejos de la Iglesia, llegando en ciertos momentos hasta hostilizarla.

Pero como el Fascismo, por su misma necesidad de expandirse fuera de los confines de Italia e incorporarse por lo tanto a alguna ideología más vasta, se precipitaba ineludiblemente en la corriente de la Contrarreforma, desapareció la hostilidad hacia el Vaticano, y empezó su sometimiento a la Iglesia. Contrarrevolución y Catolicismo son dos entidades íntimamente ligadas. El catolicismo puede hacer a menos de un movimiento, ya sea ideológico o ya armado, específicamente contrarrevolucionario; pero cuando tal movimiento surge, la Iglesia concluye siempre incorporándose. Desde el 89 en adelante ha sido siempre así. El siglo XIX es el siglo de la Revolución, de una Revolución incompleta y limitada, es cierto, pero revolución al fin; y se organiza contra ella una contrarrevolución, que en el plano de la inteligencia sostiene la lucha que todos conocen, y en el político organiza una serie de contraataques, confesados o no, simples equívocos como en Francia en 1851 o 1899 con el "boulangisme", y en Austria en 1866, o bien verdaderas y propias reacciones, como en 1815 y 1849. Detrás de estas intentonas, está la Iglesia. La Contrarrevolución es siempre la Iglesia, porque siempre la Contrarrevolución necesita de la Iglesia, la cual solamente puede darle un aspecto moral y religioso. Para comprender la historia moderna de Europa, no hay que perder de vista esta sencilla verdad.

¿El Fascismo podía substraerse a ella? No, porque sin apoyarse en un movimiento de carácter universal se habría encontrado muy pronto aislado en Europa y en el mundo; no, porque sin la careta de una ideología bien formada y apuntalada sobre la tradición, no hubiera podido oponer nada a la ideología antagónica, es decir, la de la Revolución; no, por fin, porque manteniendo el ya asumido carácter de dictadura personal o de partido, es decir, de dictadura que tiene su finalidad en sí misma, habría llegado un día a encontrarse fatalmente — dentro del país — frente a la Monarquía y al Papado, con noventa y nueve probabilidades sobre ciento de quedar aplastado. Su alianza con la Iglesia ha sido pues necesaria y fatal. Antes de esta alianza el fascismo no era más que un aspecto político, económico y

social de la Contrarrevolución: ahora — cumplida la alianza — es un conjunto no ya híbrido, como se cree vulgarmente, sino perfecto. Recién hoy ha encontrado su propia unidad interior.

Y su esencia es ahora perfectamente comprensible: es la de la Reacción soñada por la Iglesia y teorizada por los nacionalistas franceses, desde Rivarol hasta Maurras.

Es ahora evidente que el fascismo no es más un movimiento exclusivamente italiano (lo es solamente en algunas manifestaciones particulares), y sí un movimiento plurinacional, sino verdaderamente universal. Y tan bien lo comprendieron así los fascistas franceses, que su jefe, Valois, pudo escribir cuanto sigue: "Ya lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo: "el fascismo no es un fenómeno específicamente italiano. Es "un hecho europeo, más aún, universal, en el que está por cumplirse la transformación total de las instituciones". Los fascistas alemanes, los nacionalistas de Ludendorf, opinan lo mismo, y así también los fascistas lituanos, austriacos y polacos. Todos notan y reconocen su eje común: su antítesis con el 89 y el "estupidísimo siglo XIX", según la expresión de Daudet. Todos son igualmente fascistas. Todos son los diferentes miembros del mismo cuerpo: la Contrarrevolución. Y ésta (no olvidémoslo nunca) no es solamente un ejército que mantiene en jaque tal o cual país, sino también un conjunto doctrinario, político, social, económico, cultural y — digámoslo no más — religioso. Es una ideología que debe tomarse en serio, porque como todas las ideologías halla en sí una particular fuerza de expansión. Y recordemos que Rivarol, De Maistre, La Tour du Pin, Drumont, Maurras — para no citar más que a los franceses que fueron sus verdaderos creadores — han ofrecido a la Contrarrevolución una doctrina orgánica, cumplida. Mussolini es el instrumento de esta doctrina, y en cierto sentido, su primer realizador. La Iglesia lo guía, le despeja el camino, le indica el horizonte, lo cubre con la majestad de su manto. Aunque el hombre fuera insuficiente para realizar la obra de que se ha convertido en el protagonista manifiesto, no por esto es menos peligroso. Napoleón fué el que propagó sin saberlo la Revolución francesa, y como dice Taine, fué "*la Révolution bot-*

tée'. Pues bien, Mussolini, a sabiendas o no, capacitado o no, es la Contrarrevolución "bottée".

¿La desviará, como Napoleón desvió a la Revolución? Conociendo al hombre, está permitido sospecharlo.

*

* *

La salvación de Europa es la unidad. Hay dos maneras de unir a Europa. Dos solas: el imperialismo y el federalismo. Con el primero se crearía una unidad incierta, por basarse sobre la fuerza y no sobre la libre elección; con el segundo se levantaría un edificio capaz de resistir a todas las tempestades, el edificio que soñamos y en el que vemos idealmente amparados a nuestros hijos.

Para el primer modo se requiere un federalizador que surja y se imponga. Así Prusia federaliza a Alemania, y la unifica a pesar suyo; así el Piamonte federaliza a Italia y la unifica a su pesar. Prusia alcanzó este objeto con tres guerras, Italia con cuatro. Hoy la tentativa directa contra Europa entera — es decir contra naciones de intereses iguales, pero muy distintas tradiciones, de idiomas diversos, y celos vivísimos — requeriría un esfuerzo enorme. La federación europea estaba facilitada en un tiempo por la existencia de una fe única y por la presencia de la Iglesia. Sin embargo, Carlo Magno no logró realizarla. Admitamos no más que si desde el 800 hasta el siglo XVI el resultado no fué sino imperfecto, ello se debe a las condiciones de los caminos y a la extremada dificultad de las comunicaciones de entonces. De cualquier manera, a partir del siglo XVI, los hechos cambian. Europa no tiene más un alma, sino dos, tres, cinco, diez. Y es porque Lutero interpuso su "veto", que ni Carlos V — que hubiera querido realizar esta vasta obra —, ni Luis XIV — que no la consideró más que vagamente —, ni Napoleón — que llegó muy tarde — lograron realizar nada amplio y durable. Europa es inorganizable imperialmente. Para organizarla en este sentido se requieren dos cosas: un federalizador poderoso (el Imperio de Carlos V, la Francia de 1800, Alemania en 1914) y una unidad moral. Obrar con violencia sobre materia

preparada. Fuera de lo cual todo es vano. Esto es lo que había comprendido bien la Francia revolucionaria, que quería revolucionar a Europa, pero chocó con una Contrarrevolución. Es lo que había comprendido bien Napoleón, que quería afirmarse contemporáneamente sobre Roma y el espíritu nuevo, y perdió terreno en el equivoco.

Es lo que comprendió Alemania en 1914, que contaba con el marxismo internacional y con la ciencia alemana, de métodos universalmente difundidos. Es lo que en 1920 comprendieron los Soviets, que arrojando sus tropas sobre Varsovia, contaban con el apoyo de todos los centros comunistas europeos.

Y es también la baraja que la Contrarrevolución pretende hacer jugar hoy a la Italia fascista, la baraja de Mussolini, quien sueña una gloria cesárea y la considera intentable. Ahora bien, el fascismo como artículo de exportación que penetra en toda Europa, sea; pero como dinamo propulsor de esta máquina gigantesca, ¿qué es? Italia? ¡Vamos! Trescientos mil kilómetros cuadrados, cuarenta millones de habitantes, nada de carbón, nada de hierro, nada de petróleo, un crédito ínfimo, una industria mediocre, muy pocas colonias, y en fin, la situación geográfica más excéntrica del mundo, si se quiere admitir que el Atlántico desempeña en nuestro siglo la función del Mediterráneo romano... ¿Qué hay de imperial en todo esto? ¿Dónde vislumbrar un solo signo de posible dominio? Las ruinas del Foro y la presencia del Papado, dicen los fascistas en sus ampulosos discursos. En verdad es demasiado poco. Esto puede emplearse admirablemente en una frase, pero tiene poco peso en la vida corriente. Cuarenta millones de toneladas de hierro extraídas anualmente, sobrarían para equilibrar — juntos — los recuerdos de los emperadores y los papas. Y luego Gobineau recordará en seguida que este pueblo italiano, más que descendiente de romanos, es hijo de esclavos galos, eslavos, griegos y númeridas mezclados a Sarracenos, Normandos, Ostrogodos, Franceses y Alemanes, en el curso de siglos y siglos. ¡Flaco recurso también el de la raza! La primera Roma, la segunda Roma, la tercera Roma, la nuestra, que empuña el haz lictorio (no veamos cuanta sangre mana de él!) es una visión diabólicamente romántica y, queriendo ser generosos, apenas un poema cuyo plan fué concebido por los

nacionalistas italianos, y por el propio Maurras. Antaño, en el siglo XIII, Roma tuvo a Cola de Rienzi que había planeado otro sobre el tema de la república romana. *Roma caput mundi*... Pues bien, para Mussolini es *Italia caput mundi*, ni más ni menos, y, naturalmente, él, Mussolini, amo y señor de la tierra, del mar, del aire. Un poema. Y, es necesario añadir, ni siquiera épico.

Por lo tanto la Contrarrevolución, y por ella el Fascismo, tiene muy poca probabilidad de hacer a Europa. Lo intentará, tal vez. Sobre la preparación de esta tentativa es necesario fijar bien la atención.

¿Y la otra forma de unir a Europa? Héla aquí: fijémonos en Suiza: una mezcla de razas, como en todas partes, cincuenta cantones, tres idiomas. El problema: Hacer de Europa una Suiza. Es ciertamente difícil, pero no imposible, siendo necesario — para realizar este fin — que no haya aspirantes al imperio. Cuando los Aliados derrotan a Luis XIV, fundan a Europa; cuando los Aliados derrotan a Napoleón, fundan a Europa; cuando derrotan a Alemania, fundan a Europa, es decir, hacen predominar la segunda fórmula sobre la primera. Europa se pronunció por tres veces: será, o no, federal. Afortunadamente en todas las naciones europeas el elemento europeo tiende, en virtud de las conferencias económicas, a dominar el elemento nacional. En otros términos, cada francés se siente más europeo que francés, cada alemán más europeo que alemán, cada inglés, más europeo que inglés. El gran pueblo, el federalizador, será probablemente aquel en el cual esta concepción determine la actividad de la mayoría de los ciudadanos.

Yo creo que este pueblo existe. Es el pueblo de la Revolución. Es Francia, fiel a su genio universal y al movimiento que encabezó desde 1791 hasta 1815.

*

* *

París y Roma, Francia e Italia, están hoy día frente a frente, y cada una trae consigo una ideología. Revolución y Contrarrevolución se miden a cara descubierta. La primera tiene tras

sí una fecha, 1789, y una centuria, el siglo XIX; la otra, una doctrina aprendida de los extranjeros y la organización espiritual del catolicismo.

En estas dos fórmulas — Revolución, Contrarrevolución — están comprendidos todos los caracteres de una guerra civil europea de orden religioso, de la que puede dar idea el siglo XVI con su gran conflicto entre los partidos reformadores y el romano. Naturalmente, el factor nacional es demasiado importante para que puedan olvidarlo aún los más exaltados partidarios de una y otra barricada; pero no es menos cierto, tampoco, que el factor nacional no será el único sobre que verse la disputa, y que cada europeo de hoy es, y se sentirá cada vez más, a la par que italiano, francés, alemán —, revolucionario o reaccionario. En conclusión, una encrucijada se abre ante esta vieja e inquieta Europa. Se trata de saber si ella será revolucionaria o fascista (no pudiendo yo considerar, por ahora, al comunismo, más que como una herejía revolucionaria), y es claro que la lucha entre las dos tendencias no será siempre puramente polémica, pues se convertirá en una situación de fuerza. Si esto ocurre, espere-mos valientemente que el ideal revolucionario triunfe contra cualquier país. Porque si bajo las enseñas del fascismo triunfara la Reacción, rodaría un gran peñasco sobre el cadáver de Europa.

JOSÉ FABI.

Buenos Aires.

EL TRATADO Y CONCORDATO DE LETRAN

Notas prominentes y significativas de la polémica motivada por el Tratado y Concordato

A los golpes de tambor del histrión a la puerta de la barraca, también las personas serias y preocupadas vuelven su mirada y prestan oídos al rumor y al anuncio del extraordinario espectáculo. Hay quien se detiene, escucha y comenta, atraído por la novedad, y luego sigue, habiendo satisfecho su primera curiosidad y dejando de interesarle aquél, al comprender el burdo engaño del histrión y la índole particular del verdadero beneficiado por el acontecimiento.

Leo en los diarios:

“Mr. Austen Chamberlain pronunció un discurso referente a la cuestión romana y manifestó que, aun cuando Inglaterra es una nación protestante, el rey, muchos católicos romanos ingleses y él personalmente felicitaban al Papa y a Mussolini.”

También Briand envió su “placet” al embajador De Fontenay, acreditado ante el Vaticano y por intermedio de éste se felicitó del acuerdo “en virtud del interés del papa por una solución amistosa de todas las dificultades internacionales”, recordando tal vez, que el representante italiano en el Consejo de la Liga de las Naciones en el mes de Diciembre de 1922 había apoyado las pretensiones del Vaticano contra el pleno mandato en Palestina y que comprendía los Santos lugares, y temiendo quizá después del Tratado y Concordato de Letrán que el Vaticano con eficaz jactancia pudiese reabrir la disputa por medio del representante italiano en el Congreso de la Liga de las Naciones y con el completísimo acuerdo del gobierno nacional fascista, con la adhesión

incondicional de los gobiernos católicos y en menoscabo del prestigio e influencia franceses.

Y preocupado por una concordante y posible maniobra de las mismas misiones coloniales francesas, e informado de las tentativas separatistas sostenidas por el clero de Alsacia, el gobierno de Poincaré apresuró a ganar para su causa a los católicos, proponiendo y haciendo votar luego los artículos 70 y 71 de la ley sobre congregaciones religiosas en Francia. Son incisivas las frases de Poincaré al respecto.

Adviértese una sugestión colectiva por el temor de que la influencia vaticana despliegue sus negras alas en perjuicio de la política interna y externa de los demás estados, como ya, por el Tratado y Concordato de Letrán, las ha desplegado en Italia.

Y hasta un diario oficioso checoeslovaco, interpretando las finalidades últimas de predominio, *no del gobierno-nacional fascista, sino del Vaticano*, enunció que “la política exterior de Checo-Eslovaquia, trató siempre con gran cautela al poder del Vaticano como lo demuestra el “modus vivendi” entre Roma y Praga”, y agregaba: “El acrecentado ascendiente pontificio implica una doble vigilancia de parte de Checo-Eslovaquia sobre la diplomacia vaticana”. ¡Y estaba en lo cierto!

También se habló de un posible concordato entre la Rusia Soviética y el Vaticano por razones de política externa. Luego, silencio absoluto.

Los golpes de tambor del histrión habían llamado la atención sobre el verdadero espíritu y el verdadero alcance del Tratado y Concordato de Letrán a entero favor de la Iglesia Católica, Apostólica Romana, y que se distinguen fácilmente a través de la tupida trama de las concesiones y privilegios que hemos puesto sumariamente de relieve, y de la afirmada ideología teocrática del papado, enunciada por nosotros.

Ahora la evidencia de los hechos nos confirma que avanza el Papado en Italia y en el extranjero partiendo precisamente del Tratado y Concordato de Letrán, como desde un trampolín que pueda dar mayor arranque e ímpetu a todas las relaciones y afirmaciones del Vaticano.

Las astucias y los ocultos propósitos del otro contrayente son neutralizados “a priori”. Y, en cuanto al exterior, se men-

ciona un posible Concordato con Prusia, si bien de poca trascendencia; se tienen noticias de "progrooms" contra los israelitas de parte de los católicos polacos; se nota el solícito interés vaticano por que sean internacionalmente reconocidas su moneda y sus estampillas; y se subraya como una elocuente y afortunada tentativa y solicitud explícita de reconocimiento internacional, de parte del Vaticano, la presencia de Monseñor Todeschini, delegado pontificio acreditado ante el gobierno español, en el Congreso de la Liga de las Naciones, reunido en Madrid.

El esfuerzo del Vaticano en el exterior no carece de significado y de consecuencias sobre todo para Italia.

La deseada representación ante el mayor número de los estados del mundo con la recíproca de éstos ante el Vaticano, tiende a un reconocimiento del Papado como potencia internacional inviolable que quede a salvo de cualquier arbitrio o influencia del gobierno nacional-fascista y de los futuros gobiernos italianos; tiende a una libertad absoluta de movimientos, de alianzas y de apoyos exteriores que le aseguren el poder temporal y espiritual directo o indirecto sobre todos los estados del mundo y más de cerca sobre Italia, en base del Tratado y Concordato de Letrán, tan amplio y hegemónico; tiende en fin a dar cuerpo y substancia a la amenaza lanzada por el papa por medio de *L'Osservatore Romano* en el preciso instante en que se firmaban los inesperados y excepcionales pactos arrancados al gobierno nacional-fascista: "La soberanía civil del pontífice se confunde con la religiosa (sic!) y su estado se identifica tanto con las mismas bases de la religión que cualquier violación, si bien apoyada en sofismas políticos (sic) no podría ser justificada y explicada frente a la equidad y al poder civil.

"Para proceder a un despojo será necesario afrontar el juicio del mundo y de la historia".

Este mundo, el papado lo va substancianando con el explícito reconocimiento internacional, y lo irá asegurando con alianzas y acuerdos protectores que harán del poder vaticano una espina clavada en el corazón de Italia como antes de 1870. Y si no serán las bayonetas del tercer Napoleón, ni las amenazas de los Habsburgo, será la influencia de la mayoría de los estados que reconozcan el papado como potencia internacional, una rémora y

amenaza internacional para la política italiana, en tal forma que cuando menos habrá en lo porvenir mayores dificultades y entrometimientos de cuantos habían sido eliminados desde 1870, a pesar de los sofismas y desnaturalizaciones polémicas de Mussolini.

Lo que no hicieron los bárbaros han hecho los nacional-fascistas.

He aquí el prospecto de la polémica. Nitti había comunicado y el periodismo británico había reproducido: "Ni Crispi, ni yo pensamos jamás en ceder la dignidad del estado italiano, ni la Iglesia lo exigió nunca de nosotros. Yo poseo una memoria autógrafa del personaje más responsable del Vaticano. No estoy autorizado para publicarla, pues me lo prohíbe el secreto profesional. Pero puedo decir, que la iglesia no me pidió jamás lo que Mussolini ha ofrecido. Ni lo pidió a Crispi, patriota celoso de la dignidad del estado."

He aquí la total rendición voluntaria de una tiranía a una más total tiranía, la rendición del estado nacional-fascista, al teocrático del papado.

Después de Nitti, Víctor Manuel Orlando, otro que precedió a Nitti en la presidencia del consejo de ministros de Italia, ha expuesto los precedentes históricos y políticos más cercanos del Tratado y Concordato del 11 de febrero de 1929. En el diario inglés *Saturday Evening Post*, con aire socarrón y espíritu sutil, Víctor Manuel Orlando, llamado *el presidente de la victoria*, hace resaltar que durante la guerra, en Alemania y en Austria continuábase pensando en la forma de poder castigar a Italia por su "traición" a la Triple Alianza, rebuscando proyectos primitivos ya ventilados y enunciados durante el período de la neutralidad italiana y acariciados como un merecido castigo después. Luis Villari, según un artículo suyo que ha reproducido *La Reforma social*, de la Habana, en su número de marzo de 1929 (tomo XLIII, número 3) ha hecho conocer que "las potencias centrales en el acto trataron de explotar la cuestión romana en su propio provecho, y el 11 de noviembre de 1914 el embajador alemán manifestó a Salandra (el cual, presidente del consejo de ministros en aquella fecha, ha divulgado después el episodio en su libro *Le Neutralité Italiana*) que si Italia

no observaba una actitud por lo menos de simpatía hacia Alemania, el poderoso partido central forzaría al gobierno imperial a provocar la cuestión del poder temporal una vez más, después de la guerra". ¡Un castigo mortificante, una afrenta y disminución del estado y de la nación italiana!

Ahora, con mayor autoridad, Orlando recuerda entre otros proyectos punitivos contra Italia, el que formuló el diputado y jefe del partido católico alemán Erzberger, mencionado también por Villari en *La Reforma Social*, el cual hasta había condensado en 10 artículos un proyecto que resolvía el problema territorial del estado pontificio poco más o menos dentro de los mismos confines trazados por el Tratado y Concordato de Letrán del 11 de febrero de 1929. En ambos es evidente la inspiración pontificia.

Y Orlando, no sin sutil agudeza observa, "que ha sido realizado, sustancialmente, a través de la extraña ironía de la historia, con el reciente acuerdo entre la Santa Sede e Italia, todo cuanto hubieran querido imponer los alemanes victoriosos a Italia vencida!" Y para mayor eficacia de lo que expone, recuerda que en la primavera de 1919 habiéndose celebrado algunos tratos entre el gobierno italiano y el Vaticano, *por iniciativa de este último*, el cardenal Gasparri escribió y firmó de su puño y letra, para darle mayor autoridad, un proyecto de acuerdo que poco más o menos corresponde al actual del 11 de febrero de 1929, esto es: "conferir el carácter de estado al Vaticano con independencia y soberanía internacional en el recinto designado y con cierta tendencia a incluir alguna otra frontera limitrofe".

Pero Orlando se apresura a explicar:

"Ninguna alusión fué hecha ni en el documento ni en la entrevista — llevada a cabo el 1° de junio de 1919 con Monseñor Cerretti, delegado de Gasparri para las negociaciones — a ninguna contribución financiera de parte de Italia ni a ninguna enmienda de su sistema legal, capaz de ejercer influencia sobre la ley común". Y esto merece destacarse.

Considerad ahora "los inexorables desenvolvimientos de la revolución fascista", "el puño de acero del gobernante fuerte", y luego decidme si no es oportuna la conclusión de Orlando que

íntimamente conoce hombres y cosas: "Si yo hubiese obedecido a un sentimiento de vanidad personal, la entrevista del 1º de junio de 1919 hubiera sido inmediatamente seguida por la conclusión de un acuerdo; pero éste no habría reportado ningún provecho para mi país. Renunciando a un título que hubiera dado fama histórica a mi nombre, yo cumplí con mi deber" (!).

A esta *vanidad personal* ha cedido el hombre enviado por la Providencia Divina que con mano firme y segura guía los destinos de Italia, el hombre de cerebro poliédrico que pregona el verbo de la obediencia ciega para afirmar y asegurar siempre más altos destinos a una Italia Imperial!

¿Es acaso una calumnia? Escuchemos lo que este hombre afirma ante la cámara corporativa (¿?) como último fin de la conciliación, para legitimar formalmente con un voto de aprobación eunuco, todo lo que había instaurado y concedido con esa donación gratuita y entrega del estado italiano. Recordando el dictado y el ejemplo de Napoleón I, dijo con énfasis digno de mejor causa, que "estando de acuerdo con el papa se domina la conciencia de 100 millones de hombres"! ¡Ilusión de megalómano! ¿Exagero? No, revelo todo lo que en el extranjero los más no saben, sea por superficialidad de juicio, sea por ignorancia de los hombres y las cosas; todo lo que en el extranjero se sabe mal por referencias alteradas por gente interesada, por la censura, por las mismas reticencias de la prensa burguesa extranjera que se justifica con la falsa cortesía internacional y con la conveniencia. Pero la verdad que se oculta bajo falsos despojos puede parecer una exageración hasta que, documentos, actos o hechos nos demuestren por sí solos toda la miseria moral, toda la desolación de una tiranía torcida e insoportable. La crónica de diez años de actividad apolítica, antieconómica y anti-social, la crónica de siete años de desgobierno, ahí está en toda su degradante realidad. Y si se la analiza, el superegoísmo cínico que la invade se individualiza y evidencia en cada acto, hecho y documento, en tal forma que los lectores de las ideas más diversas, convendrán con nosotros, adversarios conscientes y leales, como con Macaulay, cuando dice de Barrère, la figura más abominable de la época del terror: "Con su misma vida, con su misma pluma, por su propia boca podemos demostrar que

su participación en la obra de sangre debe atribuirse, no a fanatismo sincero, tampoco a patriotismo mal enderezado y mal regulado, pero sí a cobardía y a delectación con la miseria humana”.

¡Cuántos sacrificios, cuántas lágrimas, cuánta prepotencia, cuánta sangre derramada, y de ella la más roja, en beneficio del poder de los menos! En el fondo de todos los propósitos y actos del actual gobierno nacional-fascista está escrito, como dijo Felipe Turati: “Después de mí, el diluvio!”, y no existe italiano que no lo vea.

“La fétida ruina — como escribió D’Annunzio en una carta a Ciano — se destapa!”

Así que, también en el limitado campo que nos ha sido asignado, se revela el espíritu que mueve, el frenesí que agita, la inconciencia que domina tanto manejo convulso e inconsecuente, rehecho de hora en hora, de minuto en minuto, continuamente, para poder aprisionar la oportunidad de un instante y tornar lo inopinado y lo improvisado en un personal y momentáneo beneficio, dado que lo normal, lo ordinario, no resiste al desenvolvimiento de los hechos, siendo de propósito revuelto y enturbiado para ilusionar y engañar, siendo inconscientemente alterado, hasta dar el aspecto de cosas extraordinarias y espectaculares, a los más viles manejos, a las acciones más miserables, a la máxima entrega voluntaria. Y a propósito del Tratado y Concordato de Letrán bastará hacer notar que los mismos nacionales-fascistas más próximos al *duce*, no entienden el verdadero significado, el inmediato alcance de los actos mencionados. Garibaldi, uno de los escogidos y electos por Mussolini, para el parlamento corporativo (¿?) subrayó “la posibilidad de un nuevo Resurgimiento”. Me parece elocuente la antítesis con la aprobación dada. Consecuencia política fascista. El prof. Solmi, otro escogido y electo, concretó la fórmula que deriva del Tratado y Concordato de Letrán en los siguientes términos: *Iglesia libre y soberana; Estado libre y soberano*. Vale decir, dos soberanías en la misma Italia. ¡Lógica política nacional-fascista! Mussolini refutó en su discurso: “*Estado libre y soberano; Iglesia ni libre ni soberana, sino con ciertas preeminencias leal y voluntariamente concedidas, siendo admitidos otros cultos en Italia.*” El

sofisma no justificó el concepto, y en el Vaticano se hizo observar que no era posible “*iglesia ni libre ni soberana, desde que tal cosa sería incompatible con la carta orgánica del reino*”.

La ignorancia, más que incomprensión, es inconsciencia. La superficialidad enciclopédica acrecienta el enredo de las ideas mal pescadas y mal comprendidas, desordenadas y oscilantes. En los pseudointelectuales prevalece la sugestión de la última lectura. La historia no se inventa; la filosofía no es intuición; la vida tiene una lógica inexorable. Mussolini, por lo tanto, resulta como en cualquier otra discusión seria, un desorientado, y queda sorprendido ante las consecuencias mismas de los actos por él aprobados y firmados, porque ignora la lógica, la historia y la vida política y social en sus profundas exigencias y el alcance de sus mismos actos. Es natural. El Tratado y Concordato de Letrán, como cualquier otro acto o hecho de gobierno, le son extraños en su espíritu y conformación, mientras que los tiene presentes sólo exteriormente, como actos capaces de exaltarlos, de reafirmarlos como un prodigio delante de las multitudes ignoras y extáticas y para atrapar apoyos y consentimientos. ¡Treta suya cotidiana! Para más, el Tratado y Concordato de Letrán no son suyos, pues han sido de tiempo atrás compilados y dosados jesuíticamente en el Vaticano.

El espíritu que los anima Mussolini ni lo entiende, y el alcance y consecuencias de los pactos le parecen absurdos, inconciliables con su criterio autoritario a pesar de haberlos legalizado, después de haberlos aceptado y reconocido y ahora por último ratificado. ¡Considerad! El, creyendo afirmar y reconocer un carácter universal a la religión católica, cometió una herejía: “Esta religión nació en Palestina, pero se hizo católica en Roma. “ Si hubiera quedado en Palestina, muy probablemente habría sido una de las innumerables sectas que florecieron en esa religión ardiente”. Y luego no aludió a Sócrates, ni a Platón, ni a Aristóteles, sino a Virgilio y a César como precursores del Cristianismo. Este empirismo que negaba ese absoluto que la Iglesia Romana dogmatiza para dar carácter divino a la religión católica fué prontamente notado y rebatido por *L'Osservatore Romano*, que observó ser la de Mussolini una tesis en la cual la Iglesia ve necesariamente la negación de su origen divino.

La réplica inmediata del órgano pontificio, evidenció la inconciencia del otro contrayente en el mismo instante en que disponíase a ratificar el Tratado y Concordato de Letrán, oficialmente.

Una inconciencia que equivalía a un desconocimiento *ab imis* no sólo de un cánón fundamental de la iglesia católica, universalmente notorio, sino de todo el espíritu de los pactos de Letrán que adrede fueron encabezados *en nombre de la Santísima Trinidad*.

Es palmaria la inconciencia del enviado de la Divina Providencia! Si fuera la de Mussolini una simple incomprensión, ya valdría por sí misma para destituir al gobernante y habría cesado con el esclarecimiento sugerido por el órgano pontificio. Pero la de Mussolini es una inconciencia producida por ignorancia y a tal punto que creyendo remediar la herejía, la confirma, en absoluto contraste con el reconocimiento de la supremacía de la religión católica sobre el mismo estado nacional-fascista. Para justificarse citó entre otras cosas la autoridad de Duchesne, y de dicho historiador leyó algunos trozos de la *Historia de la Iglesia antigua*, sin hacerse cargo de que citaba a un historiador modernista del corte de Semeria, de Tyrrell, de Loisy, de Labertonnière y de los demás condenados por la encíclica *Pascendi*, que es del año 1912. Herejía por herejía, Mussolini no salda la partida vaticana, a pesar de los pactos, reconocidos, firmados y legalizados; en cambio agrava los resultados en forma tal que el papa lo toma por una oreja como a un aprendiz ignorante y rebelde y le repite a su modo y según su doctrina, por el otro aceptada:

“Si deseáramos recordar la utilidad de la Iglesia en la preparación de la organización del Imperio Romano, sería suficiente que recordáramos a Dante y a León el Grande, dos prominentes italianos que, en pocas, pero magníficas palabras, dijeron lo que más tarde otros repitieron con erudición más o menos abundante, mezclada a menudo con inexactitudes o errores debidos a la influencia modernista o protestante. Citando solamente a Dante y a León el Grande uno se evitaría citar el libro *Historia de la Iglesia antigua*, que ha sido colocado en la lista de los libros prohibidos desde 1912.”

A continuación, la carta, refiriéndose aparentemente al tono más blando del discurso pronunciado en el Senado, dice:

“Hubo un esfuerzo tendiente a remediar la rudeza citada, pero no obtuvo completo éxito, a nuestro juicio. Hacer una distinción entre decla-

raciones históricas y declaraciones doctrinales sería el peor y el más condenable modernismo. El mandato divino es más antiguo que la designación de San Pablo, y más antiguo que ésta es el mandato de San Isidro a los gentiles. La universalidad se encuentra ya "de jure" y "de facto" en los albores de la Iglesia y el apostolado de dicha universalidad fué mucho más vasto que el Imperio Romano."

Todo esto es cuanto se refiere al espíritu del Tratado y Concordato de Letrán, pero vengamos a las particulares disposiciones y a aquellas que más interesan a la escuela y a la familia: factor moral y social de la nación. Mussolini, después de haber aceptado y sancionado el artículo 34 del Concordato, al interpretarlo y explicarlo ante la llamada cámara corporativa, dijo que un católico practicante deberá contraer enlace según los dictados del derecho canónico, pero que jurídicamente no está obligado a ello.

El papa, en su carta enviada al cardenal secretario, afianzándose con la disposición del mismo artículo 34 del Concordato que devuelve a la Iglesia católica la jurisdicción relativa al matrimonio, haciendo sin más válidos para el estado italiano, los enunciados de los tribunales eclesiásticos, escribió resueltamente que "Mussolini tuvo razón al declarar que el católico practicante deberá casarse católicamente, pero que no la tuvo al afirmar que nadie puede jurídicamente obligarlo a ello, pues el tratado y el concordato, que se completan mutuamente, son inseparables e indivisibles, de lo que resulta que o permanecen en vigor ambos o caen conjuntamente."

¡Comentario fuerte!

¿Se desean más pruebas de inconciencia? Mussolini, en cuanto a la educación de la juventud, dijo entre otras cosas:

"Su santidad sabe, sobre todo, que el régimen fascista es un régimen de fuerza, pero leal, y que lo que da lo da con lealtad y con sinceridad, sin subterfugios. Sabe que hay cuestiones en las cuales somos tan intransigentes como él, y que si durante todo el año de 1927 las negociaciones no progresaron, limitándose todas las gestiones al mantenimiento del contacto entre ambas partes, todo fué debido a las divergencias determinadas por la educación de la nueva generación, por la cuestión de los "boy scouts" católicos, cuya solución conocéis.

"Solamente un régimen que no sea el nuestro, un régimen demócrata-liberal, un régimen de aquellos que nosotros despreciamos, puede considerar útil renunciar a la educación de las jóvenes generaciones. Nosotros, no. En este terreno somos intratables. Nuestra debe ser la enseñanza. Estos niños deben ser educados en nuestra fe religiosa, pero nosotros debemos darles el sentido de la virilidad, de la potencia, de la conquista: sobre todo debemos inculcarles nuestra fe y nuestras esperanzas."

El papa, al día siguiente, en una alocución dirigida a los profesores del colegio que los padres jesuitas poseen en la ciudad de Mondragone declaró "que la tarea de educar a la juventud es de exclusiva pertinencia de la iglesia y negó que sea necesario que el estado forme conquistadores, porque así no se contribuirá a la pacificación general sino a la conflagración general... El estado, no puede desinteresarse de la educación en el sentido que debería contribuir y procurar todo lo que es necesario para ayudar o perfeccionar la acción de la familia. El punto en que no podremos estar de acuerdo nunca, es aquel que tiende a disminuir y negar el derecho dado por la naturaleza y Dios a la familia y a la Iglesia en materia de educación. Sobre este punto seremos intransigentes."

Afirmación teocrática no entendida en absoluto por Mussolini, que en el senado replicó:

"La familia moderna, ocupada constantemente en la lucha por la vida, no puede instruir a nadie. Solamente el Estado, con sus medios de todas clases, puede cumplir esa tarea." Y exclamó: "¿Cuál es, entonces, la educación que reivindicamos de una manera absoluta? La educación del ciudadano? Y explicó: "Esa educación civil y guerrera es necesaria en Italia, dado que durante largos siglos las virtudes militares de los ciudadanos italianos no pudieron tener estallido alguno." ¡Psiquis bélica!

El papa, en su carta al cardenal secretario, vuelve sobre el argumento esencial en dos partes distintas, hacia el fin y en el concepto de su mensaje polémico. En la conclusión de la carta escribe:

"Podríamos habernos concretado a una declaración general de disenso o de reservas, respecto a los discursos y discusiones de los últimos días, pero a raíz de la penosa impresión producida por unos y otras, no sólo en Nos sino en los amantes de la paz, en Italia y en el extranjero, creemos nuestro deber, por los dictados de nuestro ministerio apostólico, decir la palabra aclaratoria, con el fin de eliminar equivocaciones o malentendidos.

"La mala impresión general puede explicarse fácilmente por la importancia de los asuntos y lo elevado de los lugares donde han sido discutidos, por la calidad de las personas y el regocijo universal que saludó los acontecimientos del 11 de febrero — rara vez registrados en la historia — y que tan profunda y penosamente han sido perturbados tres meses después.

"En nuestra primera encíclica declaramos que la paz era nuestro único anhelo. Ahora recordamos esas mismas palabras, para que todo el mundo pueda entender que nuestro afán de paz no ha sufrido cambio al-

guno y que seguirá inalterable aun ante las palabras "duras, crudas y drásticas."

Y esto, después que en el curso de su carta había estigmatizado el pensamiento del jefe del gobierno nacional-fascista, en los siguientes lacónicos y duros términos:

"Por lógica consecuencia debe también admitirse que el mandato de enseñar amplio y perfecto corresponde a la Iglesia y no al Estado.

"No puede resultar daño alguno a los verdaderos derechos y obligaciones del Estado referentes a la educación de sus ciudadanos. El Estado no debe temer nada de la educación dada o dirigida por la Iglesia.

Fué esta clase de educación la que preparó la civilización moderna en sus más elevados aspectos.

"Desde los primeros días del cristianismo hasta la fecha millones de padres y madres enviaron a sus hijos a las escuelas e instituciones fundadas o dirigidas por la Iglesia.

"La ciencia y los métodos científicos tienen que temer menos que el Estado de las enseñanzas de la Iglesia.

"Se hace una diferencia entre el Estado católico y el Estado fascista.

"Reconocemos de buen grado dicha diferencia, porque es obvio que significa que el Estado fascista tanto en doctrina como en acción, admite que no hay nada en contraste con la doctrina y acción de la Iglesia católica.

"Si bien estábamos complacidos con las bellas cosas que se han dicho sobre el sagrado carácter de la Ciudad del Vaticano, también nos apenan ciertos insultos que semejante carácter sagrado debe tolerar en nombre de la libertad de conciencia o por causa de comparaciones mal hechas.

"¿De qué libertad de conciencia se habla? ¿Adónde puede uno llegar por semejante sendero?

"Lo grave de la cuestión es: ¿será durable la paz? Las respuestas y los aplausos indican cuán profundo es el deseo de todos de cooperar a un fin tan noble y sagrado.

"Ojalá semejante optimismo razonable no nos abandone nunca. Es necesaria esta disposición del alma como un deber de toda criatura. Podremos decir con mayor certeza y confianza que la paz será duradera.

"Es inadmisibles que pueda haber absoluta libertad de discusión. Nuestras esperanzas han sido completamente desvanecidas, pues era lo menos que se esperaba que se hicieran semejantes declaraciones heréticas, y aun peores que heréticas, sobre la esencia de la cristiandad y del catolicismo.

"La aserción de la libertad absoluta de conciencia no puede ser admitida por Nos; equivaldría a decir que la criatura no depende del Creador y legitimaría cualquier deformación de la conciencia."

A través de estas palabras bien se advierte la verdad de todo cuanto hemos venido exponiendo en la parte general, en la especial y ahora en este artículo apéndice. ¡Supremacía sin condiciones exigida por una concepción teocrática intransigente!

El papa quiso poner de relieve la antítesis entre el estado nacional-fascista que educa para las armas y para la guerra inconsultamente, y la iglesia católica que educa para la sumisión

y la paz, mejor aún, entre el Estado laico en general y el Estado teocrático eclesiástico.

Antítesis insuperable. El papa, además, ha querido poner en evidencia incontestable que el estado laico debe sólo suministrar los medios para que la iglesia católica eduque por sí, según sus criterios y preceptos, a la juventud, y cumpla plena y absolutamente, como en tiempos remotos y mejor que en los tiempos más próximos al liberalismo, su función educativa, a la cual si por ventura la familia no respondiese en la parte que le concierne, suplirá la iglesia, que por mandato divino ejercita tal función y es por lo tanto intransigente. La iglesia no cederá. El papa, en fin, ha querido explícitamente y en forma absoluta, negar cualquier libertad de conciencia, cualquier libertad de discusión. Es su sistema inalterable y riguroso, que, si llegara a ceder, señalaría el fin del Catolicismo. Es la llave maestra de la iglesia católica. Mientras tanto, por lo menos, el papa debía de haber encontrado el pleno absoluto consentimiento de Mussolini, quien apoya su poder sobre las mismas bases antiliberales, pues es verdaderamente contradictorio y extraño que el jefe de un gobierno, como lo es el nacional-fascista, que política y socialmente por principio niega todas las libertades de prensa, de reunión, de discusión, de conciencia, de pensamiento, aunque éste sea expresado por una señal de desacuerdo larvado o indirecto, quiera admitir la libertad de conciencia propia en materia de religión católica, que la iglesia dogmatiza oportunamente para impedir, prohibir, mejor dicho, para negar "ab imis", cuanto más íntimamente sea posible, toda tentativa contraria, toda duda. Nos encontramos con un absurdo también donde podía haber acuerdo. ¡Cuánto ilogismo, cuánta inconciencia en ese *duce* infalible y omnisciente! Y ahora ¿cuál de los dos contrayentes tiene razón en base del Tratado y Concordato de Letrán? Vengamos a lo substancial. Después de haber devuelto a la iglesia el regimiento de la familia, reconociendo como su base el matrimonio indisoluble sancionado y consagrado por la curia romana y regulado y juzgado según el derecho canónico y por sentencias de tribunales eclesiásticos, sin necesidad de la intervención del Estado que sólo registra y cumple aquellos pronunciamientos; después de haber reconocido "que Italia considera la enseñanza de la doc-

trina cristiana de acuerdo con las formas recibidas por la tradición católica como la base y la coronación de la educación pública" (artículo 36 del Concordato), y que por eso será impartida en las escuelas primarias y secundarias y aun en las universitarias; después de haber reconocido y sancionado la equivalencia de los diplomas y títulos otorgados por las facultades teológicas y aprobados por la Santa Sede en tal forma que se tornan automáticamente válidos para el estado laico; después de reconocida y sancionada la independencia absoluta de las universidades católicas mayores y menores de los seminarios diocesanos e interdiocesanos y de todos los demás institutos católicos, comprendidas las organizaciones dependientes de la *Azione Cattolica Italiana*; después de haber devuelto la más absoluta y amplia libertad de gestiones a la iglesia católica en todo el territorio italiano, y también privilegios inauditos al clero en sus relaciones internas y en las externas con los fieles; (arts. 34, 39, 40, 41, etc., del Concordato)—, Mussolini se muestra con manifiesta inconciencia como desorientado y embrollado. Inútilmente él se debate y trata de desenredarse. Cada vez más envuelto, se embrolla hasta el punto de agravar la situación—: "¡Somos fascistas en el régimen y en el monopolio de la instrucción pública en el país!", grita. Palabras huera, como huera de sentido fueron las pronunciadas frente a la que se dice cámara corporativa: "El estado fascista reivindica plenamente su carácter moral. Es católico, pero sobre todo es esencialmente fascista. El Catolicismo lo completa."

¿Qué significado tiene todo esto? ¿Qué encubre tal conglomerado de palabras? ¿Quién sabe! ¿Tal vez en ellas se resume el espíritu de cuanto con otras frases el *duce* escribió en *La Prensa* del 5 de marzo de 1929?

"Estoy firmemente convencido de que la religión es necesaria para el pueblo. Tendría valor aunque fuera solamente por su gran influencia moral. Pero es aun más preciosa para los pueblos porque los eleva a un ideal espiritual más alto. Es una fuerza que consolida y modera, que mantiene a los pueblos dentro de los principios de la justicia y de la virtud. El poder moral y espiritual de la religión, al unir al pueblo en el mismo concepto de lo justo y lo ideal, hace que sea una parte indispensable de la vida nacional. Contiene y restringe cada vez que, en un momento de efervescencia de la vida nacional, se produce un impulso que induce al pueblo a cometer excesos."

Por lo tanto, ¿es la religión una fuerza moral? Entonces, determina en el estado nacional fascista ese carácter moral, "el poder moral y espiritual", como manifestó el enviado de la Divina Providencia, que, faltándole al estado fascista, es pedido en préstamo a la iglesia católica, la cual, plenamente compenetrada de tal misión confiádale, la reivindica tanto más absoluta y enérgicamente cuanto que ha sido sancionada en un Tratado y Concordato, y en cuanto por este Tratado y por este Concordato ha sido consagrada una rendición voluntaria, absoluta y completa en el fondo y en la forma, del Estado nacional fascista al teocrático y eclesiástico católico, hasta el punto de que este último ya jurídica y moralmente, es ratificado como un complemento necesario del otro estado, el cual en su impotencia manifiesta y confesada, sométese para mendigar una ética y una fuerza moral que le permita vivir su equívoca existencia material. A la carta dirigida por el papa al cardenal Gasparri, Mussolini no ha contestado; por el contrario apresuróse a celebrar las ratificaciones del Tratado y Concordato de Letrán y ordenó la confiscación de todos los números de un diario que recogiendo su tesis, intentaba reanudar y continuar la polémica con el Vaticano. ¡Así lo hubiese hecho antes! Nuestra tesis es reafirmada, pues, por las declaraciones de los dos exponentes máximos de las partes contrayentes y por los hechos hasta ahora acaecidos.

Nuestra tesis fué además confortada por Benedetto Croce en su discurso al Senado. Este, entre otras cosas, dijo: "Después del año 1870 se había establecido un equilibrio favorable a Italia. No es sin gran pena que vemos este equilibrio destruido por el tratado del 11 de febrero. El gobierno ha entregado a Italia al Vaticano: en virtud del pacto, el gobierno, que ha combatido tanto a la masonería, viene a constituir una forma extrema de masonería (leer: sectarismo o confesionalismo), dando una prevalencia enorme al clericalismo. Los documentos de Letrán son contrarios al espíritu del Resurgimiento y justifican plenamente el temor de que en Italia se inicie un estado clerical e intolerante, que extienda la mano hasta el Santo Oficio, que adjudique valor legal al índice de libros prohibidos, y vuelva a someter la educación de la juventud a los conceptos de los jesuitas."

Y contra tal observación es inútil recordar que la Universi-

dad Católica de Milán proclama el estudio de Kant "y admite la grandeza y el reconocimiento de Kant compatibles con el sentimiento cristiano." Kant, el último de los agnósticos, será interpretado en tal forma que dé entrada y confirmación a lo incognoscible, a la tesis de lo sobrenatural trascendente. Una manipulación jesuítica del verdadero Kant, que con su rígida moral del deber por el deber, superó la del Cristianismo, del premio y del castigo, y no puede ser compatible con el sentimiento católico. Una manipulación de las que se perpetran en las escuelas clericales con la historia, la filosofía y también la ciencia y el arte que no estén concordantes con las más conocidas y acreditadas parábolas eclesiásticas. Contra una observación ponderada y verdadera como la de Croce, es inútil negar que "se había establecido un equilibrio favorable a Italia y que dicho equilibrio fué destruido por el Tratado y Concordato del 11 de febrero."

También es inútil negar el alcance financiero de la concesión del Estado italiano diciendo, como dijo Mussolini en el Senado, que, en fin de cuentas no han sido dados sino 1750 millones *de papel*, puesto que, no sólo podrá el papado cambiar los títulos y las letras al portador antes que se produzca la total desvalorización y cese la intervención de la Banca d'Italia, para sostener el valor de los títulos italianos, sino que la frase descubre la intención íntima de jugarle hipócritamente una mala partida al Vaticano.

La situación en perjuicio de Italia se agravará cuando el papa haya conseguido extender su influencia sobre la península en base del Tratado y Concordato de Letrán, así como está redactado, y cuando se haya hecho reconocer y se afirme como potencia internacional libre en sus movimientos. Por ahora, bastaría recordar que ni Crispi ni Nitti ni Orlando cedieron; pero que no por eso resultó un mal para Italia; que el emperador Francisco José no devolvió la visita al soberano italiano, pero que eso no impidió que fuese concluido, revisado, renovado y ampliado en igualdad de condiciones el tratado de la Triple Alianza; "que la santa sede rompió sus relaciones con Francia a causa de la visita del señor Loubet al rey de Italia;" pero que eso no impidió el reanudar aquellas relaciones de cordialidad y comerciales entre Italia y Francia, que habían sido interrumpidas por Crispi, ni por

eso el papado salió ganando, por el contrario devolvió la legación pertinente a París, así como Francia renovó su representación oficial ante el Vaticano, antes del Tratado y Concordato de Letrán. El mismo Mussolini ante la llamada cámara corporativa tuvo que reconocer que "León XIII se dió cuenta de la imposibilidad de la intervención alemana y austriaca". ¡Esto es suficiente! Ahora bien, ¿qué vale negar el equilibrio anterior a favor de Italia y la actual supremacía eclesiástica sobre ese primer núcleo social que es la familia y sobre ese primer germen de la ética política que es la escuela?

Más bien, dan ganas de preguntarse: ¿existe un equilibrio igual u otro por lo menos parecido entre el Estado y la Iglesia en virtud del Tratado y Concordato? ¿También en el futuro, como ya lo fué en el pasado, será imposible la intervención extranjera para sostener a la iglesia católica en sus pedidos y exigencias reconocidos y confirmados por el Tratado y Concordato del 11 de febrero? ¿Es imposible una apelación al tribunal de La Haya o a un arbitraje, o un auxilio pedido a enemigos de Italia? Es cierto que Pío IX divulgó y algunos de sus sucesores repitieron el dicho de *rey usurpador* y *papa prisionero*, y que por algún tiempo, después de 1870 los católicos italianos eran llamados *los emigrados del interior*. Mas, ¿qué vale todo esto ante el poder total y efectivo que el estado italiano ejercitó frente a la misma iglesia, subsidiada y protegida? Serío lo mismo que en base de estas historietas, diéramos valor al hecho de que antes del acuerdo fascista-papal, en el encabezamiento de *L'Osservatore Romano* estaban estampados los dos lemas, *Cuiusque suum* y *Non prevalebunt*, mientras que después del acuerdo, ambos lemas no figuran más, como que han prevalecido los sacerdotes.

¿Será el acuerdo duradero? se preguntó Mussolini, respondiéndose afirmativamente. ¿Será el acuerdo duradero? — se preguntó el papa, augurádoselo optimistamente.

Nosotros, sin dárnosla de profetas, fundándonos en una comprobación y en la historia, nos conformamos con hacer notar la existencia de dos soberanías en el mismo Estado y un conflicto profundo en potencia, sino también en acto. Y el conflicto es la antítesis insuperable de dos concepciones autoritarias y abso-

lutistas, si ambas querrán prevalecer y afirmarse de hecho como en la polémica reciente. ¡La confusión de los términos del conflicto es derechamente babilónica!

No hemos tenido la pretensión de oficiar de adivinos ni fines remotos. Nos sirvió de guía el pasado. Nos sirvió de admonición la conciencia de esclarecer y comentar en forma de evidenciarlos, el espíritu y la letra del documento, avalorando nuestra demostración con las palabras textuales de los contrayentes, y con la autoridad del único que dijo una palabra clara y sintética, respecto del Tratado y Concordato de Letrán, con la autoridad de Benedetto Croce, lo que nos consuela y halaga.

Nos duele que todo cuanto hemos escrito no nos fuera posible publicarlo en alguna revista o diario italianos, por culpa del monopolio fascista de la prensa, la censura, la confiscación y demás tristes consecuencias, a pesar del monopolio. Nos duele que todo lo que hemos escrito no nos sea posible hacerlo conocer en el interior de Italia, ni siquiera enviando la revista NOSOTROS en sobre cerrado, puesto que de hecho y de derecho allá hasta el secreto epistolar, a pesar de las disposiciones del código penal vigente, es violado por arbitrio de los censores postales expresamente creados a fin de que ni siquiera por medios privados se sepa la verdad libremente enunciada y demostrada en el extranjero.

También la legítima, reposada y serena declaración del Senador Benedetto Croce, fué sofocada por rumores y protestas tales, que impidieron que todo cuanto él dijo llegase a la prensa y por ella al público del extranjero, y tampoco al público italiano, que sólo pudo conocer la declaración del ilustre varón a través de la desvirtuada versión dada por Mussolini para una más simple y fácil confutación.

Los italianos de allá, en su mayoría absoluta no saben de la obra de disolución y de la *fétida ruina*, sino cuando ellas se manifiestan en sus tristes efectos.

“Todos sabrían gobernar con el estado de sitio”, solía repetir Cavour. Pero el estado de sitio es coerción que anula todos los valores morales, políticos y sociales, que limita todas las actividades económicas esclavizándolas a un principio de potencia que es un fin en sí mismo, y es el predominio de quien tiene

el poder y de su fracción política. Y esos no son la colectividad ni la mayoría, ni reflejan los ideales e intereses de ésta, si están obligados a poner la nación en estado de sitio. Nada es más beneficioso que la libertad; nada es más sagrado que la dignidad humana.

Nosotros compadecemos a todos aquellos que la libertad no piden, que la dignidad humana sacrifican, creyendo con ello evitarse dolores a sí mismos, a los propios hijos y a la humanidad, mientras preparan otros más atroces e irreparables.

Y en Italia ahora se ha llegado, en virtud del Tratado y Concordato de Letrán, a envenenar esa libertad en sus fuentes, esa dignidad humana en las fibras más íntimas y delicadas de la conciencia, puesto que a una tiranía de prepotencia y fuerza material, se ha sobrepuesto la más tétrica y pesada tiranía de las almas. Las grandes sombras del pasado se yerguen en Italia perfilándose como espectros implacables.

Pero la historia recomenzará su curso con ritmo acelerado después del *ricorso*, y el futuro será ineludiblemente del espíritu que es libertad, de la historia que es democracia y dignidad humanas: incesante devenir!

Las grandes sombras serán aplacadas. Pero a nosotros incumbe el sagrado deber y la tarea grave de aplacarlas.

C. CÉSAR GROSSI.

Buenos Aires, 16 de junio de 1929.

EXPERIENCIA DEL COMUNISMO EN EL CHACO PARAGUAYO

SERÁ seguramente señalada en el futuro como una etapa singular en la historia del pensamiento la curiosa ofuscación que se propagó durante la segunda mitad del siglo pasado y comienzos del presente, según la cual numerosos estudiosos de las ciencias económicas llegaron a creer benéfico, posible en el mundo moderno y hasta seguro, el advenimiento del sistema comunista como régimen económico general de los pueblos. Esta ofuscación se contagió, como es sabido, a muchísimos literatos, políticos, abogados, médicos, etc., etc., lo mismo que a la inmensa mayoría de las masas obreras, carentes todos éstos, como es natural, de especiales y suficientes conocimientos de Economía. Ha sido realmente una suposición en la que, por acto más de fe que de conocimiento experimental y adecuado raciocinio, se ha incurrido, no obstante el importante caudal de positivo saber dilucidado y acopiado por los fundadores de la ciencia económica, Quesnay, Adam Smith y Ricardo.

A pesar de ello y de las significativas experiencias del pasado europeo sobre los efectos desfavorables de la restricción a la libertad individual en las actividades económicas (gremialismo medioeval, sistema proteccionista "mercantil"), debido sin duda al santo y ferviente anhelo por redimir a la humanidad de la miseria injustificada, y porque es más fácil y cómodo formarse una fe que un conocimiento, las muchedumbres semi-enteradas se fabricaron ese particular ideal místico e ilusorio (cuyo origen lejano me parece verlo en las fantasmagorías sociológicas de los evangelios cristianos) y lo sintieron con tal vehemencia que llegó a ser intentado como sistema práctico de economía social en uno

de los más extensos países europeos, largamente extendido hacia la incientífica Asia y no casualmente el país más supersticiosamente cristiano; pues sin duda es en Rusia donde las directivas del Sermón de la Montaña han sido tomadas más a lo serio, como máximas para hacer y no meramente para disertar.

Sin embargo, una mayor atención crítica por parte de quienes, con tan buenas intenciones, asumieron el papel de adoctrinar a las masas trabajadoras y explotadas, habríales desengañado sobre esa forma de ilusión e inducidos a escoger mejores derroteros.

El comunismo no es una doctrina sobre la cual se carezca de suficiente experimentación como para que pudieran ignorarse en tal grado sus deplorables efectos. No hacía falta la experiencia del hambre o extrema carencia de que hoy se sufre en Rusia para comprender, siquiera por analogía esencial con experiencias anteriores, (ya que no por principios científicos generales) que esa es una consecuencia necesaria del sistema. Hay casos, como el que voy a exponer, cuyas consecuencias son estrictamente aplicables a cualquier otra tentativa presente o futura de ese género.

Sin remontarse a las lejanas épocas del estado social incaico, cuyos testimonios son forzosamente incompletos, o al ensayo jesuítico del Paraguay, cuyas condiciones pueden ser tachadas de artificiales y circunscritas, tenemos en América ejemplos perfectamente asequibles a la observación actual, que muestran con diáfano esquema la esencia y los fenómenos consecuentes a la adopción del principio comunista.

Yo no conozco caso mejor documentado que el de los indios lenguas, habitantes del Chaco paraguayo, que ha sido cuidadosamente investigado y relatado por el explorador inglés W. Barbrooke Grubb (*). La obra consta de 300 páginas y IV apéndices, acompañada de fotografías, y de la que existe ejemplar en la Biblioteca del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires. Su autor residió efectivamente durante veinte años entre

(*) W. BARBROOKE GRUBB. — *An Unknown People in an Unknown Land. — The Indians of the Paraguayan Chaco. — An account of the life and customs of the lengua indians of the Paraguayan Chaco, with adventures and experiences during twenty years' pioneering and exploration amongst them.* (Londres, Seeley & Co. — 1911).

los citados indios, cuya vida y costumbres describe, y está reputado en el mundo de los especialistas de la Etnografía como una de las primeras autoridades en la materia, y dignas por lo tanto de pleno crédito sus observaciones, según referencias que me hiciera el también reputado arqueólogo Eric Boman.

La obra de Grubb dedica un capítulo, el XIX, titulado "Socialismo indígena", a describir el estado económico en que vivían aquellos indios cuando los conoció.

"Por lo poco — dice — que he podido reunir de la historia de los indios del Chaco, tengo bastantes razones para creer que en tiempos pasados fueron ellos una raza muy superior a su estado actual; mejores desde muchos puntos de vista que lo que son ahora; y que su degeneración se debe a su sistema social, que en el estado nativo previo a las influencias de la civilización europea, lo hallamos genuinamente socialista".

Luego expone los caracteres del sistema en los siguientes términos:

"La tierra pertenece al pueblo en general y ningún indio, ni siquiera los caciques, tienen ningún derecho directo a ninguna parte de ella que sea distinto al de los demás miembros de la tribu. Ningún indio aventaja en posesiones a su vecino. Sus rebaños viven en campos de pastoreo comunes; solamente pretenden la propiedad de sus huertos mientras los están cultivando.

"Los productos naturales del país, como ser caza, miel, frutas silvestres, pescado y leña, son propiedad común de todos, y la ley indígena establece la hospitalidad en el más lato sentido.

"Todos los hombres tienen la obligación de cazar; no hay ninguna clase exenta de trabajar, ni siquiera los caciques.

"No hay en verdad distinciones sociales, pues los caciques, con fines de bien común, gobiernan solamente en tiempo de guerra.

"No hay ninguna ley para la herencia. El clan es en gran parte tan responsable por los niños como lo son los padres de ellos mismos; y la educación y sustento de la niñez son asuntos concernientes a la tribu más bien que a los padres. A los niños se les da tanta libertad como es posible.

"Ante la ley indígena hay muy poca restricción en cuanto al matrimonio.

“Los ancianos deben ser mantenidos a expensas de la comunidad como así mismo los enfermos o inválidos.

“Todo intento de un hombre para hacerse superior a los otros, a gobernarlos o a mejorar sus propias condiciones a expensas de los demás, es contrarrestado en lo posible, y casi no existe”.

Añade que los que por haber estado de viaje, no haber tenido cosecha o por cualquier otro motivo carezcan de subsistencia, tienen derecho a reclamarla de la comunidad.

Se ve bien en este bosquejo, claramente caracterizado y en acción un sistema social que establece en sus bases más concretas las aspiraciones de los modernos comunistas, ya sean de tendencia socialista o anarquista, lo mismo que de algunas sectas cristianas igualmente comunistas.

“Pasando de este resumen — prosigue — a datos más detallados, trataré de mostrar los efectos que han tenido sobre los indios del Chaco cuatro siglos de este particular sistema social.

“Hay entre ellos tantas clases diferentes de habilidad, fuerza y energía como entre otro pueblo cualquiera; pero el agricultor competente que si quisiera podría adquirir por medio de sus propios esfuerzos una plantación grande y productiva, y que con trabajo e industria podría mantener confortablemente a su propia familia, se rehusa, debido a la ley socialista, a trabajar para el sustento de otros que no le interesan. Por consiguiente no produce más que lo absolutamente necesario para el momento. Nunca guarda nada para los días de adversidad, porque otros no lo hacen y porque si tuviera reservas, los perezosos vendrían a requerir su parte en ellas”.

Aquí el autor — que no es ni le preocupa ser un especialista de la Economía — pone el dedo en el principio eudemónico esencial que mueve la actividad de todo bicho viviente: el hombre no trabaja sino en el grado que ello puede reportarle provecho; principio que una vez más y en gran escala se ha hecho patente en Rusia al limitar los agricultores sus cosechas, dado que les son confiscados por la comunidad los excedentes a sus estrictas necesidades; principio inmovible y por muchos olvidado, que basta y sobra para echar por tierra ahora o más adelante cual-

quier ensayo de colectivización general de las actividades económicas.

“El sistema causa además de la pobreza crónica — dice — un rebajamiento en la moralidad, pues el cazador hábil puede traer abundancia de caza, pero no halla ninguna ventaja en cansarse un tanto más, y se contenta con proveer a sus propias necesidades inmediatas y a las de aquellos a quienes desea ayudar. El resultado natural es que el indio durante el paso de las generaciones ha llegado a ser haragán y egoísta y ha perdido en gran parte todo sentimiento benévolo para con los que no pertenecen a su círculo inmediato”.

Aduciendo ejemplos particulares, dice el autor:

“Una vez yo incitaba a un indio fuerte y capaz para que usara con más provecho la tierra que cultivaba. Él convenía en que el suelo era bueno, y que con poco esfuerzo, comparativamente, podría triplicar la cantidad de la cosecha. Admitía también que él sabía bien cómo preservar su maíz y demás productos, y de ese modo asegurarse contra el hambre e igualmente contra las raciones escasas que son causa de grandes penurias para los indios durante una considerable porción del año. Pero me arguyó que, si tal hiciera, no le serviría de provecho. Mencionó varios de sus compañeros de tribu y me pidió que mirara sus mezuquinas huertas, diciéndome: —Si yo hiciese cultivos más extensos, esos hombres los harían más chicos aún; y de acuerdo con nuestras costumbres, ellos vendrían a ser mis comensales; y el excedente sobre lo que ahora tengo iría a ellos en lugar de ir a mi familia. Si yo guardara mis cosechas y las conservara para tiempos de escasez, estos hombres no harían otro tanto, y sabiendo que yo tuviera una reserva, vendrían a ponerme a contribución.

“Otra vez estuve cazando con unos indios y encontramos un nido de avestruz conteniendo muchos huevos, que ellos inmediatamente levantaron. Protesté y les dije: —¿Por qué no dejan algunos para que se conserve la cria de los avestruces?

“No hicieron sino reírse y contestaron:

—“El lobo, si los hallara, consumiría lo que nosotros hubiéramos dejado, o, si viniera un indio, él los tomaría.

“Entonces se sentaron y empezaron a hartarse comiendo una

cantidad completamente innecesaria, guardando solamente unos pocos huevos para sus familias. Esto me llamó la atención, por ser prueba del egoísmo más acentuado; pero cuando por la noche llegamos a la toldería, inmediatamente fueron rodeados los cazadores por una cantidad de gente que conocí como excepcionalmente haraganes y que en ese día no habían hecho ningún esfuerzo para procurarse alimentos, quienes se apresuraron a preguntar a los cazadores qué habían encontrado; y la contestación fué: “huevos de avestruz”. Con ojos ávidos interrogaron: —“¿Cuántos?” —“Solamente unos pocos. No hemos podido traer bastantes para una comida de nuestras propias familias”.

“Hasta cierto punto esto no era verdad, y así se lo dije a ellos. Su contestación fué que algunos de sus compañeros nunca irían a buscar alimentos si hubiese una posibilidad de conseguirlos de otros, y que ellos no podían comprender que fuese una virtud sacrificarse y llevar pesadas cargas bajo el calor, con el objeto de servir a estos hombres, cuando ellos mismos podían conseguir el mismo resultado con un poco de trabajo por su parte”.

El mismo fundamental principio económico, o sea, mejor dicho, su infracción, se hace presente y es causa de igual penuria en lo referente al alojamiento:

“Los indios edifican chozas miserables, pequeñas, toscas y de insuficiente abrigo. Sin embargo, cuando nosotros les empleábamos en construir para nosotros mismos una choza de modelo indígena, nos construían fácilmente una muy satisfactoria. Cuando les critiqué por no hacer para sí mismos mejores viviendas me replicaron:

—“Si nosotros construyéramos una choza grande y amplia, otros vendrían a pedirnos hospitalidad, cuando hiciere mal tiempo. ¿Porqué, entonces, cansarnos para que otros no se cansen?”

¿Qué hombre civilizado, — pregunto yo — que no fuera completamente tonto, contestaría de modo diferente al estrictamente lógico y justo de aquellos indios? Y del mismo modo que ahora los campesinos rusos procuran ocultar alguna parte de sus cosechas para librarla de la requisita estatal, “un indígena tiene muchas veces un depósito secreto de miel u otra comida y también deja echarse a perder esas vituallas, simplemente porque no quiere dar parte de ellas a quienes no son sus allegados”.

“El socialismo ha empequeñecido y deprimido el carácter de este pueblo. Si un hombre se propusiera conservar para sí y su familia los bienes ganados por sus propios esfuerzos, los otros le odiarían y maltratarían”. Así advierte también el autor que ni siquiera quieren poseer dos mantas, la una para la muda, porque otro que no criara ovejas, o cuya mujer fuese una desidiadora que no tejiera, le obligaría a prestarle la segunda manta, que generalmente no le sería devuelta.

Observa que los indios son muy amantes de sus hijos y proveen en cuanto pueden a sus necesidades, y son amables con sus parientes y amigos; y así un visitante casual que los viera repartir generosamente su comida pensaría que son muy liberales y bondadosos; pero esa hospitalidad aparente es dispensada de mala gana y sólo porque la ley indígena les obliga a compartir. “Este sistema no conduce solamente a la pobreza e inercia sino también al crimen. Los ancianos son frecuentemente desatendidos, no tanto de propósito como a causa de la extrema pobreza en que han caído, y del egoísmo de muchos que prefieren entrar a parte de la comida ajena que trabajar para aumentar las provisiones”.

Luego trata el autor de las causas que han llevado a los indios a practicar y conservar ese sistema, encontrándolas principalmente en la presión guerrera y vida inestable que les causaban otras tribus vecinas en antiguos tiempos. “Cada hombre tenía un valor en la guerra, aunque fuera indolente e inactivo en tiempo de paz... Y cuando uno ha iniciado la vida común en los remotos tiempos de peligro, que implicaba la solidaridad de todos, entonces se encuentra difícil hacer cambios de los que pudiera resultar la desintegración”.

Dice que considerando indispensable hacerles cambiar de sistema encontraron en los indios la mejor disposición, tanto más que ya espontáneamente se había marcado alguna tendencia más individualista, tratando de hacer la vida incómoda para los perezosos.

“Conociendo que un hombre no hace cosecha si lo que cosecha le es sustraído, pusimos empeño en inculcarles la necesidad de afirmar los derechos de los que honestamente habían adquirido bienes. Encontramos apoyo cordial y en pocos años

se ha efectuado un gran cambio en esta gente. El sistema comunista desaparece rápidamente y con la misma rapidez se está elevando el pueblo en la escala social. Les hemos inculcado la absoluta necesidad de que los parientes deben ayudarse entre sí y que los padres deben sostener por entero a sus hijos sin pedir ayuda a la comunidad”.

Hace notar que después de la completa transformación social que allí se produjo durante los últimos veinte años, los indios ya no son comunistas sino trabajadores independientes que acumulan bienes por sus propios esfuerzos y atienden a los debidos intereses sociales, contribuyendo al sostenimiento de su escuela y hospital y de los enfermos y menesterosos que carecen de parientes.

“Tomemos como ejemplo una pequeña comunidad de 200 almas. Hace 15 años lo único que poseían eran sus armas, algunos miserables utensilios domésticos y unas pocas ovejas, cabras y caballos, mientras que hoy poseen una fortuna que en conjunto llega casi a mil libras esterlinas, compuesta de rebaños, mercaderías, casas y huertos permanentes, para no citar una suma considerable en un banco de ahorros propio de ellos mismos... La regla principal que les hemos enseñado es que cada hombre y mujer debe luchar su propia lucha por la vida, pero que sin embargo deben contribuir para la caridad generosa y voluntaria, proveyendo primero a sus propias necesidades. Sin embargo, afortunadamente, la caridad no es muy necesaria, pues su país es tal que fácilmente les sostiene con sólo trabajar. Es suficiente haber implantado entre ellos los principios generales del bastarse a sí mismo y de la independencia de carácter y que sólo en sí mismo debe confiarse para labrar el propio destino”.

Me parece grandemente instructivo este relato para entender por él, de modo objetivo y directo, la colosal equivocación yacente en el fondo de las modernas ideologías colectivistas, que tanto trastorno y obstáculo al progreso social han causado desde mediados del siglo XIX. Están de antemano retratadas en ese relato las tribulaciones que ha sufrido y sufre el vasto experi-

mento ruso, pues todas ellas giran sobre el pivote de la ignorancia o desconocimiento del principio de que el individuo no produce o restringe al extremo su actividad productiva cuando falta el estímulo de un beneficio personal directo y proporcional al esfuerzo. La actual carencia de trigo en Rusia, la miserable condición de los trabajadores en las granjas soviéticas, la escasez y carestía que allí se padece de todo artículo manufacturado, no tiene otro origen; ni tendrá otro remedio que la abolición del vacuo postulado comunista que inspiró la revolución y que los detentadores del gobierno se empeñan en mantener hasta donde pueden.

¡Cuántas luchas inútiles y dolorosas, cuántos generosos esfuerzos malogrados por la ignorancia de un principio que es fundamental e incommovible!

Se dirá que el sistema económico individualista (hasta el grado en que se ha practicado en el mundo moderno) tampoco ha obtenido para los trabajadores la justa remuneración de su actividad, y ello es cierto indudablemente. Pero fué un error más grande buscar el remedio por caminos extraviados.

En efecto, el sistema liberal o individualista conocido se ha mostrado altamente capaz de procurar abundante producción, aunque falla en cuanto a proveer la equitativa distribución de los provechos. En cambio el sistema colectivista empieza por demostrarse, en todos los casos, fundamentalmente incapaz de proveer a la producción misma. No hay lugar siquiera a que se consideren las condiciones del reparto cuando no hay cosa que repartir. La pobreza es mayor en éste que en aquél. Ejemplos, Rusia de un lado y Estados Unidos por el otro.

Justamente ese problema de perfeccionar y completar las sustanciales verdades del clásico y admirable sistema individualista es el que ha encarado y resuelto felizmente la escuela económica georgista. Entre ésta (1880) y la ciencia económica clásica, tal como la dejó Ricardo (1830), sólo hallamos un desolador paréntesis de divagaciones disparatadas, relleno con los románticos fantaseos de Saint Simon, Fourier, Kropotkine, Tolstoy, etc., y las opacas pedanterías de Carlos Marx, Sorel, etc.

El moderno desencanto, aplanamiento, confusión, escepticismo, desorientación, y también las reacciones dictatoriales que

algunos países sufren, no tienen, en su origen, mayor causa que el fracaso sufrido al experimentarse las falsas ideologías que dichos pensadores imbuyeron en las muchedumbres.

Quiero adelantarme a la posible objeción de alguno de mis lectores que, conociendo mis opiniones en favor del georgismo, podría argüir que esa doctrina, en cuanto propende a la propiedad colectiva de la tierra, también sale malparada por las conclusiones del relato que ahora pongo en circulación para los lectores de nuestro idioma.

A ese supuesto contradictor le responderé que yo conozco desde hace diez años este relato y nada ha hecho él variar mi convicción. Hasta realicé en dos ocasiones, desde 1921, infructuosas gestiones ante dos decanos sucesivos de la Facultad de Filosofía y Letras para dar divulgación, como materia de Etnografía y Sociología americanas, a las importantes enseñanzas que contiene. Sea hoy NosotROS más liberal y eficaz instrumento de comunicación ilustrativa.

Y no ha modificado mis ideas, ni las contradice, porque la propiedad común de la tierra (elemento pasivo de la producción) en nada estorba, antes al contrario estimula enormemente la individual actividad, siempre que el provecho de lo producido quede en libre disposición y propiedad del productor, lo mismo que sus capitales de todo género y la propia disposición de su persona y de su tiempo.

Barbrooke Grubb, a quien se ve hombre de buen sentido pero escaso de doctrina económica, no se plantea ni podría explicarse la otra causa indispensable de la prosperidad que la reforma individualista produjo entre los indios. Y es que, además de esa libertad de acción y apropiación, se encontró cada uno de aquellos indígenas con tierra libre y disponible para trabajarla. Si allí, como en el mundo civilizado contemporáneo acontece, hubiera estado toda cercada y adjudicada y registrada en escribanías a nombre de determinadas personas, las reformas que el autor y sus compañeros enseñaron a los indígenas habrían dado un resultado muy diferente. Aquí radica la gran dificultad; y en diagnosticarla, aislarla y resolverla, es precisa-

mente en lo que ha brillado la genialidad de Henry George. Pero, de todos modos, la utilísima aunque semi-empírica información de Grubb es suficiente para deducir con limpidez la importantísima conclusión de que la causa del fracaso de los experimentos modernos del colectivismo no hay que buscarla en motivos políticos circunstanciales, sino que radica en naturales causas que, como tales, actúan permanentemente, sin distinción de lugar, raza o grado de cultura. Conclusión que, por otra parte, no es precisamente pesimista, puesto que, en la investigación científica, los experimentos concluyentemente negativos tienen también un gran valor: el de enseñarnos por dónde no hay que buscar la solución de un problema; lo cual despeja mucho el camino para hallarle soluciones verdaderas.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

POESIAS

Heráldica

MAR azul. *Oro en la luz.*
Cielo azul. *Oro en la arena.*
Azul en tus ojos, reina. Oro de oro en tu cabeza.

Rizos en el mar.
Rizos en las velas.
Rizos en tu cabellera.

Blasón de la tarde alegre.
Vivo escudo en acuarela.
Sobre el azul del ensueño,
el oro de la materia.
En campo de agua marina
por barras rizos y fiesta.
Y ardiendo en gules de amor,
mi emoción y tu belleza.

MANUEL MEDINA BETANCORT.

Montevideo.

Canción del silencio de los pechos maternales

Aquí,
en la clara voz mía
está afirmada la tranquila armonía
del canto de la madre joven
con suavidades frutales
en la sangre del hijo
que florece
en el silencio de los pechos maternales.

¡Fuerte madre joven en la mañana del mar!

*Eres un árbol anhelante
en todos los vientos
y abierto al cielo
vagabundo del mundo.*

¡Fresca palmera ondulante de la mañana!

*Brillan gozosos los labios del hijo
en el silencio de los pechos maternales
que van naciendo
con la caricia interior de la sangre
que corre
extendiendo una marcha de dulce ritmo
en el paso ágil de la mañana.*

¡Ternuras del agua nacida en el alba!

*(Cantan las íntimas lejanías de la sangre
y las madres están despiertas
mientras hay un crecimiento del hijo
tendido en los velos del sueño).*

*¡Silencio de las semillas
en los surcos de la tierra!*

*Sube una voz de madre
en la playa sonora de claridad azul
mientras llega una canción
en las palabras celestes de las olas.*

*¡Este es el canto de la mujer fecunda
que tiene un hijo frente al viento del mar!*

*Fresca palmera ondulante
en el nacimiento de las mañanas
rodeada por el vuelo de los pájaros
viajeros de las islas perdidas en los sueños.*

¡Cuerpos de las madres en los días del mundo!

*Las noches inclinan su inmensa flor de descanso
en la frente de los niños que van hacia el amanecer.*

¡Y nace la canción del silencio de los pechos maternos!

NICOLÁS FUSCO SANSONE.

Montevideo, 1929.

PETRARCA Y EL RENACIMIENTO (1)

Yo he encontrado en el libro póstumo de Cochin, que contiene su traducción de *Los salmos penitenciaríos*, de Petrarca, el símbolo eminente en el que se refleja todo entero su temperamento emocional.

Es el episodio de su ascensión al monte Ventoux, realizada en compañía de Gerardo, su hermano tan querido. Cuando avanza y domina los picachos de la montaña, él siente que por sobre su humanidad física se expande y magnifica su espíritu. Mientras su cuerpo asciende, su alma se ubicaba en una cima distinta al pináculo de la serenidad y la perfección. Su hermano Gerardo, más atrevido y más ágil, optaba por la ruta hostil y escarpada, y avanzaba a paso firme con más seguridad que él. Esto lo confundía. Entonces meditaba en la saña de los obstáculos; en la vacuidad de los menesteres mundanos, en el trágico conflicto entre la pasión y la fe; la vida y el ideal.

He aquí el rol que el destino asignó al hombre que debía interpretar cabalmente la fatalidad espiritual de su tiempo. Fué su sino, el de encontrarse sorprendido en el vértice de dos trascendentales caminos de la historia. En uno anochece un ideal entre las sombras del fervor sobrehumano y bajo las nubes errantes de la fantasmagoría teologal. Por el otro reaparece la vida en una impetuosa concepción del mundo y el hombre. La Edad Media había abandonado en el tibio regazo de su espíritu el misticismo doliente del castigo, la penitencia y el perdón. El Renacimiento, el resplandor de un amanecer de albedrío, de belleza desnuda, de resurgimiento social. El sentido personalí-

(1) De un ensayo escrito en Aviñón con motivo de la solemne celebración del VI centenario de Petrarca, en abril de 1927.

simo de su genio consistió precisamente en qué, ante la formidable confluencia de los dos ideales, quedó de pie sobre las dos corrientes. De aquí el drama insondable de su inquietud. De aquí cómo a su gloria se mezclan todas las angustias. De aquí cómo en el caso de optar entre la dicha eterna y los bienes terrenos, jamás se resuelve, y cuando muere parece como si su espíritu se desplomara en la duda como en un abismo de desolación.

*
* *

Regresan los dos hermanos de su aventura de la montaña provenzal, y Gerardo se entera de la muerte de su prometida. "Pues que ya eres libre de la más grande carga, tú puedes fácilmente abandonar las otras, y ascender libre de todo, tal así como un peregrino". De tal modo fué como Francisco consoló a Gerardo, quien por la ruta de la meditación y la plegaria se internó de inmediato en el definitivo silencio de una cartuja.

Vuelto Petrarca a Italia emprendió, triunfalmente, las más extraordinarias ascensiones. Los hombres le franquearon todos los horizontes de la gloria, hasta la más encumbrada, que le otorgara el Senado de Roma, y que desde la muerte de Claudio, mil años antes, a nadie había alcanzado, cuando sobre sus sienes colocara el pontífice la corona de laurel.

Vuelve a Aviñón Petrarca, a impulsos de su mortal desasosiego. Encuentra a Gerardo que ha traspuesto la cima más límpida en los pináculos de la fe. Entonces se siente todavía más rezagado que en la jornada de Ventoux. Los resplandores de la gloria no llegan al vacío de su conciencia, y entonces se lanza desesperadamente a la conquista de su propia alma. Dialoga con San Agustín en páginas fervientes. Y frente al espectáculo de su escepticismo y su pecado siente que lo devora la melancolía. "Vitam in consiliis expendi", clama. — "Yo he gastado mi vida en cavilaciones".

Y así hasta el final de sus días, en que termina cantando a la Virgen. Canta a María el atormentado poeta. Mas! cuán distinta su invocación de aquella que San Bernardo elevara des-

de los ámbitos del paraíso Dantesco. El construye con los acentos de su tribulación el sublime poema y es su canto la prostrada plegaria del penitente: deleznable arcilla y soplo divino; hombre y asceta; demonio y ángel:

Desde que yo he nacido a la vera del Arno,
Yo he vagado de un lado tanto como del otro
Y no ha sido mi vida otra cosa que angustia.

*
* *

Es lógico que los nuevos críticos italianos, Finzi a la cabeza, hayan hecho capítulo especial de aquellos aspectos de su personalidad que se refieren a su acción pública en la hirviente Italia del "Trescientos", así como también a su participación en sus letras, la filosofía y la renovación de la lengua.

Cuando se radica definitivamente en Italia el año 1353, fué para consagrar su acción y su pensamiento de manera absoluta a una empresa gigantesca. La vida había logrado dominear su azaroso andantismo, y la realidad impuesto una grave pausa a su vieja dolencia de amor, la "vergonzosa servidumbre", como lo definiera entonces, ya situado en esa etapa crepuscular de su desengaño.

Se rodeó de sus preciosos manuscritos, y en el claustro de su biblioteca durante 5 lustros se consagró sin reposo a meditar, a actuar y a crear. La vocación de su primera juventud se abrió paso victoriosamente, en ese fecundo silencio que le deparara su tierra. Vuelve entonces con renovada pasión a sus estudios clásicos. Ningún secreto tuvieron para él los manuscritos antiguos. Entonces se produce el portentoso renacimiento de su espíritu, por el que se llegó a considerarlo como al émulo de los grandes latinos y al mismo tiempo el "padre del humanismo".

"Padre del humanismo" se le ha llamado, pero de aquel humanismo de los orígenes renacentistas, que no había planteado aún el trágico conflicto subsiguiente del hombre con Dios. Lejos todavía de su espíritu, como de su época, del arrianismo de Giordano Bruno y el neoplatonismo naturalista, tanto como de la convulsión de la Reforma, su pensamiento hundía buena parte de su raigambre en el terreno greco-latino con lo que se

constata que no había perdido todavía su ritmo medieval, sólo a través del cual pudo él y podemos nosotros, todos copartícipes de la civilización cristiana, abarcar las perspectivas del alma antigua.

De aquí que el “ritmo de Virgilio” y el “período ciceroniano”, sobre todo, descubren el nuevo hemisferio de su genio, al sorprender en el primero, así como en Tito Livio, al espíritu inmortal de la Roma antigua, y en el segundo “l’aurea latinitas”, la forma más característica y eficaz del Renacimiento.

Deslúmbrese también ante el clasicismo griego que venera, sobre todo, en Homero y Platón, pero no por eso desdeña ni la filosofía de Pablo ni la poesía de David. “De aquí el vasto espíritu que surge de sus escritos. Es el alma humana ella misma, lo proclama su crítico, grande y libre, la que en el curso de veinte siglos, de Oriente a Occidente, había explorado las regiones infinitas del pensamiento, expandiendo las luminarias del arte y los elementos vitales de la civilización, que el medioevo había detenido, pero no aniquilado. Así cuando Petrarca, por una penetración genial, hizo entrever a sus contemporáneos este continente ignoto, esta vida interior, la eterna “humanitas” de la literatura antigua, y que por sus ensayos él hizo revivir en su forma y espíritu, una admiración sin límites acogió la revelación. Y fué entonces que cada uno quiso apagar su sed en la vigorosa corriente cuyas fuentes él había explorado para brindar al mundo la realidad de sus milagros”.

¿De dónde sino de esa fuente de sabiduría y amor había de estallar ese resurgimiento de los ritmos y las ideas antiguas, de entre la inmensa tiniebla del medioevo, la que impusiera la formidable pauta, no sólo a las letras, la filosofía y la lengua italianas, sino que también al espíritu universal?

*

* *

Revelación de antes y de todos los tiempos, la de este humanista de seiscientos años. Petrarca, al contrario de Dante, es también un espíritu de nuestros días. Es un romántico por su sentido fundamental de la naturaleza, y ahí está Leopardi para proclamar el origen de su rebelde subjetivismo.

Es Petrarca también un espíritu contemporáneo, y su temperamento debió ser forjado en la misma fragua mental que los nuestros. Nuestra hora se asemeja a su hora. Los problemas se plantearon a su conciencia en la misma forma descarnada y perentoria que se plantean a nuestro pensamiento y a nuestra voluntad. Lo mismo que entonces los valores ideales hoy se estremecen con las piedras angulares de una pirámide secular que amenaza caer. Como él nos encontramos en el cruce de dos corrientes de la historia, y en vano buscamos en las construcciones tradicionales de la ciencia o la filosofía, el puerto seguro para la defensa de nuestra consolidación espiritual. Ni la religión, ni la política, ni la moral, ni el arte logran, como no lo lograron en su época, encontrarse en ningún puerto seguro de la civilización. Hoy también amenazan las tormentas marinas que avanzan desde los horizontes de la barbarie. “Vo gridando pace, pace, pace!” Petrarca clamaba por la paz, y sólo por ella, ya sea cuando se dirigía en su canto “A los Señores de Italia”, ya sea en todo el transcurso de su actuación pública en el escenario de su patria. El Papa y el Emperador; la aristocracia y la plebe, los poderosos y los tribunales, se disputaban su adhesión pero él no se decidía sino por la concordia de todos. Ya sea detrás de Cola de Rienzi, ya de Carlos IV; los Dux y los señores, él clamaba por el imposible de su hora nebulosa: la paz sobre la base de la restauración de la ciudad papal y la convivencia política de los príncipes. Por ello se le proclamó un “político del sentimiento”, pero era, en realidad, el ciudadano de una futura Italia, y el primero que alentó, de acuerdo con la definición posterior, la conciencia de la “italianidad”.

A tal desideratum no llegó Petrarca en vida, pero lo anunció por el conducto de la paz, la cultura y el arte. “No tenemos los humanos, dijo Pascal, la misión de hacer triunfar la verdad, sino de combatir por ella”.

Frente al mundo actual irradia de su ejemplo la palpitante enseñanza. La trágica crisis de esta actualidad del mundo, se aloja en esa misma encrucijada de la historia, y plantea de nuevo el dilema de la civilización y la barbarie, en términos categóricos.

Los acontecimientos bélicos y sociales; las organizaciones coloniales; los regímenes políticos; los conflictos religiosos, la

economía, la moral y el arte, desplazando violentamente instituciones, clases, ciencias, ideologías, colocan al mundo actual frente a la misma heroica responsabilidad que el del Milenario y del Trescientos. Como entonces, frente al hambre y la sangre, la anarquía moral, el sensualismo y la vulgaridad desbordadas, frente a esta decadencia occidental, definida por Spengler, la hora presente exige *otra cultura cultura, otra justicia, otra paz.*

Se aguarda con angustia la definición victoriosa de estos fundamentales reclamos.

La ferocidad fratricida de los güelfos y los gibelinos, los Bianchi y los Neri; las traiciones a la ciudad y a la patria; las mentidas repúblicas florentinas del tiempo de Bonifacio VIII; la claudicación de los pontífices y la vergüenza de los municipios; los motines de Rienzi y las revanchas de los dictadores y los patricios, se renuevan en este Novecientos, en la vida internacional de todos los continentes; en los imperios que se derrumban y en los despotismos que se desatan; en las oligarquías de abajo y de arriba; en los falsos sistemas, las persecuciones, la voracidad y el odio, que perfilan el caos presente de los pueblos y de las conciencias.

Somos, pues, exactamente las víctimas de una misma inquietud. El pensador ruso Nicolás Berdiaeff, en su libro sensacional *Una nueva Edad media*, se refiere al Renacimiento como a la época que arrancando de la Edad Media, viene a terminar en la guerra de 1914, y ello da base al filósofo Curzio Malaparte para afirmar que el seiscientos italiano, como fenómeno, no termina en el siglo XVII, sino que se prolonga hasta nuestros días, cambiando solamente de nombre y dirección.

Somos, ciertamente, las víctimas de una misma inquietud, que se transfigura a través de los siglos en un ritmo distinto. Bardiaeff, auscultando el siglo XIX en su segunda mitad y el XX en su comienzo, y desmenuzando el humanismo individualista de Nietzsche y el humanismo colectivista de Marx, ambos negativos de la personalidad humana; analizando en seguida las consecuencias de la guerra mundial liquidando una cultura, demuestra la extinción definitiva del humanismo renacentista.

Inútil que levantéis falsas iglesias, exclama, llámense sociología, teosofía, gnoseología. Es necesario que volváis a pactar

con Dios, después de haber pretendido abandonarlo durante varios siglos, ante la caducada omnipotencia del hombre.

La plena eclosión del individuo, solo ha de afianzar el orden nuevo, sostienen los devotos de los hombres predestinados, de tal modo como el mesianismo socialista, por el órgano de sus minorías herméticas, anuncia a su vez la nueva Israel, acentuando la negación sistemática de la Democracia.

*
* *

Y cuando se renueva en esta transición histórica la secular inquietud de las sociedades, he aquí la nueva celebración de Petrarca que llega venerable de seiscientos años, con su limpio bagaje de recuerdos, de ejemplo y de gloria.

Ni banca, ni ejército, ni iglesia, ni príncipes, reclamó aquel ciudadano del mundo, para arrancar del abismo a la latinidad y ungirle del hálito maternal de Roma. La indescriptible fascinación que ejercía sobre las muchedumbres y los espíritus, no tuvo otra procedencia que su genio. No el genio de la violencia que prostituye y destruye, sino el de la fuerza moral. *La vida vucla*, le había advertido su Cicerón, y San Agustín la había comparado a una carrera durante la cual nadie tiene el derecho de detenerse, siquiera un segundo. El bien sabía que de sí mismo irradiaba la chispa que propagaría la luz del porvenir.

Fué así que creó y creó siempre con el pensamiento y la acción. Y creaba ideales y creaba la patria y la lengua y la filosofía de su tiempo. Todo en la fragua de su señorío espiritual. He aquí el admirable y simple secreto de su victoria. Su vida constituye el más rotundo alegato en favor de las fuerzas morales en el gobierno de los pueblos y del mundo, hasta el día que su cabeza cayó para siempre sobre el manuscrito de la *Vida de César*, para despertar con su resonancia a una nueva civilización.

Espera también nuestra hora el genio que la interprete y la voluntad que la encumbre. Su *otra* cultura, su *otra* justicia, su *otra* paz.

¿Dónde encontrar la atmósfera, el crisol y la tierra capaces de revelarlo a la ansiedad del mundo? En el viejo continente

desgarrado y sin brújula, o en esta América que engendra en el misterio de las razas la nueva raza?

Venga de donde venga, quiera Dios que sea pronto su anunciación. Y que de él podamos decir, lo que de Petrarca, Nelli, su amigo:

“Estamos todos vestidos con su gloria”.

JOSÉ G. ANTUÑA.

¿QUE ES LA JUSTICIA?

LA Justicia es una afirmación del espíritu humano ante la dinámica complejidad del cosmos. Hija de la fe, compañera de la esperanza, vitaliza el organismo social, lo impulsa a las conquistas, lo eleva.

No está sujeta a ninguna evolución. Cuando surge lo hace en toda su plenitud, como la chispa. Por eso es temible cuando cae en el barril de pólvora de los que yacen aprisionados.

¿Es, acaso, mera ilusión?

Nada menos cierto: la ilusión lleva, en sí, signos de decrepitud o muerte; la Justicia, en cambio, es un proceso de actividad máxima de lo real a lo ideal. De ahí que, como cosa, como estado sea irrealizable. Su atracción, su virtud reside, precisamente, en su intangibilidad, no sólo para el hecho sino para el pensamiento. Es, digamos, como la energía cósmica que preside la integración y desintegración de los mundos, sin hacerlos ni deshacerlos del todo.

Ha añorado o ha soñado siempre con la Justicia el hombre. Ha sido su luz interior en el largo derrotero, agobiado de impotencia y esclavitudes. Su afán por asirla lo ha acercado a ella, porque, engendro de la vida, solo de vida se nutre la Justicia.

Jamás nos será posible dar una forma, un contenido definitivo a la Justicia. Sería aniquilarla, porque cosa lograda no insume nuevo esfuerzo; y ¿qué haríamos si el mundo no nos necesitara para develar sus goces, sus dolores y sus secretos?

Porque gesta y alumbrá, afirma y se desintegra y es irreversible, equivale a una función, pero nunca a una magnitud.



Decir que la Justicia es una, es ser consecuentes con nuestro concepto absolutista de la vida.

Cada cultura tiene su Justicia; cada civilización su ley. En ambas se condensan la gestación y el alumbramiento de una posibilidad social.

Los hombres que el agudo sentido popular ha llamado, con propiedad, "hombres del mañana", impulsan, coordinan — crean, diríamos — los elementos básicos de la nueva Justicia que ha de reinar. Queda para los llamados "hombres de orden" (magistrados, estadistas, maestros, financistas, virtuosos) la tarea de mantener la sociedad dentro de los límites prescriptos. Decir que aquéllos son revolucionarios y éstos reaccionarios, burlarse o exaltarlos alternativamente, es desconocer que ambos no son más que expresiones de estados sociales: y que, no siendo la vida un derecho de propiedad, los hombres no tienen la facultad de ser lo que les plazca, sino lo que puedan ser.

Por épocas, la humanidad va de la revolución a la integración; y vice-versa. Y no puede desenvolverse de otra manera. Cómo se integra y cómo se revoluciona depende de la posibilidad de contacto entre su ser y el cosmos. Radianes o latentes formas de energía ambos, se repelen o se prolongan; y en ciertos momentos, grandiosos momentos de conjunción, un ser humano, fino receptor de energía cósmica, devela un misterio, capta un estado y se convierte en nuestro intérprete del universo (Jesús, Copérnico, Newton, Mozart, Lenin)...

Son etapas de profundo sentido histórico. En ellas lo ideal cuaja en el espíritu en imágenes de trascendente realidad: Dios, el infinito, la gravitación, la espiritualización del sonido, la humanización; formas todas ellas, de un pensamiento anhelante de justicia suma.

Y cuando algún osado afirma que la Justicia es una y es Tal, un súbito temor invade a los demás. Diríamos que, de pronto, densa oscuridad enclaustra a la conciencia.

La unidad equivale a la negación de todos los mundos.



La añeja división entre Justicia Divina y Justicia Terrestre y las subdivisiones sustanciales en cada una de ambas, se asemejan a los sistemas de clasificación de los vegetales: los de Linneo, de Jussieu, De Candolle, Sochs, Prantl, preñados de afligente estatismo, como si se quisiera sepultar al reino en un herbario. Juegos, todos ellos, de la inteligencia en estado de vejez prematura.

La energía cósmica es una función, no un producto; y toda forma activa que de ella derive es inclasificable por naturaleza.

La muerte, fin o parálisis de función, es la que permite el ordenamiento, como las tumbas egipcias y los museos actuales. Sólo el producto es divisible; así, podemos atrapar la mariposa, pero no su vuelo; esto último pertenece al momento, a la vida, sucesión de momentos, única en la imagen que de ella concebimos, Pero dispar, fragmentada, undosa, llevándonos y trayéndonos en esa vorágine que caracteriza ante nuestro espíritu la actividad del cosmos.

Suponer que la justicia puede clasificarse es admitir como presente la muerte universal.



La esclavitud y la miseria, a que está condenada la mayor parte de la humanidad, por los siglos y sin remedio, han creado el símbolo de la Justicia reparadora de males, niveladora de estados, armónica en apariencia, pero vengativa y violenta en sustancia. Éste es, quizás, el símbolo más popular de la Justicia, porque es la forma más universal de concebirla.

La Justicia como símbolo de equidad, transfundiéndose al cuerpo de la ley, no pertenece a esta civilización de absolutismos. Y es bien cierto que sentimos la Justicia como un arrebató del espíritu escarnecido y la entendemos como una destrucción de oposiciones, sin importársenos si alguna "injusticia" cometemos.

La Justicia, el credo, la moral, el arte, los sistemas de investigación, varían con las civilizaciones y llevan en sí el empuje

vital que crea a éstas. Nacen para sustituir, no para tolerar. Muerden y devoran.

La mejor Justicia brota, siempre, en el estiércol de la iniquidad.

*
* *

¿Es pues, justa la Justicia?

Si admitimos que "lo justo" representa un concepto absoluto, Justicia es el término variante que indica, no la mayor o menor aproximación, puesto que no se trata de magnitudes, sino un estado de equilibrio funcional en relación a lo absoluto. Lo justo es, digamos, un punto de referencia, no un centro de gravitación.

La Justicia no se administra; es inapropiable. Se impone con violencia; se acata por obsecuencia. No se funda en razonamientos, sino en afirmaciones; por eso los filósofos son sus más grandes enemigos y los apóstoles sus más eficaces propagandistas.

La inocencia es el medio ideal para la justicia. Creer en ella es realizarla.

¡Acordaos de Juana de Arco!

*
* *

La parcialidad es el principal elemento de la Justicia.

Dar a cada cual lo suyo no es hacer justicia, sino resolver un problema elemental de matemática; o, más bien, halagar al concepto, ayer feudal, hoy burgués, de la propiedad privada.

¿Cómo ha de ser posible la imparcialidad en un universo sujeto a constantes alternativas?

Ser parcial significa, por lo menos, planear una trayectoria, limitada o extensa; poseer un rumbo, aspirar a una meta; comportarse, sin absurdos, como un verdadero fragmento del universo.

¿Qué otra cosa es la imparcialidad que el tanteo ciego, la inseguridad peligrosa del que duda del porvenir?

Y la Justicia, cada una de las justicias que caracterizan un

estado social, es un encauzamiento, no una dispersión de fuerzas.

La vitalidad de un pueblo se evidencia en su Justicia, no en su caridad.

La cólera es el fuego de fragua de la Justicia.

*
* * *

El objetivo de la Justicia no es el bien.

Tiende a un equilibrio, concediendo a unos la facultad de dirección que arrebató a otros. Sustenta un principio y lo ejecuta. La suya no es una obra de pacificación, sino de sojuzgamiento. Es, siempre, el sople animador de la ley. La crea y desaparece.

La ley tiene, invariablemente, algo de la dureza e indiferencia de quien deviene para con todo aquello que no se le identifica.

Cuando, en nombre de la Justicia, se afirma que el mundo debe ser de tal manera, esa decisión importa una necesidad de dominio. La Justicia gobierna; pero lo hace de una manera activa, sin privilegios, sin terror, sin defensas; no como los Estados, el de la política, el de la iglesia, el de las finanzas, el de los lacayos vestidos de generales; todos éstos viven invocando y guareciéndose en la ley.

Y la ley vive de los desperdicios de la Justicia, maldiciéndola y mordiéndole sus pies.

La Justicia es espíritu animador de pueblos. La ley es su momia.

*
* * *

Así, variable, múltiple, impetuosa, imperante, indiferente al bien y al humano sentido de lo justo, ella rige y limita los grandes movimientos sociales que tienden a negar una época y afirmar otra nueva.

La magnificente energía cósmica carecería de sentido para nosotros sin una creación subordinada, síntesis de sus radiaciones.

Nada une tanto a los seres como el sentimiento primario de la Justicia. Hasta su cólera y su crimen suelen ser sagrados.

LUIS REISSIG.

Mayo, 1929.

IMPRESIONES DE EUROPA .

LA ARQUITECTURA GOTICA RELIGIOSA

MEDIR la diferencia de temple entre los hombres de la Edad Media y sus descendientes actuales, es, me parece, el problema que más fuertemente sugiere la contemplación de las iglesias en tierras germánicas. A meditar acerca de él invitóme con muda insinuación el coro de San Lorenzo, durante mi primera visita a Nuremberg — que no ha de ser la última si la vida no me es infiel —, este invierno.

La distancia y la mengua que de aquellos siglos austeros separa a la época presente, la sentimos confusamente cuando hallamos que donde aquellos varones edificaban, hoy nos contentamos con hacer música. Antes se erigían naves donde ahora apenas se elevan cánticos. Para el alto rumbo de la gravitación religiosa en aquellos tiempos, las alas del espíritu moderno son harto débiles. ¿Será ello la causa de que los hombres del presente se entretengan en la creación de alas mecánicas? Los antepasados volaban con alas de piedra. Los nietos proyectan sus cuerpos afanosamente en los espacios rebeldes.

También sospecho que el sentido con que las antiguas catedrales eran vistas por sus constructores, está hoy agotado. Un vicio contemplativo hace que, de su contacto con los recintos religiosos medievales, el hombre moderno suela retener, no lo especial, que es lo que importa, sino precisamente lo accesorio: las incidencias del momento, la iluminación casual. Lo atmosférico y transeunte, la impronta circunstancial, no la forma edificada, no la voluntad arquitectónica, es lo que queda grabado en su memoria.

Con la naturalidad maravillosa de un milagro alcanzamos

a percibir, si en auscultación humilde aplicamos nuestra atención pacientemente a lo largo de los pétreos flancos, un eco remoto e ingenuo del pasado; y es como una consigna rememorada. Dentro de nosotros se espejean entonces los movimientos de la fábrica: en nuestro ser, como tensiones y reposos de nuestro propio cuerpo, se reflejan las elevaciones y las caídas, los ensanchamientos y las contracciones del espacio edificado; y nuestro aliento amplía su cadencia para darle cabida al afluir de otro aliento mil veces mayor, y sentimos que en el cauce de nuestra vida rueda una vida olvidada, grave y fuerte, una salud perdida, robusta y heroica.

Se diría que cuando en la Edad Media un pueblo se sentía movido a edificar una iglesia — una morada destinada a alojamiento de Dios y donde sus criaturas íntimamente pudiesen comunicarse con El —, las exigencias del práctico oficio a que la obra había de servir eran pronto rebasadas, desatendidas casi. ¿De dónde provenía el exceso? Acaso de un impulso místico, que a la materia traspasaba la función misma que, a su reparo, la colectividad se proponía realizar. De tal modo, año tras año y aun siglo tras siglo — lo primitivo de los recursos técnicos conocidos y lo vasto de los proyectos explican la tarda ejecución —, a las venas de los fustes y a la musculatura de las torres se iba transfundiendo e incorporando la terrena aspiración a lo divino y excelso, a lo inefable y perfecto; el anhelo delirante de comunión con el Creador.

Menos mudas son las catedrales que sordos nosotros. En estos baluartes de paz se perpetúan, en un rezo de piedras, las voces de próceres generaciones anónimas. Pero, estas plegarias cuajadas en roca articulada, ¿nos es ya para siempre imposible interpretarlas, entenderlas? Pertenece a una edad adscripta a la hélice; no aspiramos al cielo, lo hollamos irrespetuosamente. Los antepasados volaban con alas de piedra.

París, enero de 1929.

HAMBURGO: RECORDANDO A UN GRAN PIANISTA CUBANO

Viejo Hamburgo, brumosa Venecia nórdica, con tu Alster gran canal y tus tortuosos *flets* lagunas; viejo Hamburgo, con las agudas flechas de tus templos luteranos empinadas como para sostener la plúmbea gravidez de tu bajo cielo septentrional; viejo Hamburgo, con tus patricias alamedas seculares, ahora cuajadas por el otoño en oros fabulosos que los primeros cierzos derrochan en pródigas ráfagas; viejo Hamburgo, ¡con qué ansiosa impaciencia me sentía de nuevo llegar, remontando la anchurosa corriente de tu paterno Elba y franqueado el semoviente laberinto de tu puerto metropolitano, hasta tus muelles babilónicos!

Todo lo que me salía al encuentro evocaba con fuerza aquel conocimiento inicial, quince años atrás, también en otoño: bajo las pisadas, la misma caricia crepitante de la marchita hojarasca; las mismas frondas callejeras acuñadas en temblorosa moneda; la misma loca munificencia de un pálido príncipe espectral que en la invisible corriente del aire se entretiene en arrojar, a manos llenas, leves onzas áureas... Y el Báltico, ese Mediterráneo gótico, presentado allí cerca, con la anciana Lubeck sentada en la orilla, como una pescadora viuda que resiste y recuerda.

En mi lejana visita anterior, ¿no había yo conocido algunas personas que me interesaría ver ahora otra vez? ¿no había yo fundado simpatías y afectos que ni el tiempo ni la distancia habían logrado arruinar? Sí, por cierto. Sabía que de aquellas, una, la más ilustre, la más notable, aquella a quien una mayor consideración me había ligado, había muerto entretanto. Era un antillano, de Cuba: Manuel Jiménez Berroa, aquel egregio pianista moreno que, vencido por un amargo período de repatriación, fué a pasar, ya con las alas rotas, en la hanseática ciudad bajogermánica que es emporio prepotente y centro de tráfico mundial, los últimos veintisiete años de su vida, fallida si se la considera al resplandor augural de su iniciamiento.

En efecto, desde 1890 hasta su muerte en 1917 residió Jiménez en Hamburgo, dedicado modesta, resignadamente, él

que era un capitán del teclado, a la enseñanza del instrumento que con tanta gallardía dominaba. La carrera de Jiménez es un ejemplo del daño que pueden causar los reparos subjetivos de una sociedad intransigente en punto a raza. Aquel talento de intérprete de la música, acogido con envidiable tributo de aplausos en París y en toda Alemania a raíz de su consagración en dos de los más exigentes planteles de Europa, pudo asimismo haber sido considerado objetivamente en su patria. Sin embargo, no fué así; y a la honda herida resentida por ello puede imputarse que resultara mal granada la vida de este artista eminente. Los triunfos menores — menores por la calidad inferior de los auditorios — alcanzados después en las Américas Central y del Norte, no lograron restañarla. De esas heridas no sanan nunca los hombres muy sensibles.

Jiménez Berroa, espléndido fruto tropical cuyas mieles cobraron sazón en los rigores del clima conservatorio de Leipzig, presenta, en las tres principales épocas de su vida, como en otros tantos actos, el drama de los prejuicios raciales. El primero comprende la realización y el coronamiento de los más rigurosos estudios y disciplinas musicales, seguidos de éxitos resonantes, durante un par de años, en varias capitales de Europa. El segundo es el choque, en el país de su oriunde, con sus propios compatriotas cuyas preocupaciones pigmentarias se ejercen sobre él con cruel y ciega intolerancia, tanto más mortificante cuanto que la víctima está dotada de una hipersensibilidad exquisita. Finalmente la derrota, soportada a lo largo de casi tres decenios y disimulada ante el propio orgullo entre los pliegues de una actividad pedagógica que, no siendo vocacional, era sentida como reclusión doméstica por un temperamento de paladín:

*para varones denodados
más valen sustos que cuidados.*

El virtuoso ya había perdido la fe, el valor, el entusiasmo; desconfiaba de los demás y, lo que era más grave, ya él mismo “no se creía”.

He contado en otra ocasión (1) cómo conocí, la víspera de

(1) Véase *Gaceta Musical* de París, enero-febrero, 1929.

la conflagración mundial, a Manuel Jiménez Berroa, profesor de piano respetado en Hamburgo como uno de los buenos, "rey depuesto de un reino que él no había abdicado", valiente soldado de la milicia musical rendido prematuramente por las sutiles saetas emponzoñadas del prejuicio... cromático. Ahora sólo encontré a su viuda, que reside siempre en el mismo vecindario junto con la hija mayor, Manuela. El hijo, Adolfo, casado y padre, es comerciante. La menor, también casada, vive en Berlín. Así hallé a los hijos del maestro, a quienes dejé de ver siendo niños, en 1913. Jiménez murió cuatro años más tarde.

Escrita por Robert Krassusky — el más consecuente amigo y uno de los más convencidos admiradores del maestro —, he aquí cómo concluía la nota necrológica en que se registraba y comentaba, en el *Hamburgo Fremdenblatt*, la caída del grande y malogrado cubano: "La vida de este artista, llena de esplendor y de renombre en su primera mitad, fué más tarde poco menos que un martirio; pero, a despecho de tantas circunstancias adversas, Jiménez nunca dejó de servir, seria y honradamente, a la Música, ayudando y alegrando a los extraños con sus grandes facultades."

Recordando a Jiménez en Hamburgo, pensaba — y mi pensamiento, que tiene la intención de un voto, quisiera tener la eficacia de un augurio —: si la sociedad habanera y cubana en general, de fines del siglo pasado, por la presión abortiva que ejerció respecto de uno de los talentos artísticos más señalados que haya tenido su cuna en la maravillosa Antilla, incurrió en una como responsabilidad moral, ¿no podría, no debería ser redimida por la generación cubana de hoy, tributando ésta de algún modo a la memoria de Manuel Jiménez Berroa, príncipe de pianistas, virtuoso entre virtuosos, cultivador heroico de la Música hasta sus postreros días, y por todo ello honrador de Cuba, un homenaje reparador, piadoso y justiciero?

Hamburgo, abril de 1929.

AMÉRICO LUGO ROMERO.

LA SUGESTION DE CAMILO

(Ambiente de dancing; mesas, luces, parejas. Un hombre en traje de smoking, y otro medio enmascarado, se entretienen en observar a Camilo.)

EL HOMBRE DE SMOKING. — Y cómo se divierte...

EL MEDIO ENMASCARADO. — Tanto y nada...

EL HOMBRE DE SMOKING. — Su aspecto es de perfecta consonancia con su nombre. No podría llamarse Romeo ni Sancho.

EL MEDIO ENMASCARADO. — Verdad; hace todo el efecto de llamarse Camilo.

EL HOMBRE DE SMOKING. — Y otra vez en esa tercera mesa.

EL MEDIO ENMASCARADO. — Ahí, acaba de volcársele una copa de vino.

EL HOMBRE DE SMOKING. — ¡Qué lástima! Ese vino me haría mucho bien; inspiración...

(A Camilo le llenan otra copa. Una luz verdosa le alumbra desde abajo; es decir, desde la mesa. Como Camilo tiene el rostro amarillento, la luz le da una pátina de viejo a la fuerza. Por ciertas razones Camilo no podría tener otro rostro, aunque hoy haya resuelto divertirse. Una mujer de ojos almendrados y largos le acompaña. Al fin parece a punto de sonreír; pero de pronto su rostro se altera y cambia y la sonrisa de la mujer se desorienta, en un acorde menor).

EL HOMBRE DE SMOKING. — Ya está triste otra vez.

EL MEDIO ENMASCARADO. — Sí; ahora ya no ríe.

EL HOMBRE DE SMOKING. — Pobre hombre...

EL MEDIO ENMASCARADO. — ¿Pobre? Tan dispuesto que eres a compadecer.

EL HOMBRE DE SMOKING. — Déjame concluir. Conozco bien a Camilo y Camilo es como yo. Vamos... Es como era yo; como yo no pude dejar de ser, hasta cierta hora definitiva de mi vida.

EL MEDIO ENMASCARADO. — Si hay algo definitivo.

EL HOMBRE DE SMOKING. — Nada sin duda; pero de algún modo debo llamar a ese momento.

EL MEDIO ENMASCARADO. — Llamémoslo entonces; el momento de los momentos.

EL HOMBRE DE SMOKING. — Y fué cuando vino a sucederme...

EL HOMBRE ENMASCARADO.—(*Poniéndose casi de pie*). ¡Qué plato admirable le traen! Con ese sí que tendrías inspiración, inspiración de la mejor.

(Sobre la pequeña tercera mesa resbala una fuente de plata, en la que reposa una langosta coralina de ojos pequeñísimos y palpos enormes. Muestras de inusitada satisfacción de la mujer que acompaña a Camilo; la langosta le gusta mucho y no acierta a disimular, aunque recuerde el consejo del maître: "No sería conveniente que la clientela advirtiese que usted elique de los platos más caros, como si lo hiciera a propósito.")

Por esto, cuando la mujer halla la mirada del maître se cohibe un poco; pero Camilo no cree que la mujer pueda cohibirse por tal razón, y de inmediato sospecha que debe tener una pena; pena tan definitiva como la de él. Ya comienza Camilo a no divertirse. Ya está otra vez ante el trabajo inaudito de querer alegrarse; de querer mover aquella rueda interior, hasta que salte de una vez una chispa).

EL MEDIO ENMASCARADO. — ¡Zás! Se ve que a Camilo no le gusta la langosta: parece mentira.

EL HOMBRE DE SMOKING. — Es cierto; el pobre ha cambiado de expresión.

EL MEDIO ENMASCARADO. — ¿Pobre?

EL HOMBRE DE SMOKING. — Le llamo así, porque le conozco y me conoce. Nos conocemos profundamente.

EL MEDIO ENMASCARADO. — ¿Tanto?

EL HOMBRE DE SMOKING. — ¡Como que los dos somos uno.

EL MEDIO ENMASCARADO. — ¿Uno?

EL HOMBRE DE SMOKING. — Tal como suena.

EL MEDIO ENMASCARADO. — ¡Qué temeridad!

EL HOMBRE DE SMOKING. — Entendámonos; uno, en el dolor.

EL MEDIO ENMASCARADO. — Ya te vas descarrilando...

EL HOMBRE DE SMOKING. — Y todo por observar a Camilo...

EL MEDIO ENMASCARADO. — ¡Soberbio, admirable! Se portan ustedes como dos niños de colegio.

EL HOMBRE DE SMOKING. — ¡Oh, amigo mío!

(Camilo y la mujer que le acompaña, comen de la carne blanquísima. Comen y se miran sin devoción. Bien es cierto que la luz verde de la pantalla amarga un poco sus expresiones. Camilo ya sabe cómo terminará su fiesta. Ya lleva hecho el análisis de la misma desde el principio al fin. Ya nada logrará divertirle).

EL HOMBRE DE SMOKING. — No dudo. Camilo vive mi mismo dolor... ¿Si acaso le viese? ¿Si me acercase a saludarle?

EL MEDIO ENMASCARADO. — Harías perfectamente mal.

EL HOMBRE DE SMOKING. — ¡Quizá!

EL MEDIO ENMASCARADO. — ¿No era que no íbamos a conocer a nadie?

EL HOMBRE DE SMOKING. — *(Inquietándose)*. Iría a verle. ¿Qué te parece?

EL MEDIO ENMASCARADO. — Me parece que no.

EL HOMBRE DE SMOKING. — *(Tranquilizándose)*. Tienes razón. Si yo fuera a verle, se vendría con nosotros.

EL MEDIO ENMASCARADO. — ¡Contigo!

EL HOMBRE DE SMOKING. — No, con nosotros. Y sería para ti el momento de los momentos. La hora de la gran crisis.

EL MEDIO ENMASCARADO. — ¡Explicate!

EL HOMBRE DE SMOKING. — Ya verás...

EL MEDIO ENMASCARADO. — (*Quitándose el bonete*). Lo sé. ¡Quizá entonces comience a vivir.

EL HOMBRE DE SMOKING. — O a no vivir... ¡No te lo decía, no te lo decía!

(Ansiosos han observado los dos hombres, como Camilo se ha despedido de repente de la mujer. Luego el portero uniformado del dancing, le debe haber hecho una profunda reverencia, y todo ha sucedido, como si Camilo hubiese dejado de existir).

EL MEDIO ENMASCARADO. — A buena hora nos acordamos de ese momento.

EL HOMBRE DE SMOKING. — La vida vista por un antejo roto!

EL MEDIO ENMASCARADO. — Caramba... Hablas como si Camilo en lugar de salir, hubiese vuelto.

EL HOMBRE DE SMOKING. — Eso es; y a estar con nosotros, entre nosotros, en nosotros mismos.

JORGE NELKE.

POEMAS DE LA PUNA

Magda.

DE esta tierra fragosa,
frígida y desolada,
de cardones parados
y de cargueras llamas,
de montes azulencos
no era la blanca Magda,
nacida allá en el sur remoto y verde,
donde la tierra se prolonga en pampa.
Y como yo quería
de esta puna, su agua,
su cielo, sus cardones,
sus cuestras coloradas,
sus claros arenales
y sus humildes plantas:
yaretas, surillantes,
huaricocas y canglias,
esporales y tolas,
verdes muñas y añaguas,
fragantes rica-ricas
y griseas queñuas altas.
El arriero de ojotas
y la vieja que hilaba
y el chango salinero
un fraternal cariño le inspiraban.
Sus ojos eran verdes.
Era rubia y rosada.

*Y como yo quería,
de esta tierra sus aguas,
su cielo, sus cardones
y sus tropas de llamas.*

*Cayó vencida de la puna fiera,
en un cerro de cuevas coloradas...*

Llamas.

SON una punta de llamas negras. Corren y corren...
*Las grita el viento que se descuelga de ignoto alcor.
Por los tolares andan perdidas bajo la noche,
sin hacer caso de los silbidos de su pastor.*

*Curvas orejas. Agiles miembros. Largos vellones.
En las miradas fosforescentes, raro fulgor...
Claro el retumbo desconcertado de su galope.
Las ví de cerca y todo el sueño se me pasó...*

FAUSTO BURGOS.

HERMANN KEYSERLING

EL caso Keyserling presenta dos aspectos. En primer lugar el señor Conde mismo, luego la actitud de nuestro público. Tratémosles por su orden.

Ha publicado Keyserling una serie crecida de obras con muy diversos títulos. Pero el único tema de todas es el propio autor. Jamás nos habla de un hecho sino de su reacción ante este hecho. Comparado con él, nuestro Sarmiento es un escritor objetivo. Esta posición egocéntrica no molesta, porque se trata de una personalidad poderosa, interesante aun cuando nos refiere sus cuitas íntimas. En este espejo las cosas no se reflejan como son, pero sí con brillo y novedad.

En la estructura anatómica de un Hércules farnesio, convulsionado por un dinamismo vehemente, el señor Keyserling aloja la más abigarrada complejidad espiritual. Atavismos mongoles domesticados por la cultura europea, prejuicios rancios y rebeldías audaces, conceptos claros y arrobos místicos, conviven en el afán de unificarse en una integración sintética. La clave, empero, de tan complicada idiosincrasia es una exquisita sensibilidad estética. Keyserling es un artista. Su alma de condottiero se olvidaría de realizar un asalto al escuchar la vaga melodía de una murga de gitanos trashumantes. Quizás se atardaría en una cita por acertar con el ritmo exacto de un período.

Todo artista está reñido con la realidad real, pues en su mente forja un mundo ideal. La realidad nunca es bella. Las valoraciones del señor Keyserling, mejor dicho sus desvalorizaciones, recaen ante todo sobre los valores colectivos. "Todos los pueblos son abominables"; abominables también son las masas con su superstición democrática, el liberalismo burgués anti-

faz de menguados intereses, el siglo XIX con su chato positivismo, el intelectualismo con su pedantería lógica; abominable, en fin, toda esta civilización técnica con su mecanización de la personalidad humana. No por eso el señor conde piensa renunciar al más mínimo refinamiento de este siglo materializado. Su alma de troglodita no padece la nostalgia de la caverna. Sólo se propone mejorarnos, que buena falta nos hace.

Tiende el temperamento del artista por fuerza a exteriorizarse. En este caso el vehículo es la palabra, el tema la regeneración espiritual del Occidente. El escritor se vuelve apóstol y ofrece su panacea al mundo enfermo. He aquí lo grave. El artista es soberano en su dominio, suele ser un hidalgo quijosco si lo abandona.

Despojemos las ideas del señor Keyserling de su atavío literario y retórico, suprimamos la música, pongamos en paréntesis las sugerencias de su dinamismo personal, y veamos lo que queda. Poca cosa. Ante todo su deseo de no comulgar con las opiniones corrientes, de no repetir los lugares comunes ni los términos manoseados. Se pone, es cierto, al servicio de una idea grande y noble: la afirmación de la personalidad singular. Pero esta idea no es su propiedad. Nos la anunció ya en el siglo pasado el gran precursor y de entonces acá ha arraigado en muchos espíritus. Pero el señor Keyserling le imprime un sello excesivamente subjetivo. El repudio de la filosofía de la cátedra, la subordinación de los factores lógicos a los impulsos vitales, si bien merece nuestra adhesión no ha de llegar hasta el punto de olvidar toda disciplina mental para ofrecernos la paradoja o la sutileza como expresiones de la realidad. La prosa bien estilizada de Keyserling oculta una ideología heterogénea, en la cual se acomodan como pueden antojos personales elevados a la categoría de dogmas, displicencias de gran señor, desconocimiento de las fuerzas vivas que informan el momento histórico, polarización simplista de los conceptos opuestos, reminiscencias románticas y desplantes ultrarealistas.

Ocurrencia curiosa para quien desea exaltar la personalidad es buscar su apoyo en la filosofía del Oriente y entre los pueblos más rebañegos del orbe. Keyserling ha visto la estandarización del hombre americano, artículo de fábrica forjado en

ei mismo molde, no ha visto el aniquilamiento de la dignidad humana en el hombre oriental. Un chino, por muy mandarín que sea, jamás dice "yo"; ha de decir "mi poquedad". Del Oriente, en todo tiempo, no nos ha llegado sino la negación de los valores vitales y personales. El Renacimiento fué la primera reacción contra este tóxico; el siglo XX, esperémoslo, será la segunda. Y a ella habrá contribuido Keyserling a pesar de su orientalismo y de su aristocratismo. Nuestra fe se cifra en la raza prometeana. Por boca de su más alto representante se nos dijo: Al principio fué la acción.

Ahora, en cuanto a nuestro público, ha creído una vez más que el ilustre viajero le traía en sus maletas, para repartirla como caramelos, la verdad revelada. Con la papanatería vernácula ha acudido, para llevarse cada uno su cartucho. Lo que ha recogido han sido decepciones. Quienes esperaban un filósofo comprobaron la ausencia de toda sistematización metódica. Quienes, más precavidos, esperaban las revelaciones de una sabiduría confeccionada con fórmulas esotéricas, recibieron el consejo de emplear las propias fuerzas para labrar, dentro de las contingencias posibles, la perfección personal. Por fin, las gentes contaminadas de teosofía quedaron desahuciadas.

Solamente los pocos desinteresados obtuvieron el goce estético de escuchar de viva voz a un hombre excepcional, cuyos libros ya conocían y apreciaban. Por lo demás, entre Keyserling y nosotros media una profunda incomprensión. El partirá, sabe Dios con qué imagen, de nuestro país; sea su juicio el que fuere, será injusto, porque la realidad no se mide con cartabones ideales. Nosotros, a nuestra vez, seremos injustos, porque lo juzgaremos por sus palabras y no por su esencia. Pero esto es humano y sin remedio.

A. K.

KEYSERLING EN IDEA Y EN PERSONA

POR un explicable fenómeno de aproximación, el espectáculo de los últimos cincuenta años nos parece enormemente desarrollado. La guerra europea es considerada la más horrenda de las guerras. Creemos en la divinidad de la ciencia porque ha llenado la tierra, el espacio y las aguas, de maravillas. Llamamos, enfáticamente, a nuestra época: "Edad de la conciliación, del arbitraje y de la fraternidad humana". Pero olvidamos — eternamente ilusos — que lo extraordinario siempre termina por hacerse vulgar y que sólo las grandes fuerzas del espíritu se mantienen puras como antorchas insofocables.

No es la filosofía la que eso nos recuerda, ni tampoco la religión. No son los filósofos, ni tampoco los religiosos. Son ciertos temperamentos, dotados divinamente por la naturaleza, colocados por encima de todas las casillas y de todas las distinciones. Los griegos sabían muy bien de esos temperamentos. ¿No nos habla Sócrates del demonio familiar y Platón del ardor divino? El comienzo y la terminación de los grandes ciclos históricos, son marcados por el nacimiento de esos hombres singulares y por la confianza ilimitada que las masas depositan en ellos. Buda, Confucio, Mahoma, Jesús, Lenin. Para la humanidad la muerte siempre significa el comienzo de una nueva vida. Los jóvenes de la Nueva Rusia afirman profundamente: "La vida siempre vence a la muerte".

Keyserling sostiene, como tantos otros europeos representativos, que el mundo occidental entra en uno de esos períodos de tinieblas. Ningún hombre sincero consigo mismo negará la bancarrota de los viejos valores espirituales, que se está produciendo en el mundo. Entramos, verdaderamente, en un período de noche

espiritual. Y los hombres actuales se diferencian entre sí, por la posición adoptada frente a esa oscuridad. Hay quién continúa — bastante débilmente por cierto — predicando el retorno a viejas formas religiosas desaparecidas para siempre. Hay quién pretende modernizar esas viejas formas, produciendo, entonces, bodrios espirituales, extrañas mezclas de rancios dogmas con charlatanería. Hay quién introduce del Oriente sutilísimos venenos que inflaman las almas fatigadas de refinamiento.

A Keyserling se lo ha considerado como perteneciente a este último tipo. Gustavo Franceschi — en sus cacareos inofensivos de *El Pueblo* — parece tener especial interés en “orientalizar” al filósofo ruso, como para olvidar el profundo significado occidental de su prédica. Y es que, para los ojos de un católico del día, el budista, el confuciano o, simplemente, el materialista, se presenta como una entidad abstracta completamente irreductible a los términos del catolicismo. ¡Cuán lejos está del apotegma romano: “Hombre soy y como hombre nada me es indiferente!”

El tipo oriental constituye, para Keyserling, una de las innumerables facetas del hombre sobre la tierra. No ha dicho: “La salvación debe venir de Oriente”. Por el contrario, afirma que: “La salvación vendrá de nosotros mismos”. El que no busca el camino por sí mismo, pierde el tiempo esperando que otro se lo señale. La libre determinación está al principio de toda ruta nueva, de toda acción creadora. Pero la libre determinación es la enemiga de lo caduco, de lo artificial, de lo hipócrita.

Y aquí penetramos en el significado de la nueva filosofía. La escolástica fué un monumento destinado a sostener las verdades de la fe católica. Desde Kant hasta Nietzsche toda filosofía ha sido libertadora, en el sentido de que ha limpiado el espíritu de rancias ataduras. Con Keyserling — que yo considero como un precursor — el espíritu vuelve a elevarse sobre la noche de la materia.

De ahí los métodos mágicos que él propone para la conquista de las almas. La oposición, la paradoja, la abstención, la constancia, etc. Pero, sobre todo, encontrar la significación, que es el conocimiento profundo de las realidades del espíritu.

Comprender la significación no tiene ninguna relación con



KEYSERLING

(por Roland)

Clisé de *La Razón*.

influjos de Oriente. Por eso Keyserling afirma rotundamente: "Yo soy la subconciencia de Europa".

Los prejuicios aristócratas perjudican notablemente al genio del filósofo y le impiden su total desarrollo. Un simple título nobiliario — como también una melena o una sotana — constituye un estorbo insuperable para el progreso de los grandes espíritus. Keyserling debió imitar a Buda, que, siendo hijo de reyes, prefirió ser hijo de sus propias obras.

En su último libro — *Europa. Análisis espectral de un continente* — se muestra a menudo inferior a sí mismo, precisamente por no saber entregarse por entero, libre de condales ataduras.

Como Keyserling es, ante todo, un hombre que pretende conquistar almas por la palabra, ejerciendo sobre ellas una acción creadora, justo es que penetremos en su celda del Plaza Hotel, donde permanece horas enteras paseándose como una fiera.

Cuando se abalanzó sobre mí y me estrechó entusiastamente las manos, recordé inmediatamente a Zaratustra y a su sentencia: "Antes tenías pasiones y las llamabas vicios. Hoy debes hacer de ellas tus virtudes". Keyserling ha hecho — como los hombres más notables del mundo occidental en este siglo —, de sus pasiones, sus virtudes.

Es cordial y es bueno. Es entusiasta y es apagado. Es amigo y es enemigo. Es uno de esos hombres raros que no tienen inconveniente alguno en mostrarse hastiados cuando nuestra palabra ha dejado de conmoverlos.

Después hablamos rápidamente, apasionadamente, durante una hora. Se distraía y volvía a concentrarse. Afirmaba con entusiasmo y rechazaba con ira.

—"Hay hombres — dijo — que viven en un continuo desequilibrio. Por eso se exponen a los grandes fracasos, pero también a los plenos aciertos".

Así han sido los espíritus verdaderamente grandes de todas las épocas. Cierta pálido crítico argentino, que estudió la "psicología del pálpito", llamará, naturalmente, "macaneadores", a los seres que no se mantienen en estable y exitoso equilibrio, y con ello nos probará la pequeñez del espíritu científico cuando se introduce en los dominios vedados del arte y de la filosofía.

De Keyserling, he leído páginas absolutamente superficiales (las referentes a Italia en *Análisis espectral*, por ejemplo), y he leído páginas de una profundidad enorme, que parecen encerrar el sentido íntegro de la época. En cambio los hombres monótonos, de criterio y de medida, que piensan con cuentagotas, tienen el privilegio de aburrirme sin conmovirme.

En resumen: La etapa puramente racionalista ha sido superada por el mundo occidental. La ciencia ha dejado de creer en valores absolutos (Relativismo. Psicoanálisis. Mecanismo). El arte, que fuera salida para los elementos instintivos latentes en el hombre, se ha convertido en algo frío, cerebral, sin significado ni importancia. Las piruetas a lo Gómez de la Serna o a lo Paul Morand, tienen un valor exclusivamente destructivo. La corriente de los filósofos animadores, de la cual Keyserling es un símbolo, se presenta como la única salida para las fuerzas vivas del instinto, que el cerebralismo de la época pretende en vano sofocar.

RODOLFO DEL PLATA.

BELLAS ARTES: LA PINTURA

LUIS CORDIVIOLA.

LUIS Cordiviola es un artista selecto, y de un temperamento fino y sensitivo. Pintor de sólidos recursos ha encontrado en el paisaje, y en la pintura de animales, el camino por el que constantemente ha de ir realizando sus mejores obras.

Hay en los cuadros de Cordiviola un sello de inconfundible personalidad, donde se unen a una técnica firme, un colorido finamente sentido.

En la muestra de Amigos del Arte, exhibió este artista veintinueve lienzos: paisajes, figuras y animales. El paisaje tratado en colores claros y puros, el paisaje diáfano y sereno de las mañanas de Abril, de las tardes en las sierras, de los arroyos sumidos en una quietud inefable, es el que seduce más a Luis Cordiviola.

Es éste un artista cuya visión clara se hermana mejor con la naturaleza, cuando ésta se muestra en su máxima placidez. Es entonces cuando la atmósfera adquiere en los cuadros de Cordiviola, esa transparencia del cristal, esa diafanidad que se enseñorea sobre los seres y las cosas comunicándoles la sutileza de cuerpos que no parecen estar logrados sólo con dos dimensiones, sino que se prolongan en profundidad, en lejanía y que los colores claros y las luces armoniosamente coordinadas realzan aun más.

Las tres tardes de la muestra, *Tarde serrana*, *Tarde de Otoño*, y *Tarde gris en la sierra*, nos prueban que Cordiviola es el singular pintor del paisaje diáfano y transparente; un virtuoso de los colores que ejecuta con soltura y reflexión, lo que su aguda retina percibe.

Pocos artistas entre nosotros han logrado, como Cordiviola definir en poco tiempo el alcance de su visión y la firmeza de sus propósitos. Además es un pintor que realiza acabadamente lo que se propone sin titubeos, sin violencias, sin concesiones de especie alguna a lo fácil y lo arbitrario.

Se enfrenta al paisaje que le entusiasma y saca de él, el mejor partido posible, olvidando para ello todo lo que no sea espontaneidad, sinceridad y esfuerzo. Es un artista que nos dice, una vez más, que para él no existen modalidades ni preceptos.

Decía cierta vez el pintor Vlamink que las teorías en arte son como las recetas de medicinas: para creer en ellas es necesario sentirse enfermo. Afortunadamente, Luis Cordiviola tiene una excelente salud espiritual.

SENSIBILIDADES EXPATRIADAS.

“El de los paisajistas”, podríamos llamar a este fecundo mes de Junio, ya que con una regularidad ejemplar se han sucedido en todos los salones, pintores de marinas, de parques, de hermosas vistas al campo y a las sierras, de asoleadas arboledas y huertas floridas.

El paisaje es el género de pintura más popular entre los artistas y que más aceptación cuenta entre el público.

Epoca es la nuestra en la que lo cotidiano es una fuga constante de lo interior a lo exterior y en la que un paisaje, por modesto que sea, es en una habitación, una ventana abierta a posibilidades de aire libre que anhela nuestra alma.

Por eso la pintura de interiores, que tuvo su apogeo en el último tercio del siglo pasado, es hoy un género fenecido e indiferente al gran público. No obstante, las naturalezas muertas, la pintura de bodegones, seduce mucho a los artistas como tema de posibilidades técnicas o como lienzos de fácil realización que aumentan el número de los que se exponen, pero cuyo valor artístico se descarta muchas veces de antemano.

Este mes, cuatro paisajistas de singular mérito, E. D. Barrera, J. M. Gavazzo Bucharcho, José A. Merediz y Tito Cittadini, han pasado el calidoscopio multicolor y exótico de sus paisajes.

Son cuatro pintores que vienen de allende los mares, trayendo las visiones de sus sensibilidades expatriadas: tres de ellos argentinos, E. D. Barreda peruano, que viven y realizan su obra artística en Europa, ejerciendo sus relevantes condiciones de pintores de aguda retina, sobre temas extranjeros.

La coincidencia es interesante y oportuna para sentar algunas conclusiones saludables y edificantes.

Hace algún tiempo que el paisaje de Europa viene tentando a nuestros artistas con arrumacos de sirena, con tentaciones de vida placentera y fácil, con claras posibilidades de éxito y promisoras esperanzas para cuando se vuelve a la patria a sorprender con el exotismo de las obras y esa vaga y envidiable situación que despierta en los espíritus locales, la indefinida profesión que es el ir y venir de Europa. Eso en lo que respecta a la persona de los artistas. En cuanto se refiere a su sensibilidad, impresionada por lo que el paisaje de Europa tiene de más pictórico, armonioso y bonito que el nuestro, convierte a muchos pintores nuestros en expatriados voluntarios.

¿Es que solamente la azulada costa del Mediterráneo, o la isla de Oro (sébase que así se ha dado en llamar a la isla de Mallorca), o los paisajes de Italia y de España pueden inspirar a estos artistas, que van a buscar lejos de su suelo "su estado de alma ideal", la inspiración que nuestro medio ingrato no les proporciona?

Nuestras sierras, el sud de las nieves y de los lagos, el pintoresco litoral ¿no tienen suficiente belleza para excitar sus retinas? La exuberancia de nuestra vegetación semi tropical, de un valor cromático único, y cielos que no son ni los de Nápoles, ni los de Cannes ni el de Mallorca, la fuerza ciclópea de las montañas jóvenes y de nuestra flora, ¿no han logrado conmover sus sensibilidades?

Son pintores que empiezan por desconocer el propio suelo, y que no hacen nada por enrollar su arte dentro de las formas de lo nuestro.

El lugar común de que el paisaje argentino no da nada de por sí, se agranda en ellos y es un error que oprime sus conciencias. Naturalmente viviendo veinte años en París, ocho en España,

y otros tantos en otros países, no es posible identificarse con nuestro paisaje.

He aquí pues el grande error de sus visiones, acostumbradas a lo lejano y a lo exótico. El alma nómada, el alma que tiene sed de horizontes, no puede sentir ni comprender esas sutilezas localistas.

Por otra parte se cree que nuestro pobre paisaje se ha explotado demasiado y que poco o nada puede ya esperarse de él.

No pensaron así los pintores impresionistas, que iban por milésima vez a buscar en el paisaje de Francia aquellos temas que ya Millet, Corot, Rousseau (no el aduanero) habían tratado. Y eso no privó a Monet, a Sisley, a Guillaumin realizar sorprendentes obras sobre temas ya bien conocidos. Y es que el tema del paisaje es inagotable. Sólo trabajando, repitiendo, renovándolo es como se logra la maestría.

Fernando Fader, máximo paisajista que peregrinó por Europa y se formó en la escuela del impresionismo alemán, no quiso ser sino el pintor de nuestro paisaje, de nuestra naturaleza, fea e ingrata a veces, maravillosa de color y sugerencias, para quien la ama con cariño de artista.

Fader, Quirós, Angel Vena, Malinverno, Cordiviola, han sentido la seducción agreste y desnuda del paisaje, de la nacionalidad, y han querido ante todo ser pintores esencialmente argentinos, no por casualidad nativa sino por el significado de su obra, por los temas y los valores nuestros, por su inspiración y hasta por sus defectos.

No creemos que los artistas en cuestión, a los que por otra parte no regateamos sus relevantes cualidades de pintores finalmente dotados, sean un ejemplo para los artistas argentinos. No es a nuestro juicio expatriando la sensibilidad y buscando en medios extraños lo que en su país no se supo encontrar, cómo se logra el éxito, ya que bien sabemos que la verdadera universalidad empieza por la propia casa.

Mucho es de lamentar por eso, que el día que debemos mentar a nuestros mejores pintores no podamos enriquecer la lista con nombres de temperamentos que por sus valores y por la obra realizada merecerían estar en primera línea.

CRONICA MUSICAL

TEATRO COLON

LÁNGUIDA, monótona, de una mediocridad demasiado sensible, está resultando la temporada lírica del teatro Colón. Entre las versiones de varias óperas ofrecidas — casi todas del viejo repertorio, y dentro de ese repertorio las que no ignoran hasta los menos dotados en cuestiones musicales — ninguna, en conjunto, se destacó como realmente notable, y algunas fueron indignas de figurar en teatros de segunda categoría, cuando no por los decorados o por la parte coreográfica, por los cantantes o — y esto es absolutamente inadmisibile — por uno de sus directores de orquesta, en este caso el señor Alfredo Padovani, que a las óperas caídas bajo su batuta, especialmente a la popular *Rigoletto*, las deformó a fuerza de recursos vulgares y de efectismo barato.

La temporada se desarrolla así huérfana de interés estético, y alarma pensar que no obstante poseer algunos elementos de primer orden (entre los que culmina el director general Héctor Panizza), muy probablemente continuará por ese camino fácil y trillado.

Obras mandadas guardar, sino por su inspiración, por ser harto conocidas, como *Tosca*, *Rigoletto*, *Traviata*, etc., pueden justificarse en nuestro teatro principal siempre que se las presente en un marco digno, donde por igual brillen las decoraciones, los cantantes y la orquesta.

La rutina, la falta de imaginación, la vanidad de unos cuantos divos y divas, el favoritismo, la paciencia ejemplar del público argentino, están sosteniendo este lamentable estado de cosas.

Hay que sacudir el polvo de la rutina, hay que darle alas a la imaginación artística, hay que ampliar el horizonte lírico,

hay que purificar la atmósfera con un poco de sagrado entusiasmo, en una palabra, hay que hacer del Colón lo que debe ser, un teatro lírico de selección, donde el arte nunca salga malparado, donde hallen cabida junto a obras escogidas del viejo repertorio, presentadas impecablemente, que es una forma de renovarlas, obras más modernas, menos conocidas, y las actuales, aquellas que susciten la atención y las discusiones de la crítica mundial, que tenemos el derecho y el deber de conocer.

Falstaff — luminosa sonrisa lírica de un octogenario, coronación de la fecunda y magnífica carrera de un músico genial — y la vivaz y colorida *Marouf* de Rabaud, dirigidas por Pannizza con finura y sobriedad, constituyeron dos notas interesantes, vivificaron un poco el anémico organismo lírico: ¡lástima que las versiones escénicas y vocales de las mismas no fueran, en conjunto, más ajustadas, menos improvisadas!

LOS CONCERTISTAS

Wanda Landowska. — *Ferenc de Vecsey.* — *Pery Machado.*
— *Wiener y Doucet* — *Aiello.*

A Wanda Landowska le debe el mundo musical el renacimiento del clavicémbalo, interesantísimo instrumento de bellas posibilidades técnicas y emotivas que por su sonido dulce, variado y de poco volumen debe adquirir, sin duda, en la audición íntima, mayor encanto y poder sugeridor que en la sala de conciertos.

Wanda Landowska, tan admirable cultora del clavicémbalo como del piano, no es una concertista: es algo más noble y más grande: una maestra de estilo.

No en balde ha consagrado su vida a la búsqueda, el estudio y la divulgación de obras de los músicos de los siglos XVII y XVIII, tan descuidados por los pianistas actuales.

En nuestro ambiente musical, un poco rutinario, donde los concertistas, a veces excesivamente *personales*, en un censurable afán de lucimiento técnico o de efectos sonoros, no se cansan de ofrecernos siempre las mismas obras, que varían en la manera más o menos *suya* de interpretarlas, Wanda Landowska constituye un ejemplo de honradez y pureza artísticas.



WANDA LANDOWSKA

(por Rodriguez)

Varios años hacía que esperábamos una sensación de arte tan puro sin refinamiento, tan aristocrático sin rebuscamiento, tan noble en su sencillez, tan claro, tan sereno, tan límpido.

Un equilibrio perfecto, admirable entre la técnica y la emoción que requiere el trozo elegido, le dan a las interpretaciones de Wanda Landowska, el carácter de altas lecciones de estética.

Ella no *doma* ni *vence* al instrumento como la mayoría de los concertistas que en ocasiones no pueden ocultar el esfuerzo que les cuesta el trozo ejecutado: las teclas parecen ser la prolongación de sus dedos prodigiosos; en ella jamás se nota la dificultad, la vacilación, el movimiento brusco, el más leve desequilibrio técnico interpretativo.

No hay adjetivos para ponderar sus ejecuciones, sólo cabe decir de ellas, que dan la sensación neta, clara y precisa que así deben de ser, que no hay nada que añadirle ni quitarle; que Bach, Scarlatti, Mozart y los demás músicos clásicos que interpreta, no podían encontrar una divulgadora más fiel de sus inmortales creaciones líricas, que ofrece con la sabiduría de una maestra consciente de su altísima misión y con la perfección de una artista admirablemente dotada.

Con la colaboración del excelente pianista Iturbi, que en esa oportunidad reveló ser un clavicembalista de mérito, Wanda Landowska ofreció un inolvidable recital a dos pianos y dos clavicembalos, que fué un modelo en el género, lo mismo que el que nos ofreció posteriormente en unión del violinista Milstein.

Ferenc de Vecsey es el mago del arco, el mago del sonido y de la técnica violinística. No se puede pedir una mayor facilidad, una mayor soltura, una más sobria elegancia en el manejo del arco, y a propósito de esto nos decía uno de nuestros primeros violinistas, hablando de Vecsey, sin asomo de ironía y con el tono de un convencido: "aunque el violín en que toca fuera sordo, vendríamos a verle manejar el arco: es toda una enseñanza. Pero su violín suena, y, suena maravillosamente bien, aunque no logre hacer vibrar nuestro espíritu porque su sonido es demasiado tranquilo, demasiado puro y si es rico exteriormente, su interior es débil en emoción.

Si su técnica nos asombra y deslumbra por su casi increíble

claridad y brillantez, la quisiéramos empero más llena de matices, de espíritu, de musicalidad.

En obras aptas para desplegar todos los secretos de un virtuosismo de buena ley, Ferenc de Vecsey es único; no se puede pedir nada más perfecto.

No podemos decir lo mismo de sus versiones de obras de otro carácter, donde se necesita echar mano a una serie de recursos emocionales y de estilo: sin que a las mismas se las pueda tachar de frías, se nota en la mayoría de ellas que aunque están bien fraseadas, matizadas, necesitan un poco más de sentimiento, de intención lírica, de espiritualidad.

Vecsey tuvo en el pianista Guido Agosti, un magnífico colaborador.

En el desarrollo de sus programas muy bien seleccionados, Vecsey dió a conocer algunas obras suyas de fina factura que lo acreditan como un compositor distinguido.

En Pery Machado, notable violista brasileño, no admiramos al virtuoso de discreta habilidad, pero sí al músico que canta, frasea y dice las obras interpretadas en forma elocuente. Una de sus cualidades sobresalientes es la delicadeza. una delicadeza llena de matices y claroscuros que se complace en acariciar la melodía, en presentarla viva y desnuda en un temblor de gracia o de ternura; cuando la obra lo requiere sabe también ser expresivo y si no logra ser vigoroso en el sonido exterior, compensa la falta de este vigor (del que usa y abusa en los conciertos quien no corece de él y busca el aplauso con la cantidad de fuego interior de que es capaz de saturarlo).

El dúo de piano Wiener - Doucet, que viene precedido de gran *réclame* y que alcanzó en el Odeón un éxito insospechado de público, se dedica casi exclusivamente a la divulgación de la música negro-americana, que presenta en transcripciones a dos pianos hechas por los mismos concertistas.

Wiener y Doucet son dos pianistas notables en todo sentido, pero la tarea lírica a que se han dedicado no es la más apta para convencer al público exigente.

Bajo el punto de vista del arte puro no pueden ser juzgados: y bajo el punto de vista del arte exótico o modernísimo que puede

rendir mucho, tampoco pueden convencer del todo: para eso necesitarían disponer de un caudal más grande de fantasía, deberían imprimir a sus transcripciones por demás pulcras y medidas para ser negro-americanas y faltas de interés musical para ser artísticas, esa exuberancia de sonidos, esos contrastes violentos, ese humorismo descabellado, ese derroche de disonancias, esa locura de matices, que deben ser las características principales en esa clase de ejecuciones. Pero naturalmente, como Wiener y Doucet son artistas, y no pueden olvidarse que lo son, pretenden presentarnos en forma artística lo que está al margen del arte y sólo puede agradar y convencer en determinados momentos y determinados sitios: en los café-conciertos y cinematógrafos de lujo y en los teatros de variedades donde se va para olvidar y para matar el tiempo y, no en las salas de concierto donde se va en busca de un poco de arte verdadero.

Con la colaboración de Milstein, — de quien ya nos hemos ocupado elogiosamente — la orquesta de cámara de aficionados al frente de Hugo Ettlinger, dió un concierto en la Opera que merece señalarse por el inesperado ajuste y musicalidad de que hizo gala bajo la eficaz batuta de su director, si se tiene en cuenta que recién se está formando y que muchos de sus elementos aún inexpertos, sólo con una gran cantidad de ensayos minuciosos e inteligentes, podían afrontar con serenidad la prueba.

Hermosa y robusta voz, de un timbre sumamente agradable, posee nuestro compatriota el barítono Fidel Aiello, que días pasados escuchamos en la sala de la "Asociación Amigos del Arte". Las canciones de cámara de antiguos maestros italianos y de Schumann, que integraban su programa, las dijo con gusto e intención y las fraseó con claridad y, a nuestro parecer, las hubiera cantado aún con mayor bondad y eficacia si hubiera dado más soltura a su voz y emitido las notas con una más justa colocación técnica. De todos modos en este recital acreditó, como siempre, ser un cantante de dotes poco comunes, de amplias posibilidades sonoras, que con una mejor escuela de canto quizás pudiera llegar, en el arte lírico, donde llegan unos pocos elegidos.

MAYORINO FERRARÍA.

LAS REVISTAS

DESPUÉS de un largo intervalo ha vuelto a publicarse, esta vez en Montevideo, la simpática revista *Alfar*, que editaba en la Coruña el poeta Julio J. Casal. Se ha caracterizado siempre esta revista por una vigilante atención por todas las inquietudes del arte y de la literatura de vanguardia. Las ideas y formas predominantes en los jóvenes de la última generación, han tenido en estas páginas sus más fervientes exégetas.

El número correspondiente a los meses de marzo y abril que tenemos a la vista, contiene entre diversos artículos de crítica literaria y artística, algunas notas muy certeras sobre la personalidad del joven pintor y dibujante uruguayo Barradas fallecido hace poco tiempo, y una interesantísima antología demasiado breve de la "Nueva poesía Polaca".

—En el número del mes de mayo de la *Nouvelle Revue Française*, Jean Prevost, una de las mentalidades más interesantes de la joven generación francesa, discípulo del M. Teste Valeriano, ha publicado un agudo análisis estético sobre el espíritu dramático que alienta la obra de Paul Claudel. Este trabajo juicioso y profundo merece ser conocido por todos los que siguen con alguna atención la obra del gran poeta de *Cinq grandes Odes*, y el movimiento de ideas del actual movimiento literario francés.

—Bajo la dirección del novelista Frans Hallens, se ha iniciado en Bruselas la publicación de una nueva revista literaria que lleva por título *Nord*. En la breve presentación de su programa la dirección anuncia sus propósitos de destacar en sus páginas todos aquellos trabajos que reflejen la obra intelectual de los países del Norte de Europa.

Espíritu abierto a todas las inquietudes del pensamiento, Frans Hallens, novelista y crítico que ha sentido y revelado en sus estudios el hondo dramatismo que conmueve las ideas y las conciencias de la hora actual, ha impreso a su revista esa seria disciplina que acusa toda su obra literaria, compuesta de calidad y distinción.

La presentación de estos cuadernos que se publicarán trimestralmente, tienen mucha analogía en su aspecto exterior como en la ordenación y selección del material con *Commerce*, la revista de Valery y Fargue. *Nord* está editada por el conocido impresor y artista A. M. Stola.

—El señor Adolphe de Falgairolle, bien conocido por su constante preocupación por todo lo que se refiera al conocimiento y difusión de las letras españolas y americanas, comenta en el número de marzo en la revista *Latinité* el movimiento intelectual en las revistas hispano-americanas. Después de analizar el carácter universalista de la revista *Síntesis* que dirige don Martín S. Noel, se ocupa de *Nosotros*, y señala algunas observaciones a un artículo de nuestro colaborador José Gabriel. M. de Falgairolle dice: "Posiblemente encontraremos un nacionalismo más exigente en otra revista argentina, *Nosotros*; reivindicaciones muy nobles y muy leales de parte de los argentinos. Del mismo modo gusta saber, por intermedio de José Gabriel, que Bergson usó de cortesía cuando dice que

España poseía su filosofía en su mística. Según José Gabriel, los españoles, incluso sus seudos filósofos Menéndez y Pelayo, Cejador, y Bonilla y San Martín, llamarían filosofía "el conjunto de las reacciones mentales de un país frente a los múltiples problemas de la vida". Y el conjunto de las obras literarias españolas, formaría una filosofía popular "nacida del pueblo y manufacturada por los poetas". Yo creo que los poetas dignos de este nombre no *manufacturan* nada, más bien crean. Se puede concebir una filosofía en verso (Lucrecio) como en prosa. Pero José Gabriel niega que la filosofía pueda tener un sentido práctico o teológico y declara que la "mística no es ni filosófica ni española". No más filósofo le parece Kant "insincero" o Boutroux "filósofo oficial del gobierno" [francés]. Y el primer filósofo español sería Benjamín Taborga, que, por lo demás, escribió en la Argentina. Lamentamos que José Gabriel, después de haber reducido a la nada la pseudo filosofía española, se conforme con decirnos: ¡admirad a Taborga!, sin indicarnos las razones de esta denominación de primer filósofo español y qué fué lo que innovó en la filosofía universal. Cualquier lector del español puede conocer las referencias y por consiguiente leer las obras de Taborga. Nosotros por otra parte querriamos que el crítico nos expusiera el sentido de esa obra, según la definición de la filosofía, de la que, en suma, él no nos da sino la contraparte: la definición de lo que no es la filosofía".

En el número del mes de abril de esta revista, aparecen algunas reseñas sobre libros y acontecimientos artísticos de nuestra América firmados por el señor Pillement y un muy interesante estudio sobre la vigorosa personalidad de Jacques Rivière, de que es autora Alice Chevaut.

—Bajo el patrocinio del Ministerio de Educación Pública de Chile, se ha iniciado la publicación de la *Revista de Educación* que dirigen los señores Isaias Cabezón y Tomás Lago.

Tenemos a la vista los cinco números publicados hasta ahora; recorriendo esos números podemos asegurar que no es fácil comprobar en nuestra América un esfuerzo tan serio para ofrecer un órgano de difusión de cultura general, con el criterio que informa los sumarios de estas entregas.

Una seria y ordenada selección de trabajos, todos ellos de interés para el maestro como para el estudioso de los problemas de la educación, hacen de cada número un compendio substancioso de temas, donde se discuten por igual las formas del pensamiento y los de la expresión artística.

La *Revista de Educación*, está llamada a ocupar una situación destacada en este género de publicaciones, donde no es frecuente encontrar un criterio directivo tan agudo y sensible a las manifestaciones de la inteligencia.

Por las observaciones tan llenas de interés, como todas las que suscita en esta mentalidad privilegiada el choque de las ideas con la realidad circundante, reproducimos parte del interesante artículo de don Tomás Lago, titulado *4 preguntas a Ortega y Gasset*, donde el maestro español nos hace conocer algunas ideas de interés para nuestra cultura, con las cuales también nos ofrece *cuatro manzanas de discordia*.

He aquí el artículo:

"Las culturas históricas son todas de conformación tradicional: sedentarias, su desarrollo es producto de sus propias obras, su técnica es el resultado de un duro y largo aprendizaje de sí mismos, de errores corregidos y fértiles sacrificios. Los países nuevos en cambio crecen en un mundo donde todo es fácil, no hay más que alargar la mano para coger lo necesario y aun más de lo necesario si se quiere.

Fuera de toda jerarquía es ineludible admitir que existe una diferencia total entre nuestra situación y toda otra situación histórica. El despar-

pajo para mirar la vida es un modelo de americanismo o cuando menos debería serlo. Ortega y Gasset se refiere a esto sin duda cuando me dice que su hijo de 17 años parece un americano, que no tiene el menor interés por saber lo que haya ocurrido entre los griegos durante el siglo de Pericles, ¿qué puede importarle a él la sabiduría clásica, entre los campos de sport y sus novelas de aventura?

—Y es así toda la última generación europea — agrega — vive de tal modo dentro de su época que todo lo que no sea el presente y constituya su vida misma la tiene sin el más leve cuidado. Para mí esto, es un síntoma, la Europa se rejuvenece de tal manera que parece que estuviese empezando una era inédita en la historia del mundo. Yo creo en vuestro porvenir, tienen ustedes grandes condiciones inempleadas todavía, en estado de latencia. Cuando regrese a España voy a aprovechar un periodo de descanso que me corresponde iniciar, en escribir un libro sobre el concepto del pueblo joven. En verdad este concepto no había asumido nunca la significancia que ahora tiene, estoy seguro de encontrar en él insospechados hallazgos.

Don José tiene una manera aguda de mirar. Lineal, de agua inquieta, cambia en rápidas sucesiones el fulgor de sus ojos. Algo ocurre en un punto de su frente a cada momento cuando habla.

—¿Cuáles son las posibilidades de un arte americano elaborado con materiales propios? ¿Cree usted que podemos crear una valencia artística, más o menos genuina, original de sentido y medios de expresión? Vivimos de una manera refleja en arte como en todo; sobre el sudamericano pesa un grave estigma de advenedizos, no tenemos tradición. Por lo menos este es el hecho radicado en la conciencia americana cuando se trata de comprometer sus fuerzas en algo trascendente.

—Oh! la escasez de tradición. No lo lamenten ustedes demasiado. Los pueblos viven de tener un programa para el futuro. Esto es lo que hay que definir. Es un error buscar en la comunidad ancestral, en el pasado la fuerza decisiva que ha de impulsar una nación. La colectividad se constituye a base de un propósito común, de una misma ilusión y una misma utilidad. Cuando la tradición abarca demasiado trecho dentro del Estado, éste se inmoviliza y enferma. En Europa la tradición ha perdido todo su prestigio.

—Por el contrario nosotros vemos la grandeza europea como el resultado de su contextura tradicional.

—¿Es tan tradicional como ustedes creen Europa?

Le expresamos que esa es nuestra convicción. Sus instituciones sociales lo manifiestan. ¿En qué cabeza americana cabe hoy por ejemplo la monarquía como realidad gubernativa? Mirando el mapa político de Europa ésta parece un cedulario de abejas, un mosaico de razas y pueblos yuxtapuestos inmediatamente uno junto a otro, sin embargo de qué modo diferentes! pegado cada cual a sus costumbres, a su idioma, a sus cualidades y defectos. Los países de Europa comparados con nosotros son países típicos.

—Ah, pero ustedes no conocen la Europa de estos últimos años — habla Ortega y Gasset —. Para mí lo ocurrido en ella me parece un fenómeno sin precedentes en la historia de la Humanidad. Hay un remozamiento poderoso de verdadera autenticidad en el organismo europeo, algo que bulle y se manifiesta en todas sus actividades. Europa se rejuvenece. Yo hace poco al llegar a la Argentina, desde mi patria, me he encontrado con que Buenos Aires parecía una ciudad vieja frente a Madrid; en doce años sucede que no ha cambiado nada, debido sin duda a la crisis que tan gravemente ha postrado a la Argentina — en cambio, vean ustedes cómo Europa entera se moderniza; aburrida de lo pasado se transforma de la noche a la mañana, libertándose de toda otra ley que no sea la de la época. La tradición ha cambiado de lugar en el destino europeo; se advierte con

claridad una tendencia hacia el cosmopolitismo, que es decir hacia el progreso riguroso. Porque en esto hay que distinguir; no es lo mismo decir cosmopolitismo que internacionalismo. El internacionalismo es la carencia de virtudes nacionales y significa un estado de debilidad social; en cambio, el cosmopolitismo es una alta actitud humana de perfeccionamiento. La arquitectura de Le Corbusier es producto cosmopolita, no es francesa ni americana sino moderna.

En Madrid los planos de Le Corbusier se ejecutan en la actualidad sin llamar demasiado la atención. Sin embargo no se puede hacer lo mismo en Buenos Aires. Cabalmente al pasar por esta ciudad últimamente, me decía una señora amiga mía, que a ella le han tachado una construcción proyectada por el arquitecto francés.

—¿Y cómo ve usted a Chile con respecto a la Argentina?

—Les rodea a ustedes un medio natural excelente. Chile tiene un ambiente de valle tranquilo, de atmósfera diáfana. ¡Cómo me gustaría a mí vivir aquí un tiempo, sin ninguna precipitación. Sólo compartiendo la vida chilena podría hablar de este país. Porque el que ve en turista las cosas, por más eficacia de percepción que tenga, nunca se compenetra de nada. Sin embargo yo creo que no me equivoco al asegurar que ustedes tienen un fondo moral superior al argentino (y esto para mí es primordial en un pueblo) derivado de la homogeneidad en que se ha mantenido la población. Las grandes corrientes inmigratorias han enriquecido a la Argentina pero también la han contaminado.

En cambio como estado de progreso cultural el de la Argentina está muy por encima del de Chile, con toda evidencia. Eso se nota en las conferencias, hay una mejor calidad de público allá que acá. Puede uno medirlo con cierta exactitud al hablar frente a los dos auditorios: ciertas cosas delgadas, de frágil estructura, dichas ante una concurrencia bonaerense adquieren en seguida su justa resonancia cayendo de cierto modo en la sala. Muchas veces ante un público chileno las mismas cosas pasan desapercibidas o resbalan exteriormente.

—El público argentino tiene que ser más escogido, decimos — puesto que es la selección de un mayor número. Además Buenos Aires es la gran urbe atlántica.

—No es esa la explicación, me parece; es una diferencia de otro origen la que existe. Los argentinos ponen más persistencia en el trabajo, viven su vida de una manera más esforzada y constante. Ustedes en cambio parecen confiados a la Naturaleza, a la providencia fácil y segura. Yo noto aquí un desgano, un dejar hacer en todas las cosas. Además, no crean ustedes que sólo en Buenos Aires los argentinos manifiestan su mayor densidad cultural: en Córdoba se hacen estudios filosóficos, de investigación, muy bien llevados.

¡Cuánta buena condición hay en ustedes! ¡qué facilidad receptiva poseen para el conocimiento; sólo les falta organizarse, encauzar sus atributos, esto es, poner un poco de pasión en las cosas. No olviden ustedes que para toda obra es menester cierta contribución indispensable de fervor. No hay que buscar siempre el valor negativo de las cosas. Yo distingo las estirpes de conciencia, en almas porosas y almas herméticas, es decir, abiertas y cerradas, con porvenir o sin él; es necesario cuidar la porosidad del alma. Esa postura compacta de quien no quiere aumentarse, que es el hermetismo, no es disculpable en un hombre, menos todavía en un hombre joven, y mucho menos aún en un joven americano. Ustedes parecen muy bien dispuestos siempre, comienzan las cosas con entusiasmo, pero se abandonan luego. Es necesario dar la sensación que se vive con frenesí, pero de una manera mantenida y pareja.

Don José se exalta, y nosotros que sistemáticamente le objetamos su

razonamiento, para que él lo desarrolle y complete, esta vez no hallamos que oponer.

—No obstante lo dicho — prosigue nuestro interlocutor — justo es decir que he recibido entre ustedes más de una grata sorpresa. No hace mucho, visitando el Salón Oficial de pintura, me he encontrado con una exposición de cuadros modernos, llenos de inquietud y frescura, que están muy bien aquí y en cualquier lugar. ¡Oh, eso, es honroso para ustedes!

—Sin embargo, sería un error que usted creyese — advertimos — que las manifestaciones de arte moderno entre nosotros se hacen a poca costa. El Salón se ha clausurado y aun se le discute y se le ataca.

—No se extrañen ustedes, que lo mismo sucede en todas partes. El arte de hoy no será nunca arte popular. ¿Qué mejor sitio que Francia para que triunfase en definitiva? No obstante ¿se imaginan que Cocteau y Louis Aragon mantienen una situación de éxito en su patria? Ellos viven del extranjero más que de Francia. El arte ha sido siempre privilegio de una minoría selecta. Fué el romanticismo como producto de la democracia, que lo puso por primera vez al alcance de la masa. ¿Cuándo, antes de Victor Hugo, se dió al caso que un autor vendiese un millón de libros de sus obras? ¿Quién se asombraba de que Racine no fuese popular? Ahora el arte ha vuelto de nuevo a su lugar adecuado, o sea, ha vuelto a ser función de una minoría escogida. Eso es todo.

Ortega y Gasset habla largamente sobre la única actitud debida — de afirmación de valores — ante la reacción que suscita el arte moderno, y se extiende luego sobre las obligaciones que la juventud tiene para la cultura. Nos pregunta con impaciencia sobre la labor de los artistas jóvenes, sus inquietudes e iniciativas, sobre las proyecciones de la Universidad.

Nuestra conversación con don José Ortega y Gasset ha tenido altos y bajos, peligrosas alternativas a veces; a veces pasajes de excepción. Durante el transcurso de nuestra entrevista, más que lo hablado por él, hemos debido hablar nosotros, contestando a sus preguntas rápidas e inesperadas, encadenadas con encarnizamiento, una tras otra, siempre hacia el haber americano o el programa de la juventud.

Antes de despedirnos le preguntamos porque recomendó a Herman Keyserling y no a otro para ser contratado por el gobierno de Chile, este año de 1929. Su respuesta es la siguiente:

—Keyserling se propone escribir una obra sobre Sud-América, con tal objeto viene al Brasil, Uruguay, Argentina y Perú, y hasta el momento no tenía ningún compromiso con Chile. Para mí, Keyserling tiene como nadie penetración psicológica, como nadie puede resolver en una visión de conjunto, la filiación de un pueblo. Pertenece a ese elemento que ha permanecido fuera del profesorado, extra-cátedra, tan resistido en Alemania hasta hace un par de años, que producen excitación en el ambiente donde actúan, inquietando a los elementos más recalitrantes. Además posee lo que aquí hace falta: una gran preparación técnica en todo orden de cosas. No crean ustedes que conmigo se las lleva muy bien. En su último libro, *El espectro de Europa*, no hace sino aludir, contradecir conmigo, pero, yo creo, con Nicolai Hartmann, Max Scheler y la más alta intelectualidad alemana, que es un hombre de mucho talento. Lo recomendé para que no brincase sobre Chile, pero, aun si hubiese tenido que elegir entre todos los maestros alemanes de la hora actual, lo habría hecho siempre, porque Keyserling es todo lo contrario de ese terrible profesor alemán que fuera de la Universidad sigue comportándose como dentro de ella, sin relieve ninguno en la vida, y, que en este caso no es lo que se precisa."

ANTONIO AITA.

EL ARTE Y LAS LETRAS ARGENTINAS JUZGADAS EN EL EXTRANJERO

Sobre Arturo Capdevila

EN LA LIBERTAD de Madrid, R. CANSINOS ASSENS ha escrito sobre dos libros de ARTURO CAPDEVILA, LAS VISPERAS DE CASEROS, reeditado por Cabaut (Buenos Aires, 1928) y EL GITANO Y SU LEYENDA (Cabaut, Buenos Aires, 1928), el siguiente artículo que nos es grato reproducir:

Con dos libros sumamente interesantes ha despedido al año último el gran escritor argentino Arturo Capdevila, coronando así con generoso alarde un período de valiosa fecundidad para el poeta y el pensador, que, turno a turno, va enriqueciendo su obra. Titúlense estos libros, respectivamente, *Las Vísperas de Caseros* (Buenos Aires, 1928) y *El Gitano y su Leyenda* (Cabaut y Cia., Buenos Aires, 1928). Cada uno de ellos tiene su interés especial e invita al comentario y la glosa. En el primero es la historia contemporánea de la Argentina, vista en uno de sus momentos más críticos, el año 1851, en vísperas de la caída definitiva del tirano Rosas, la que el poeta evoca ante nosotros con esa capacidad de historiador que le viene, sin duda, de su genio trágico. En el segundo es la leyenda fabulosa y enigmática de un pueblo errabundo y misterioso la que naturalmente brinda a su imaginación de poeta, temerario y audaz, amigo de escudriñar osadamente en los arcanos tenebrosos del tiempo, en los sagrarios y los sepulcros de las razas antiguas, el motivo oportuno para explayar un lirismo que no pierde nada, sino todo lo contrario, con expresarse en una prosa docta, sapiente y erudita. Arturo Capdevila es un alto poeta, que sabe convertir en ágil alegría el peso del saber y volver a nosotros más rico e inspirado después de esos coloquios con los libros viejos y sabios en que otros se aridecen y agotan. El — ya lo hemos dicho otras veces — puede hojear sin peligro esos "grimorios de un saber olvidado", pues sabe revivir, al contacto de un alma siempre fresca, la rosa agostada de esos jardines otoñales y descifrar en letra viva las herméticas inscripciones de esos mausoleos, capacitándose así intérprete y augur de los modernos signos. Gracias a esos osados avatares ha podido sentir con tal intensidad de simpatía la fatalidad de las almas y las razas antiguas en libros como *Zincali*, donde ya dramatiza el misterio gitano, y puede ahora, encarándose con el pasado reciente de su patria, evidenciar todo lo que hay de fatídico en esa fecha de la historia argentina que se enuncia *Las Vísperas de Caseros*.

Dejemos para lo último — epodo lírico y vagoroso — el libro de la raza nómada y soñadora, y contemplemos primero esos cuadros rotundos y precisos de historia contemporánea, trágicos y dolorosamente grotescos,

que el poeta, con dedo iluminado, traza en torno a la figura del tirano argentino D. Juan Manuel Rosas y su hija Manuelita, esa "triste princesa de las Pampas". Esos cuadros históricos tienen tanto mayor interés cuanto que el poeta ha elegido el momento en que la tragedia de la tiranía toca a su fin, en que se aproxima la catástasis vengadora y el Nerón argentino siente ya, irresoluto y perplejo, el galopar de los caballos de Urquiza, que va a acabar con su poder. Aquella pesadilla de un pueblo envilecido, de una plebe hechizada, cuya única ocupación consiste en practicar ritos de adoración al César y recitar jaculatorias mágicas de execración a los amigos de la libertad — a los "inmundos salvajes unitarios"—, va a terminar entre la diana guerrera de la batalla de Caseros. El déspota, remiso, se verá obligado a huir finalmente, y el vacío que él deje se apresurará a llenarlo el pueblo, tanto tiempo cohibido por su ingente volumen. Volverán del destierro los nobles proscriptos, los Sarmiento, los Alberdi, y al través de otra etapa y otra batalla todavía, la de Pavón, en que se liquidan las últimas discordias civiles. Llegará, por fin, a esa normalidad constitucional que hasta hoy constituye la fuerza y la prosperidad de la Argentina.

Ese año 51, en que el tirano acatado durante veinte años por toda una nación sucumbe casi sin lucha al solo amago de la espada de Urquiza, es un año fatídico, el año de la Némesis vengadora, y Arturo Capdevila ha hecho muy bien en elegirlo como fondo para perfilar sobre él la figura del déspota, sorprendida en el supremo instante de su agonía política. Nunca como entonces pudo verse la inconsistencia de ese hombre bloque, erguido sobre los destinos de un pueblo. Toda su táctica de astucias y trapacerías fracasa ante el gesto decidido de sus adversarios; mientras él, recluido en Buenos Aires, sólo piensa en organizarse manifestaciones idolátricas y en combinar fórmulas mágicas de anatema contra el caudillo entrerriano, al que la plebe quema grotescamente en efigie, el "loco, traidor, salvaje unitario Urquiza", secundado por el Brasil, la República Oriental y el Paraguay, avanza sin obstáculo hacia Buenos Aires y prepara a sus tropas para la victoria de Caseros. Y después de la derrota, el bravo gaucho federal, el héroe del desierto, sólo piensa en huir disfrazado de marinero y descalzo, a bordo de un yate prevenido al efecto. La psicología del déspota, tan admirablemente trazada ya por el romano Tácito, no falla en este avatar argentino. D. Juan Manuel Rosas reproduce el patrón neroniano y es a su vez el prototipo de lo que luego habrán de ser los déspotas de otras Repúblicas americanas. Supersticioso, providencialista, amigo de los brujos de color y bastante brujo él también, solapado y felino, gustando de hacerse invisible para sugerir el espanto de una posible ubicuidad, cobarde bajo una máscara de heroísmo, el Rosas argentino presenta los mismos caracteres psicológicos del Juan Bisonte venezolano, puesto en la picota por Blanco-Fombona en su *Máscara Heroica*. Medios análogos engendran siempre análogos frutos con una monotonía desesperante en la realidad y en la literatura. Y para que la semejanza sea mayor, no falta casi nunca al lado del tirano cruel y frío la hija idolatrada, linda y apiadable, que intercede en favor de las víctimas y ante la que se detiene la saña de los adversarios. Tal esa doña Manuelita, que con su lánguida belleza criolla presta un encanto romántico a la sociedad argentina de su época, y que, no obstante su soñadora sentimentalidad, recibe muy gustosa. Salomé de las Pampas, las bárbaras ofrendas de orejas de rebeldes en bandejas de plata. Al final, estas princesas ilusorias, de una ambigua clemencia, se hunden con el tirano sin que el amor del pueblo luche por defenderlas. La obra del despotismo es una labor de embrujamiento, de magia, y como toda magia, deleznable y efímera. El escenario de la tiranía se derrumba con

facilidad sorprendente sin dejar nada tras de sí. *El Comercio del Plata*, uno de los periódicos bonaerenses más adictos a Rosas, daba cuenta de su fuga, después de Caseros, y añadía: "Estos actos de repugnante vileza han puesto digno fin a la vida pública de ese hombre". Y al día siguiente de la victoria de Urquiza ya no se veía en Buenos Aires una enseña rosista, una de esas divisas roja o punzó que habían agotado las existencias de los comercios.

Cosa de magia, en verdad, la obra de las tiranías. Capdevila insiste muy acertadamente en las tendencias brujescas de Rosas, en la virtud por él atribuida a los emblemas y a las palabras musicalmente combinadas al modo de las antiguas "incantaciones", como en el caso del famoso exorcismo: "¡Muera el loco traidor salvaje unitario Urquiza!" (Ultimamente, para mayor eficacia, el tirano había suprimido las comas, haciendo de la frase entera un aplastante bloque). Y un mago parece, en verdad, pronunciando esas palabras cabalísticas, con la espada desnuda, frente a la pirámide de Mayo, en apoteósica ceremonia. El gran Rosas se ha erigido en pontífice, más bien en dios (¿no es ese el paradero final de los déspotas?) de una religión rosista, a cuyos fieles obligados dicta las oraciones que han de rezar, y las genuflexiones que han de hacer, y hasta el hábito que han de vestir, los famosos chalecos punzó. Su retrato, canonizado, ocupa un lugar en los altares. No cabe extremar más la egolatría ni los medios de sugestión, y el tirano argentino procede en esto con una inventiva que sería del todo admirable si no existiese el precedente de los romanos césares. El pueblo de las orillas del Plata está embrujado, "rosizado" por ese terrible Onofroff; pero, por eso mismo, ante la cobardía del déspota en Caseros, todos sus secuaces le imitarán fatalmente. Y cuando las tropas de Urquiza entren en Buenos Aires portadoras de la libertad, darán la sensación de traer consigo una gran ráfaga purificadora y esa luz de alborada que ahuyenta a los espectros.

Obra de magia, la tiranía, de magia negra y roja, pues vierte sangre y necesita del crimen ritual, resulta trágica y grotesca al mismo tiempo para el que la contempla desde lo alto de la Historia o la Filosofía. Nerón, el terrible, es también bufo para la mirada de un Séneca o un Tácito. Y simplemente para la de un hombre de buen gusto, como Petronio. Hay un adjetivo actual que cuadra muy bien al espectáculo de la tiranía: el de pintoresco. Las tiranías son pintorescas, y aun interesantes desde el punto de vista estético, por sus relaciones con lo raro y lo teratológico. El déspota de por sí es ya una figura magnífica en ese sentido, un caso notable de anormalidad psicológica, imponiendo a todo un pueblo su neurosis genial. Y esta neurosis, que lo hace en cierto modo artista, se manifiesta en formas estéticas características, influye en las costumbres, crea ritos, canoniza fechas del calendario, inventa un lenguaje tropológico propio, casi un argot, pues toda tiranía, no obstante su poder y su publicidad, tiene algo de clandestino y es antes una secta que una religión, y se siente siempre en minoría respecto a la gran masa nacional. De ahí cierto estilo sesgado, plástico y tangible que toma todo bajo la tiranía, y que en su grado máximo se llama bizantinismo. Hay un arte secreto de la tiranía lleno de cierto interés para los Des Esseintes amantes de lo raro, para los cínicos espectadores de la vida en paradoja y para los coleccionadores de reliquias sangrientas y de vergonzosas estampas. Pero en general las fiestas públicas de la tiranía son espectáculos groseros y burdos, pues que se adaptan al gusto de las plebes y no cuentan con ningún artista de alma grande para dirigirlos. Cuando Nerón canta en Roma hay ya un silencio absoluto de ruisñores evadidos o asesinados. En los días de Juan Manuel Rosas, los verdaderos poetas, los Echeverría, los Varela, los Mármol, toda esa legión que Rojas llama los "proscritos",

están en el destierro, y él sólo tiene a su lado, para que entone odas en su honor y madrigales himnicos a su Manuelita, un rimador tan mediocre como D. Pedro Lacasa, el autor del *Canto a Mayo* ("¡Tres siglos, oh patria, esclava viviste!"). Las ceremonias del culto rosista que Capdevila describe, glosando los diarios de aquel tiempo, nos mueven a risa, no obstante su imponente aparato, en cuanto olvidamos que aquel arte grotesco costaba almas y vidas. Y entonces nos volvemos del lado de Caseros, donde, juntamente con la libertad, alborean esas posibilidades artísticas que hoy admiramos realizadas por las juventudes argentinas.

Las generaciones que siguieron a la caída del déspota no se han dejado seducir por lo pintoresco del cuadro histórico en que se movió. La figura de Rosas, aunque explicada por biógrafos imparciales, sigue siendo un motivo de justo horror y sonrojo para los argentinos. Y Arturo Capdevila expresa un sentir general cuando dice: "Guardémonos de creer que la tiranía de Rosas — tan pintoresca, tan original, tan dramática — pueda ser un boato histórico, algo así como una pieza rara de museo. La tiranía de Rosas es una gran desgracia argentina". Una gran desgracia y acaso una fortuna. Porque quizá el haber padecido tan pronto la enfermedad rosiana haya inmunizado a la Argentina contra nuevas invasiones del morbo. El espectro de Rosas, siempre que se le evoque, bastará a afianzar en los argentinos el amor a la libertad y el sentimiento de la dignidad cívica. Tal reacción brota espontánea de la simple ojeada histórica. Pruébalo así este libro de Capdevila, escrito con objetividad absoluta y utilizando datos de los tres periódicos oficiosos cuya publicación consentía el tirano: *El Agente Comercial del Plata*, el *Diario de Avisos* y el *Diario de la Tarde*. El autor ojea, lee y transcribe. Al principio, su actitud es la de simple curioso que quiere distraer su tedio en una siesta. Narra sin comentario, como un novelista. Pero poco a poco su estilo se caldea. Palabras de indignación o de sarcasmo saltan de su pluma. Un historiador con estro de poeta acuña frases rotundas de universal vigencia: "Hubo en toda esa época una especie de comunidad general comprada a trueque de obediencia servil". "La libertad no se recibe de regalo, se conquista". ¿Habíamos dudado alguna vez del sincero sentimiento democrático de Capdevila? ¿Habíamos temido verle seducido por el prestigio estético de las aristocracias o el imperial empaque de los nacionalismos? Pues esta su semblanza del ominoso año 51 es la afirmación democrática de un grande y libre escritor de América.

R. CANSINOS ASSENS.

Héctor Ruiz Díaz.

EN la simpática revista cubana de vanguardia 1929, encontramos un interesante nota crítica sobre el pianista argentino Héctor Ruiz Díaz, que nos complacemos en transcribir:

Ruiz Díaz o el antirromántico. Antirromántico, no por lo que en los románticos hay de individualismo sincero, sino de individualismo enfático, teatral. Se puede permitir a un artista que vaya por el mundo con el escape del corazón abierto cuando esto es un accidente en su vida, no cuando de ello hace su gran razón de ser para el arte.

Ruiz Díaz: tres programas y ni un solo romántico. ¿Limitación? Si, en lo que de limitación tiene toda conciencia, todo rigor.

Merced a esta limitación Ruiz Díaz interpreta con un sentido y una técnica exquisitos a los clavecinistas y a los modernos. Le hemos oído interpretaciones de Couperin, Rameau, Debussy, Ravel, Prokofieff, Stra-

vinsky, Honegger, Korngold, Max Reger, Píck-Mangiagalli, etc., en que, recatando todo "virtuosismo", el artista ha actuado como para la intimidad. Teníamos ya deseos de oír tocar el piano así, confidencialmente y hasta con su poquito de escándalo para los que exigen una "técnica bárbara".

Arte de excepción el de este pianista argentino. ¡Y pensar que, por no sabemos que razón, escogió para presentarse en La Habana la vía oficial, única que nunca conduce a la verdadera sensibilidad de un pueblo! — *F. I.*

MISCELANEA

Voces y giros usuales en el español de la Argentina

Es conocido el hecho de ciertas palabras que adquieren valor de signo, que pierden sus características propias y pasan a ser símbolos. Este hecho, explicado por Bréal — Ley de especialidad — puede observarse en el esp. *más*, fr. *plus*. *Más*, junto a un adjetivo, produce la forma comparativa que, en latín, se expresa por la desinencia *ior*. Un adjetivo comparativo latino, *dulcior*, significa: 1º El contenido del positivo *dulcis*. 2º La comparación (*ior*); *más*, en las formas comparativas, tiene el mismo valor semántico que la desinencia latina.

Yo creo que puede explicarse también como caso de especialidad el valor que toma el relativo *que* en la conversación usual española. Esta mañana, el muchacho a quien compro el periódico me dijo: *Se lo dejaré en la mesa que Vd. come*. Raro será oír: *la mesa en que Vd. come*. De la misma manera, son formas corrientes: *el amigo que te habló ayer, la persona que le di la carta*. En giros como *Fulano y Mengano con quienes hice el viaje*, ya que la forma con *que* no es corriente, se altera la construcción y se vuelve a recurrir a *que*: *Fulano y Mengano que hicieron el viaje conmigo*; el encontrar esta forma de expresión supone evitar el encuentro de preposición y pronombre.

Que relativo absorbe las preposiciones en la lengua del pueblo: se hace signo común que expresa las relaciones propias de la preposición; el sentido de *que*, en cada caso, está librado a la perspicacia del oyente; *que*, como *más*, ha adquirido un valor general, el valor de un símbolo.

Vendryes (*Le Langage*) dice refiriéndose al francés:

“En français, le peuple rejette en parlant les formes dont, auquel, pour lequel, qui lui paraissent lourdes et gênantes; il se contente de marquer la relation par un *que*, quitte à indiquer ensuite dans la proposition relative le genre de relation qu'il a en vue: au lieu de *l'homme dont je connais la fille, le patron pour lequel je travaille, le pauvre à qui je fais l'aumône*, on dira: *l'homme que je connais sa fille, le patron que je travaille pour lui, le pauvre que je lui fais l'aumône*.”

Frente a estas formas, en las cuales *que* pierde su contenido limitado para extender su influencia, es común oír en la Argentina otras en que indebidamente se antepone a *que* conjunción, la preposición *de*. Son giros en los cuales es general que la preposición esté precedida de verbo, y *que*, seguido de otro verbo.

Creo que oyéndose expresiones como *Depende de que venga o no, me alegro de que nos acompañes*, la lengua del pueblo creyó erróneas le dije *que*, le expresé *que*, y pasó a decir: *Le dije de que viniera, le expresé de que lo hiciera*.

Me parece que este hecho puede explicarse por ultracorrección, lo mismo que *bacalado, Bilbado*. (Menéndez Pidal, Gram. Histór., pág. 160).

Puede hacerse el siguiente razonamiento: Cuando el que habla dice *depende que venga o no*, reparando en que las personas cuyas hablas trata de imitar, dicen *depende de que venga o no*, hace la corrección pero la extiende a otras formas en que el verbo no exige *de*. Menos extendida está la expresión anotada cuando a *que* sigue una palabra no verbo.

El empleo del posesivo presenta hechos interesantes. Se dice: *kípiz mío*; el pueblo concluyó, sin duda: *de mí = mío* en todos los casos. Pero *mío* tiene siempre valor posesivo y *de mí* no siempre lo tiene. Al producirse la equivalencia *de mí-mío*, se dice: *detrás mío, encima mío* — formas usuales — por *detrás de mí, encima de mí*, en las cuales *de mí* no tiene valor de posesión. En nuestro país no es corriente *Venia detrás de mí iba delante de mí*; se substituyen por *venia detrás mío, iba delante mío*.

El genitivo suele expresarse subentendiéndose el sustantivo primero. El inglés dice: *I'm going to the physician's*; la *s*, expresión del genitivo en inglés (el genitivo inglés se expresa también por *of*), absorbe muchas veces al sustantivo primero, como en el ejemplo dado. Lo general, no obstante, es que la *s* sea la forma del genitivo sin adquirir el contenido de ninguna palabra: *The queen of Great Britain's daughter*. En este ejemplo se ven los dos signos del genitivo: *s* y *of*.

En el español de la Argentina se observa que la preposición *de* extiende su función absorbiendo a un sustantivo: *Voy de mi madre, voy del médico*, giros que son muy usuales y que equivalen a *Voy a casa de mi madre, voy al consultorio del médico*. Esta forma ha tenido un grado anterior que aun puede oírse pero que está, sin duda, menos extendido. Empezó por substituirse el nombre por la partícula neutra *lo*: *Voy a lo de mi madre, voy a lo del médico*. Seguramente, el no existir relación formal entre el sustantivo y la partícula que lo substituyó ha de haber contribuido a la pérdida de esta última.

Menéndez Pidal hace constar la coexistencia en español de sustantivos verbales en *o* y en *e*: *desembarco, desembarque, costo, coste*. *Encargo* no se observa en la Argentina sino entre españoles: lo frecuente es *encargue*.

Se sabe que la disimilación es un fenómeno mediante el cual la lengua evita la semejanza de sonidos, alterando vocales o consonantes; pero no siempre la disimilación supone el cambio de un sonido; a veces es causa de eliminación de una letra (*aratru, arado*); otras, de una sílaba; ése es el caso del vulg. *probalidad* (probabilidad) tan corriente en la Argentina que no se oye sólo en boca del pueblo; es frecuente en la conversación usual de maestros, médicos, etc. A un caso de disimilación con supresión de sílaba atribuyo *excentridad* (excentricidad) que no se oye con frecuencia. La repetición del sonido *c* produce la supresión de una sílaba entera.

Muy corriente es la repugnancia del español en la Argentina por las formas verbales en *ra* y en *se*. Cada vez es más frecuente: *Si yo tendría que hablar, si yo haría eso*.

JOAQUÍN A. ROMERO.

Junio de 1929.

Contribución al conocimiento de modismos y palabras usuales en diversas regiones del país.

Queriendo contribuir, aunque modestamente, a la difusión de nuestras palabras castizas, muchas de ellas de origen regional, formo este breve lista de las muchas que tengo recogidas, como una contribución al conocimiento de todo lo nuestro. Procuraré continuarla en números próximos:

- Chcisita*. — Usase en Catamarca y La Rioja, como expresión que magnifica el sentido de las cosas; palabra regionalísima.
- Guasanchó*. — Usase en Tucumán. Animal ancho y hundido de lomos (general en los caballos).
- Coletó*. — Usase en el Norte (Salta y Tucumán). Prenda inestimable de los peones campeadores o monteros que la usan para resguardarse de las ramas, espinas y maleza. Confeccionada totalmente de cuero, afecta la forma de un ponchito con mangas, cosidas éstas en sus extremos y dejando cinco orificios para salida de los dedos.
- Api*. — Usase en el Norte. Nombre con que se designa a la mazamorra.
- Yuta*. — Usase en el Norte. Falta voluntaria de parte del alumno a la escuela; *hacer la yuta*.
- Shulco* o *Chulco*. — Usase en Tucumán y Salta. Dicese de la persona menor de una familia, el Benjamín de la familia. También aplícase a los animales.
- Guascho* o *Huascho*. — Usase en el Norte y Centro. Para indicar el animal que queda huérfano. También aplicase — en el campo — a las personas.
- Huascha* o *Guascha-Locro*. — Usase en Tucumán, Salta, Santiago y Catamarca. Locro a base de choclos.
- Chala*. — Usase en todo el país. La envoltura exterior del maíz y del choco. También úsase en Tucumán como expresión admirativa y elogiosa. Ej.: ¡Que es chala el triunfo de...!
- Chango*. — Usase en el Norte y Centro del país, para designar a niños de cierta edad. Reemplaza la voz *pibe*, usual en el Sud y Litoral.
- Aunchi*. — Usase en el Norte del país. Durante la tostación, se designa con este nombre a la llamada flor del maíz.
- Choro*. — Usase en el Norte. (Reemplaza a la voz litoralense: *chorro*). Se lo emplea para designar a los ladrones.
- Alcanfor*. — Usase en casi todo el país, para dar a conocer a las personas chismosas.
- Abajeño*. — Usase en el Norte. Designación bajo la cual se dá a conocer las personas llegadas del bajo o del llano, muy común entre los serranos.
- Choguita*. — Usase en el Norte. Nombre con el cual se conoce a las personas del campo — común entre los habitantes de la ciudad —.
- Pueblerero*. — Usase en todo el país. Palabra común entre el paisanaje, para dar a conocer a las personas de la ciudad.
- Hurón*. — Usase en casi todo el país. Palabra con la que se dá a conocer a las personas rehacias al contacto social o diario.
- Quitilipi* (1). — Usase en la campaña tucumana. Voz con la cual se distingue a las personas vanas y alabanciosas.
- Requechero*. — Usase en el Norte. Persona que vive de los requechos — sobrantes de alguna comida o faena — (carneo).
- Itiento*. — Usase en el Norte. Persona que tiene pulgas.
- Machilo* (2). — Usase en Tucumán. Persona afecta a las bebidas.
- Amartelado*. — Esta voz castiza, usada en el norte para designar a cualquier persona enamorada de la del sexo opuesto, también indica a las personas que viven en concubinato. Ej.: vivir amartelado.
- Uspallatia* (3). — Usase en Santiago y Tucumán. Palabra que significa un llamado al silencio. Ej.: "*uspallatia*, compadre Juan" (cállese o no hable tanto, compadre Juan).

(1) Nombre regional de un ave.

(2) Idem.

(3) Voz quichua — pero de un gran uso en la región indicada.

- Allucito*. — Usase en el Norte. Palabra meramente regional, con la que indican la situación más o menos cercana de un lugar (vagamente).
Ej.: "*allucito* queda el rancho de mi comadre Jesús".
- Ahicito*. — Usase en el Norte. Palabra meramente regional, sirve para indicar la posición cercana de un lugar.

BENJAMÍN GUTIÉRREZ COLOMBRES.

Tucumán.

BIBLIOGRAFIA

LETRAS ARGENTINAS

El Supremo Entrerriano. (poema histórico), por *Guillermo Saraví*.

HAY hombres irremisiblemente condenados a no darse cuenta de que la vida evoluciona. Entre éstos, figuran los que aun intentan escribir versos para poemas históricos o música para óperas.

No quieren convencerse que la vida, en su perpetua evolución, ha abandonado ya ciertas manifestaciones que llenaron su papel en determinada época y lugar, pero a las que es inútil querer dar movimiento mecánico, simulacro de vida. Tan inútil es creer, hoy, que la poesía épica puede manifestarse en un trozo de historia guerrera, como meterse en una armadura de caballero medioeval y salir por las calles de una Nueva York o de una Buenos Aires, buscando gigantes a quien descabezar. La poesía épica, hoy, ya dejó los campos de batalla, ayer fecundos quizás, porque a su manera, unían los pueblos y ponían en contacto las civilizaciones; huyó de la muerte y la sangre, del dolor y la crueldad, para animar las fábricas, las aulas, los laboratorios, las bibliotecas, los sembradíos, las urbes de hierro y cemento armado. Es decir, allí donde se lucha para la vida, donde se trabaja para el futuro, donde se piensa y se sueña.

Una comprobación evidente de que esto es así, de que la evolución humana ha alcanzado ya este vértice, lo tenemos en la última gran guerra. (Catástrofe, desgracia, maldición). No ha hallado ella con ser magníficamente espantosa, un poeta que la cantara. Quienes lo intentaron, desde su mezquino ángulo nacionalista, Rudyard-Kipling o D'Annunzio — y no son dos memos estos señores — fracasaron. Sus poemas ya se los tragó el olvido más justo. Ellos sólo hallaban un eco fugaz en los demás hombres, cuando éstos estaban enloquecidos momentáneamente por las pasiones guerreras. La guerra dió buenos libros sí, pero todos de espíritus humanitarios, amantes de la paz fecunda, del trabajo que empuja a los hombres hacia la perfección anunciada, hacia la fraternidad ansiada por los mejores. Los buenos libros que produjo la última gran guerra — ante la cual los combates homéricos parecen combates de titeres—, todos la condenaron. Barbuse, Frank, Duhamel, Latzko, Rolland; son sin duda, hoy, para el desangrado mundo moderno, para el espíritu inquieto y anheloso de este mundo que aspira a superar nuestra miserable posibilidad de felicidad para todos: poetas de verdad, grandes poetas, voces inspiradas de su dolor, esencia clarificada de su espíritu.

Tal prueba es bien convincente. Sin embargo, no faltan hombres sin visión actual y sin anhelos de porvenir que creen hallar poesía — ¡y poesía épica, la más alta de las poesías! — en las páginas sangrientas, tristes, desalentadoras de la historia guerrera, en el espectáculo repugnante de

los hombres, ebrios de soberbia, de alcohol y de ferocidad, matándose los unos a los otros.

Entre estos hombres de ayer, milita Guillermo Saravi, cuyo poema histórico sobre Pancho Ramirez, el caudillejo entrerriano, motiva estas disquisiciones.

Hace unos días, vimos fracasar *Elelín*, tragedia en verso de Ricardo Rojas, donde se evocaron figuras de conquistadores hispánicos. Se adujo que había fracasado porque Rojas, — que no es hombre de teatro, evidentemente — no sabía el "metier", no movía bien los personajes. No fracasó por esto solo. En el libro, *Elelín* también es un fracaso. Leer sus tres actos, implica un acto de inútil heroísmo. Es como si yo aprendiese de memoria un discurso en volapuk, idioma — o lo que sea — que desconozco. ¿Y por qué? Sencillamente, porque todo aquello, indios y conquistadores, para nosotros, argentinos de hoy con deseos de cambiar este hoy y hacerlo mejor que aquel deplorable ayer con toda su gloria guerrera, todo aquello ya murió, afortunadamente. Todo aquello nos habla en volapuk. ¿Cómo llevar al teatro — laboratorio de experimentación vital — lo muerto? Rojas fracasó. Es justicia que así fuese. El público de Buenos Aires demostró no ser el bobo de otras veces.

¿Tendré que decir de Guillermo Saravi que en *El Supremo Entrerriano* también fracasa? Su intento de poner en verso "la vida, milagros y muerte" de Pancho Ramirez, caudillejo de nuestras vergonzantes guerras civiles, gaucho bruto como Facundo Quiroga o Ibarra, ya era un intento bien infeliz. Agreguemos a ello que el autor de *El Supremo Entrerriano* es un versificador sin elocuencia, y quedará definido. En estas simulaciones de arte — como lo son las páginas de historia guerrera versificadas—, la elocuencia, el talento verbal, la habilidad para malabarizar vocablos, constituye el secreto del éxito. Obran impresionando, por sugestión, como la oratoria. Muchos poemas de *La Leyenda de los Siglos* de Hugo, el Hugo ampuloso, no tienen nada que ver con la poesía, pero lograron éxito porque impresionaron, sugestionaron. Hoy, ¡bueno fuera!, preferimos un lied o un hai-kai anónimos a todo eso. ¿Acaso, en cuatro líneas de copla, Augusto Ferrán o Antonio Machado ¿no son más poetas que todo Espronceda o todo Núñez de Arce? Pongamos ejemplos más recientes: Santos Chocano y Lugones, por un momento, consiguieron convencer, asombrar a algunos de sus contemporáneos. Los dos poseen fuerza verbal, talento oratorio, simulación de poesía épica: teatralidad. ¿Pero puede un hombre de ahora — es decir, un hombre que ame la vida real del instante y sueñe hacerla mejor, más fraternal — puede leer *Alma América* o *Las Montañas del Oro*? A mí, por lo menos hoy, me hacen el efecto de los artefactos de fuegos artificiales vistos a la mañana siguiente de su quemazón. Y sin cansarme, leo *Mamboretá* o *La silla que nadie ocupa* de Carriego.

...Volvamos a Guillermo Saravi que en veinticinco pedestres cantos ha rimado — sin ningún atisbo de modernidad — la vida de un caudillejo provinciano. Basta dar una muestra de su "poesía":

*Al fin se han encontrado los rivales,
pero se están midiendo todavía.
Hay un cerco de lanzas verticales
detrás de cada uno. Se creería
que los fieros caudillos no se atreven
por un segundo a comenzar el duelo.
Sólo las banderolas contra el cielo
con impaciente agitación se mueven.*

.....

Todo es así, más o menos. Y uno se pregunta, ¿para qué los hombres prácticos habrán inventado el automóvil o la trilladora o el tren eléctrico o el aeroplano, si los poetas no van a ser capaces de ver la poesía — ¡y épica! — que hay en ellos? (Alberdi: “En América, la poesía está en todas partes menos en los libros”.)

Saravi no omite epítetos para elogiar a Ño Pancho: “Supremo” “valiente”, “temerario”, “delegado del genio montaraz”, “jaguar”, “Prometeo”, “héroe”.... ¿Pero está hablando de un apóstol o de un gaucho semianalfabeto que vivió lanceando y degollando gente? ¡Pobres adjetivos que para todo se prestan!

Otra pregunta:

¿Cuándo los poetas argentinos, argentinos de hoy, con nada de gauchos, nada de indios, y casi nada de españoles, nietos e hijos de gringos, de italianos, rusos, ingleses, franceses, alemanes, es decir, de las razas más admirables del mundo; cuándo olvidarán que por aquí anduvieron indios — raza inferior —, gauchos — sub-raza de transición —, conquistadores españoles — crueles y fanáticos —; y se erguirán, cara al futuro, a cantarlo, elogiando a este lombardo albañil o a aquel judío labrador que están haciendo poesía futura con su vida cotidiana? ¿Cuándo verán dónde está la nueva poesía épica? ¿Cuándo cantarán a los verdaderos héroes: a Barrett, Ameghino, Alberdi, Sarmiento, Justo, cuyas vidas dedicadas a labrar el bien del prójimo, valen por miles de caudillos asesinos, brutales hasta ser casi bestias, como Ramírez, Rosas, Quiroga, Cafulcurá y otros espectros del horrible pasado?...

Ignorar esto es ignorar el destino del arte, que no es un juego de ociosos ni es una vidriera para la vanidad de cualquier erudito, sino una preciosa herramienta por la cual las ideas nuevas son transformadas en sentimientos nuevos y van a sensibilizar las costumbres, a hacer avanzar la pobre, hipante, dolorida multitud.

Se que *El Supremo Entrerriano*, libro mediocre por donde se le abra, no merece un comentario tan extenso. Bien observado se verá que al libro en sí sólo le he dedicado las seis u ocho líneas condenatorias que se merece.

ALVARO YUNQUE.

Tierra Maldita, por Gaspar L. Benavento. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1929.

ESTE no es un libro malo; pero es un libro sin madurar. Su autor no ha hallado aún la expresión adecuada al sentimiento poético que sentimos latente en él. Sus estrofas se alargan demasiado, su emoción se diluye, como si aun no la dominara.

Rara vez consigue cristalizarse en forma tan escueta como la siguiente y que da modernidad a su poesía un poco anticuada por lo difusa:

ARBOL DE NAVIDAD

*Arbol de Navidad,
cargado de juguetes y de cascabelitos,
eres la infancia mía llena de ingenuidad*

*y la de mis pequeños...
con algunas espinas de menos,
con algunos juguetes de más.*

Benavento vive en la Patagonia, a la que llama "tierra maldita". No alcanzamos a ver claro por qué. Quizás porque nacido en blandas tierras tropicales, no consigue adaptar su vida a la dureza laboriosa de un clima frío. Canta algunas de sus impresiones tehuelches, sin mucha originalidad, pero con intención encomiable. Menos original es aún en la 2ª parte del libro: "Los hijos, ella y yo", en la que el autor se hace poeta doméstico y vuelca los sentimientos simples, puros, un poco egoístas y ya muy manoseados que loan el recogimiento, la tranquilidad, la corta alegría del padre y del esposo... Consigue aquí, sin embargo, dar sus mejores notas. Se ve que Benavento, poeta menor, está más hecho a sentir esta poesía que la épica que se requiere para poder transmitirnos los paisajes y hombres patagónicos. Aquí hay aciertos, aunque parciales: *Afán y Fe*:

*¡Bien haya esta fe de apóstol!
¡Bien haya este afán de obrero!*

*Veintitrés años a cuesta
no pesan lo que un madero,
que en mí cada año es un gajo
de rosal con brotes nuevos.*
.....

Tal temperamento elegíaco no era el más apropiado para cantar la tierra áspera del sud austral.

Se nos ocurre que si Benavento encuentra su clima espiritual, puede sorprendernos con un libro bien madurado.

ALVARO YUNQUE.

... Y cantando lo haré y *El Libro de Quique*, por *Vicenta Castro Cambón*. Editorial Minerva. Buenos Aires. 1929.

No sé hasta donde tenemos derecho de juzgar literariamente los versos de esta desventurada mujer, ciega desde los seis años y a quien la muerte acaba de emancipar de su martirio.

Yo he buscado su alma a través de las composiciones, la mayoría faltas de personalidad, de sus libros; y la he hallado. *Vicenta Castro Cambón* fué, seguramente, superior a la obra que nos deja. Por falta de técnica, por incapacidad de adquirir una adecuada cultura, esa alma de superior artista que vivió en ella, no pudo hacer del verso un instrumento suficientemente apto para transmitir los sentimientos nobles que adivinamos la poseían. Nos basta hallarla en toda su sencillez cristiana y su puro misticismo, aquí o allá, en este renglón feliz o en aquella estrofa inspirada, y sentir la poesía que fluye de su pluma de verdadero poeta malogrado por la fatalidad:

¡ADELANTE!

*Miro hacia el frente y me abato:
veo el vacío, la nada.
Miro hacia el cielo y me vergo:
Dios es mi todo, y Dios basta!*

Esto está realizado. La religiosidad de su alma artista, esta vez ha hallado su expresión sobria en esos cuatro versos, o en estos:

¿SABES POR QUÉ?

*¿Sabes por qué en esa senda
con desconfianza caminas?
Porque al hacerlo otras veces
en ella has sembrado espumas.*

Pero la desventurada ciega no es totalmente desdichada. En la grandeza de su sencillez, en lo recóndito de su pureza, halla la suficiente fuerza para encontrar algún goce, y decir un "soy feliz", que nos suena a trágico.

HORA DE PAZ

*En el aire susurros, trinos, alas,
y perfumes de rosas y alelí...
La charla siempre grata de un chiquillo
y el rumor de sus pasos junto a mí...*

*En mi alma la quietud... ¡Oh, sol, detente!
Prolóngame esta tarde...: Soy feliz.*

En su noche, no está totalmente abandonada. Hay una fe — un ideal — no nos importe saber cuál. Esto le abre los ojos del espíritu y le ilumina la vida. Himnando esa fe, la poetisa de *Y cantando lo haré*, el mejor de sus libros, porque siendo exclusivamente lírico, pudo externar adecuadamente su vida interior; el alma poética de Vicenta Castro Cambón ha hallado la más bella nota de su poesía: la del dolor resignado.

FE

*Mis ojos se apagaron y se acostó mi oído,
mi cuerpo hacia la tierra se torció dolorido,
mi mano es muy delgada y muy débil mi pie,
mas no me compadezcas, hermano. Me defiende
y sostiene esa chispa que el mismo Dios enciende
dentro del pecho humano y que se llama, Fe.*

Y esto conmueve, porque llega al heroísmo.

ALVARO YUNQUE.

Poemas japoneses. Versión castellana de *Antonio J. Gutiérrez Alfaro*. Buenos Aires.

YA sabemos cuáles son las características del leve y breve hai-kai japonés: gracia, delicadeza en el matiz, aroma de flor, todo ello realizado en tres o cuatro renglones que más sugieren que dicen. Gutiérrez Alfaro, traduciendo, de una versión inglesa, al español, estos poemas japoneses, ha intentado una obra imposible. Ha disecado pájaros. Aquí están los poemas japoneses, con su plumaje — muy deslucido —; pero falta la gracia de su movimiento: la vida. Ha recogido su forma, se le ha escapado el canto: el alma.

Muy pocas veces — quizás sólo en los dos que reproduzco — conseguimos entrever algo de lo perdido en esta traducción de traducción:

NIEVE

*Flores blancas que caen, que caen de lo alto,
antes que el amargo Invierno haya pasado
¿será tal vez que más allá del cielo
la Primavera haya por fin llegado?*

(Fukayabu).

REFLEJO

*Traté de embellecer al bello Otoño
con flores reales y en la ribera
verde del lago planté un crisantemo...
¿Qué mano sembró el otro bajo el agua?*

(Tomonori).

Estos repetidos fracasos, ¿cuándo acabarán de convencer a los traductores — digo, traductores — que el verso es intraducible en verso? Vertido en prosa, perderá su galanura, de ser alado podrá convertirse en cuadrúpedo; pero si algo dice lo seguirá diciendo. Y salvar la idea es salvar lo esencial.

ALVARO YUNQUE.

Ara Incaica y Atabal indio, por *Justo L. Dessein Merlo*. Buenos Aires, 1929.

EL autor de estos libros ha viajado por Perú, Chile, Uruguay, Paraguay y Argentina. Ha visto personajes exóticos, paisajes bellos, ruinas sujerentes; pero en vez de escribir un libro de "notas" o de "impresiones", ha escrito estos dos libros de versos. Y ha equivocado los géneros, para su mal. No hay arte menos poético — menos íntimo — que el descriptivo. Y el autor de *Ara Incaica y Atabal indio* no hace otra cosa que describir sin originalidad. Un ejemplo: Está viajando en el transandino, y describe:

*El río rumorca bordeando el terraplén,
deslízanse veloces sus aguas de torrente,
enormes y pulidos pedruscos, junto al tren
que asciende con cautela, cruzan ruidosamente*

*Los muros de granito vecinos a la vía
se elevan verticales por el otro costado,
semicírculo pétreo cierra las lejanías
en todas direcciones...*

.....

O esta otra:

*A habor se suceden las costas desoladas,
montañosas y estériles, de la vasta región
salitrea. A estribor las olas encrespadas
del mar, en infinita y morrible extensión.*

.....

O esta otra:

*De la tierra enterreriana en el ricnte confín,
lo besa con su clara corriente el Uruguay,
es pulida, coqueta, nueva, no tendría fin
el encomiar las muchas bellezas que en ella hay.*
.....

Esto no tiene nada que ver con la poesía, aunque esté escrito en versos (en versos duros, hasta mal ritmados, como el penúltimo de esta estrofa que tiene una sílaba de más).

Dessein Merlo, en sus dos libros, insiste en confundir poesía con geografía o tal vez ha querido poner la geografía en verso, labor inútil y que ya tiene precedentes en la remota Edad Media donde hubo quien pusiera la Química en verso.

Merece anotarse la adjetivación de Dessein Merlo: Los mantones, son "bizarros"; el sol, es "astro rey"; los caminos, "serpeantes"; las flores, "multicolores"; el trinar, "canoro"; los labios, "ardientes"; la blancura, "de azucenas"... Es decir, adjetivación de cronista social, adjetivación disculpable sólo en unas modestas "notas" o "impresiones" de viaje.

ALVARO YUNQUE.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

Looping, por *Juan Marin*. Santiago de Chile, 1929.

LA retórica envejece pronto. Este libro de retórica neosensible nos suena tan a viejo con sus arritmias, sus saltos mortales tipográficos, sus falsas audacias puramente verbales como el de un post-rubendariaco que viniese a hablarnos de cisnes y princesas y a rimarnos "lirios" con "martirios". Han bastado cinco años para que la retórica puesta en uso por la última moda, nos parezca tan agrietada como la de los decadentes de hace veinte años. La mediocridad queda nivelada por el tiempo, juez el más justo.

ALVARO YUNQUE.

Fábulas (Motivos americanos), por *Montiel Ballesteros*. — Casa A. Barreiro y Ramos. Montevideo. 1929.

SE leen estas fábulas de Montiel Ballesteros con agrado y muchas de ellas con deleite. Hay belleza en los asuntos que trata: pájaros y flores americanos, motivos gauchescos que nos son familiares y queridos; hay belleza también en el estilo, correcto y personal, sin rebuscamientos ni sencillez afectada. Un Cavia o un Padre Mir encontraría quizá algún galicismo (desapercibido), o algún solecismo (...y tan es así...), pero esas sutilezas gramaticales no obstan para que consideremos a Montiel Ballesteros, un profundo conocedor del idioma. Su prosa es fluida y correcta; elige con acierto las palabras y emplea giros elegantes y apropiados a las ideas que expresan. Veamos algunos ejemplos tomados al azar: "y sacó su corazón arisco, rojo y libre..." (pág. 16). "El monte estaba tembloroso de pájaros, los arroyos plateados de peces, los campos overos de ganados..." (pág. 83). "El cielo tiene un límpido, profundo, maravilloso azul..." (pág. 89).

Se nota en su estilo una tendencia a la concisión, a decir mucho en

pocas palabras, a pintar con un solo trazo la particularidad esencial de un carácter. Condición del verdadero artista es la de fijar lo fundamental y eterno, y no lo accesorio y perecedero.

Una sola división hay en la obra: bajo el título de "Historias zorrunas", el autor agrupa todas las fábulas que se refieren al zorro y a las malas artes de éste. Figura en la primera historia un gracioso "decálogo del perfecto zorro", muy divulgado desgraciadamente entre los que no lo son. El zorro comete mil fechorías y luego "...como estaba cansado de hacer diabluras, de mentir, de traicionar al tío, de matar gallinas... se dedicó a la política, para la que poseía excelentes dotes naturales."

Hay en esas historias sana crítica social, inspirada por una atemperada indignación contra las injusticias del mundo y, sobre todo, por una profunda simpatía humana. No hay veneno en su alma, ni amargo pesimismo en su obra. Espíritu idealista, sueña con una sociedad mejor y nos dice poéticamente cómo la sueña; sus labios no se abren para dar paso a un grito de rebelión, sino que se contraen en una sonrisa de fina ironía:

El chingolo critica al tordo, pero un tercero le advierte:

"—No hables tan fuerte, chingolo; decir la verdad es peligroso; mira que he sabido que al señor tordo lo van a nombrar comisario..."

En otras ocasiones, brilla en sus ojos una lágrima de profunda compasión; es conmovedor ese hornerito, símbolo del trabajo, que al marcharse el obrero después de haber construido la casa para los otros, le dice compadecido:

"—Te he visto trabajar con amor, como en cosa propia. ¡Eres un héroe!"

Se juntan en la obra de Ballesteros asuntos de creación personal, quizá los más bellos del libro, con temas tradicionales. Por una parte, propósitos didácticos (El tordo, El arroyuelo, El maizal y los loros), por otra, notas de humorismo desinteresado (Vuelta a las andadas, Los amores pícaros).

En los temas de creación personal, el autor forja en torno a motivos americanos lindas leyendas, remontándose en ocasiones a una época anterior a la conquista.

Soy muy bellas: "El mate amargo", el mejor amigo que donó Dios al gaucho; "El churrinche", que es un corazón de charrúa con alas; "El zorrino"; "Los pirinchos".

Hay una deliciosa poesía en éstas, que podrían llamarse tradiciones artísticas; poesía que deja en el alma como una sensación del perfume de flores silvestres, o la armonía dulce de una canción primitiva.

JUAN M. RIAL GUYOT.

LETRAS ITALIANAS

Costantino il Grande, de *Luigi Salvatorelli*. Ediciones Formiggini, Roma, 1929.

HISTORIA compleja y complicada como ninguna la de Constantino, dicho el Grande. Guerras civiles y dramas de palacio, transformaciones institucionales y crisis religiosas se combinan en ella, se sobreponen en una maraña de cosas inextricables. Su figura ha sido interpretada en el pasado y también en nuestros días de las maneras más diferentes: quien ha hecho de él un político hipócrita, quien un soberano cristiano, quien un supersticioso fanático.

Salvatorelli ha mantenido el equilibrio y buscado la síntesis de los diferentes elementos, políticos y religiosos, psicológicos e institucionales;

ha querido hacer una reconstrucción imparcial, pero profunda y viviente, de la personalidad constantiniana, vista a la luz de la mentalidad del tiempo, y la ha colocado en el cuadro sobrio pero animado de los acontecimientos externos, y a través de éstos ha demostrado su desarrollo.

En su brevedad, este croquis biográfico aparece como el más al día y completo que actualmente poseemos sobre el primer emperador católico.

L. S.

Enrico Corradini, de *Ugo D'Andrea*, Colección *I prefascisti*. Ediciones Augustea, Roma, 1929.

ENRICO Corradini, que había vivido la martirizante pasión de Adua, había retomado la enseñanza de Crispi: "La Revolución francesa nos mata: ella todavía oprime nuestros ánimos y nos mantiene ligados a un orden de ideas que nos impide caminar sobre las huellas de nuestros padres. Necesitamos romper esta cadena moral y retomar las tradiciones de nuestra Patria."

Y esta enseñanza trabajaba la intimidad de su espíritu, diuturnamente, y él hablaba a los jóvenes con voz de apóstol, y concretaba la visión de la nueva realidad, viendo definirse en el tiempo la línea de un Estado que fuera la expresión fiel de una Italia renovada, recompuesta en una firme cohesión de espíritus, en una fusión de voluntades indefectibles.

Corradini no se puso al frente de las masas, pero su idea constante fué también acción, en una enervante atmósfera de corrupción parlamentaria, de renunciadas, de abandonos. En una Italia que restringía su horizonte a las paredes de Montecitorio, el Nacionalismo fundado por Corradini fué una fuente de energía, una escuela de nobleza.

Ugo D'Andrea examina la personalidad de Corradini en las varias etapas de su formación, y la coloca en el cuadro de los prefascistas. El liberalismo del último ochocientos, el drama de Crispi en la tragedia africana, y la previsión de Corradini que desde el año 1911 trazó las líneas de la política demográfica y emigratoria aplicada hoy en Italia, y que por primero escribió la frase "la nación proletaria", que prevé el Estado Corporativo ahora realizado, todo esto forma el esquema crítico del libro.

Es muy oportuna la comparación que D'Andrea hace entre Nacionalismo francés y Nacionalismo italiano, tan diferentes como las condiciones de ambiente, constitucionales e históricas que los determinaron.

Libro interesante, ágil, variado, pero no completo. La figura de Corradini no está contenida en él. La biografía y la interpretación del apóstol de fe intacta, que encarna el drama de la nación italiana en los últimos treinta años, no puede ser escrita por un contemporáneo. La figura de Corradini es de las que se agigantan con el tiempo.

L. S.

Questioni d'Onore, de *Giuseppe Ettore*. Ediciones Hoepli, Milán, 1929.

¿QUÉ es el "honor"? ¿Cuál concepto se tuvo de él antiguamente y en la Edad Media, cuál se tiene actualmente de este sentimiento, sagrado patrimonio del individuo, de la familia, de la nación? ¿Cómo se guarda y defiende el honor? ¿Con la venganza personal, con la espada o con el magistrado? Todas estas cuestiones están ampliamente expuestas y discutidas en el libro del general Ettore. Libro original y valiente por las ideas y las teorías que propone, las cuales se ofrecen a discusiones y a polémicas. Además la obra es interesante por sus recuerdos históricos, y será leído con curiosidad por toda persona culta.

L. S.

POLITICA, DERECHO

Bosquejo de una Historia y Doctrina de la Unión Cívica Radical,
por ALBERTO ETKIN. Editorial "El Ateneo." Buenos Aires, 1928.

ESTE libro del joven abogado Alberto Etkin, intenta dar una explicación sociológica sobre el advenimiento del radicalismo y, en consecuencia, sobre la significación de Hipólito Irigoyen en la vida política nacional.

Sin que pretendamos dar un extracto de sus argumentos, digamos que Etkin considera a la sociedad argentina influida desde 1910 por dos corrientes históricas antagónicas: una, europea, exótica, opresora, *sinistra*; y otra, nacionalista, popular, que era la verdadera conciencia argentina, aunque balbuceante y caótica. Esta explicación sencilla, descubierta por un método psicológico de interpretación de los hechos sociales argentinos, que desde el *Facundo*, poco o nada puede decir de nuevo, pretende ser abonada por Etkin con una pedante y, por lo demás, disparatada fundamentación de la doctrina de Spengler, a la que todavía le injerta un concepto del filósofo italiano Ycilio Vanni, alevosamente traído por los cabellos.

Es así, que los caudillos del año 20, Rosas, la Revolución del 90, Irigoyen, representan, simbolizan el alma nacional, de la que, a ser ciertas las concepciones de Spengler, nacerá una nueva cultura, distinta a la Europea; pero la europeización con que desde Moreno a Alvear (?) pasando por Rivadavia, Sarmiento y Avellaneda, se intenta civilizar a la Argentina, sería una de esas *influencias sinistras*, que Vanni, en su Filosofía del Derecho, dice que suelen obnubilar momentáneamente la *conciencia social* cuando ésta trata de elaborar sus normas éticas o jurídicas, indispensables para su existencia.

Esta amalgama de citas no puede ser más absurda: ¿Cuál de las corrientes históricas citadas, en realidad constituyen la conciencia social y cuál, los sentimientos, errores, prejuicios, intereses particulares, que Vanni llama *influencias sinistras*? Etkin sostiene la enormidad de que la corriente europeizante era lo siniestro, por lo que en consecuencia se vé obligado a sostener que el paisanaje de las montoneras venía a representar lo racional, lo conciente, lo capaz de dictar normas y crear cultura... Por otro lado, ese antagonismo histórico, que no es tan simple y que es preciso escudriñar en su contenido económico, étnico, etc., no tiene absolutamente nada que hacer con la lucha o el nacimiento, desarrollo y muerte de las culturas de la teoría spengleriana, que se refiere a pueblos que han completado sus ciclos de civilización. Lo muerto pudo haber sido una lucha de razas, de clases o simplemente de fracciones sin sentido alguno, pero jamás en nuestro suelo han chocado o se han sustituido culturas de ninguna especie.

*

Entrando a exponer los hechos, Etkin hace la historia del radicalismo, según el criterio de sus epígonos; este universitario no ha comprendido todavía cuán cobardes han sido los movimientos revolucionarios argentinos desde 1874 inclusive, hasta 1905. A todos hay que juzgarlos con el mismo patrón; eran traiciones militares de capitanejos que violaban sus juramentos, poniendo las armas de la Nación, al servicio de la política criolla. Por lo demás, las figuras que aparecen dirigiendo esas chirinadas ¡qué risibles personajes resultaron luego!

No obstante las hueras invocaciones a la moral, a los principios de la literatura irigoyenista que en cualquier país medianamente civilizado hubiera servido para acribillarla de ridículo, esa literatura es transcripta y

barajada entre nombres insignes como el de Spengler, al que este libro mancilla complicándolo con Irigoyen.

*

En la 2ª y 3ª parte, Etkin quiere sistematizar la doctrina radical. Y lo curioso es que después de habernos dicho que el radicalismo es una fuerza social primaria, vagido incoherente todavía del alma argentina, que traía de desprenderse de la garra opresora y siniestra de Europa, se pone a hurgar en cartas, artículos, telegramas y testamentos de los paladines del radicalismo, nada menos que una doctrina, un sistema filosófico, destinado a sustituir toda la ideología occidental.

Etkin ha podido dedicar su tiempo a situar ese movimiento de opinión pública llamado radicalismo dentro de la evolución argentina. Lo que parecía ser, antes del advenimiento: una fuerza moral de dignidad cívica, no dentro del país, eso es una enfática pretensión, sino tan sólo de la política, que no es sino una porción de la realidad social. Lo que en rigor era hasta 1916: una facción de rebeldes ambiciosos, simulando un romanticismo que por instantes los ennobleció. Y después de su ascenso al poder político, pudo haber descrito la figura del caudillo en su verdadera significación: una fuerza coercitiva propugnada por una opinión pública incapaz todavía de gobernarse y que, a falta de ideas, prefiere confiar en la buena voluntad de un hombre; fuerza coercitiva, que viniendo impuesta por las masas populares, las clases cultas le prestaron también su adhesión, más o menos expresa, porque comprendieron que en la actual desorientación política del mundo, nada mejor que adaptarse a este caudillo vigoroso, que por no traer, ni comprender ninguna necesidad ni exigencia concreta en sus propósitos, era un verdadero regalo que en bandejas de plata, un pueblo sin cultura le ofrecía a nuestra burguesía, floja y vulgar.

Pero sea esa u otra, la historia y la doctrina del Partido Radical, un intento de esa clase, era preferible a esta apología desesperante del Presidente de la República.

RAMÓN DOLL.

Hágase saber — Notifique Arturo Capdevila, por Claudio Fojas. Ed. "El Ateneo", 1929.

No hay duda que este Claudio Fojas es el tratadista más inteligente y eficaz de nuestra organización judicial. La Facultad de Derecho, los profesores lentos y kilométricos, los jueces solemnes y el Código de Procedimientos que no podemos leer sin un acento ibérico que involuntariamente nos produce su articulado, todo eso quiere que Claudio Fojas tome en serio a los personajes de nuestra justicia. ¡Y Claudio Fojas, que nó, que eso no es serio, ni impone a nadie por su aspecto, ni por su peso específico y que en consecuencia, al juez solemne, al abogadejo verboso y al procuradorcete analfabeto, lo mejor es reírsele en la cara, así, como él lo hace con tranquila audacia!

Convengamos en que es la primera vez que en nuestro país, el Palacio de Justicia, tiene su humorista. El explota con eficacia y gracejo desde el huerdo formulismo del estilo forense, que por momentos adquiere una rigurosidad reglamentaria de juego al truco, hasta la enorme desproporción que existe entre la aparatosisad judicial y su contenido tan lleno de miserias cotidianas, bajunas ambiciones y asquerosas vilezas.

Claudio Fojas conoce muy bien la vida, como se dice comúnmente, o "conoce del mundo sus cucañas" — diría Vizcacha; esto es, su perspicacia natural le permite constantemente, relacionar los hechos, los gestos, las palabras de los hombres a quienes trata todos los días, con sus

experiencias anteriores, es decir con los zarpazos y los bolazos que como buen mortal le habrán asestado una y mil veces. Y ese conocimiento infuso, hecho de reglas prácticas, sin otro fundamento que las analogías de las cosas, perceptibles a simple vista, le permite a Fojas, también, observar con habilidad el ajetreo judicial, que es, sin disputa, un punto estratégico para percibir la variedad y la intensidad de la vida humana.

Por eso Claudio Fojas sabe cómo un profesional voraz hace fracasar un buen arreglo cuando no le "arreglan" sus honorarios como él quisiera; sabe cómo nuestra profesión legal despierta en quienes la ejercen, qué se yo cuál instinto adquisitivo, ávido, brutal, que no tienen otras profesiones; y sabe también cuanto desvergüenza y cinismo llega a producir esa profesión, como para que un abogado que recibe del inquilino 500 pesos mensuales, para chicancar en un juicio de desalojo, pueda todavía darse el lujo de aconsejar.

Nada de extraño es entonces que Fojas haya podido escribir el precioso cuento *La inflexibilidad del juez Magnus*, lleno de cálida humanidad, fluyendo proporcionadamente entre los cuadros legales de algunos episodios; y las graciosas "trouvailles": El *Knock out técnico*, interesante por sorpresivo, así como *La verdadera intención*, de travieso sentido.

Quien conozca los procesos seguidos últimamente a los jugadores fulleros, apreciará la intención del escrito que se transcribe en el cuento titulado *Erasto Gómez versus Timoteo Latona*. Podría Fojas haber hecho notar también que, además, el estafado por los *pequeros* suele creer que es él, el que va a jugar con ventaja y con esa convicción empieza a jugar; de donde es tan pillo como sus contrincantes.

En *Bocetos y manchas de color* hay notas y sugerencias de valor distinto y algunos como el que dice: "La obsesión de aquel defensor de ausente era la de no haber conocido a ninguno" podría iniciar un capricho de Gómez de la Serna. (Exageración de un detalle nimio en escorzo respecto a los planos fundamentales).

Hay al final del libro un *Abéndice desglosable* (¿por qué no para correr por cuerda floja?) Comentario a un caso de violación, juzgado por los tribunales de Francia, con mucha y muy buena psicología penal y... de alcoba. ¿Qué podemos decir sobre ese estudio? ¿Que el tema es escabroso? La cuestión es saber orillar la grosería y la crudeza, por desagradables y antiestéticas y Fojas lo sabe hacer. Basta decir que la pimienta es de buena calidad y que donde conviene soslayar, el autor no se va al bulto como un vulgar; pero lo más importante es que todos, aun los que refunfunen, lo leen hasta el final.

Para terminar: *Hágase saber* constituye un nuevo acierto del humorista forense Claudio Fojas y no le observaríamos sino que con su gracejo y su habilidad de cuentista, está en condiciones de concentrarse más en su obra, evitando cierta dispersión que es quizás la única falla de este libro.

RAMÓN DOLL.

FILOSOFIA

Una teoría del yo como cultura, por Miguel A. Virasoro. Bs. As., 1928

LA brevedad de una nota bibliográfica me impide penetrar en este libro, el primero de Virasoro y el más jugoso y denso de nuestra producción bibliográfica del año anterior. Es una obra hondamente meditada, fruto de un espíritu que posee cabalmente la aptitud filosófica: heroísmo intelectual, singular fuerza de abstracción, auténtica inquietud

ante los últimos problemas. Mas para hacer de ella el estudio que merece no bastan los adjetivos; menester sería sumergirse en ella y repensarla con la misma intensidad con que ha sido pensada.

Quiero por ello detenerme en un aspecto marginal pero que reviste especial significación. En la actitud intelectual de Virasoro que atrae desde luego toda la adhesión de quienes poseen una idea precisa sobre la misión que incumbe a la nueva generación argentina. Francisco Luis Bernárdez ha señalado hace bien poco la actitud "dilettantesca" como el mal que ha viciado de raíz toda la labor intelectual de la pasada generación. El tema de la nuestra debe ser pues el opuesto. Y Virasoro por haberlo comprendido merece el entusiasta aplauso de quienes conocen el valor del ahincado estudio y de la noble inquietud.

Virasoro en efecto ha sustituido al saber en extensión que hasta ahora ha interesado entre nosotros, la comprensión profunda de problemas, escasos pero fundamentales. Ha advertido la necesidad de esa actitud perpendicular ante la vida que exaltara recientemente Keyserling en una de sus mejores conferencias. Le interesan los más trascendentales problemas del espíritu y en ellos se detiene y los analiza y los penetra con su anhelo, entre nosotros singular, de profundización. Pocas veces se ha paseado por las cosas nuestras una mirada que vaya tan directamente a lo esencial como la de Virasoro al referirse en su obra al problema de nuestra cultura. Y es que estamos acostumbrados a la consideración superficial y empírica de las cosas sin poner en nuestros juicios esa pesantez y esa hondura que solamente acuerda la visión filosófica de las mismas.

Homero Guglielmini en un brillante prólogo ha destacado los aspectos fundamentales de la obra. Sólo quería pues señalar lo que la actitud del autor significa para sus compañeros de generación. Una severa lección de ascetismo intelectual, un llamado a la serenidad, al estudio, a la meditación, únicos factores que, pasado el bullicioso alboroto del primer momento, pueden conferir a su obra un valor que hasta ahora no posee. Nada más opuesto en efecto al acostumbrado "dilettantismo" que la actitud de Virasoro que desde la posición idealista que ha adoptado, y gracias a la cual se libra del mero vagabundeo filosófico, estudia los problemas de la cultura, de la historia y ese vasto problema que es el espíritu de Paul Valéry. Las páginas que dedica al gran poeta francés constituyen un verdadero aporte a la bibliografía que alrededor de él se ha constituido y si el capítulo que dedica a la filosofía contemporánea peca de alguna precipitación, el que dedica a la cultura argentina es justo y cabal en sus conclusiones.

Puede que esa posición que por lo pronto es conveniente para Virasoro, constituya luego un lastre para sus investigaciones ulteriores. Toda prematura cristalización es peligrosa y cierra el acceso de otras influencias fecundantes. Pero confiemos en su transitoriedad y en que, al despojarse de ella, se libre Virasoro de la inmediata sugestión que haya podido ejercer sobre él un autor determinado, para alcanzar entonces la expresión plena y total de su personalidad.

MARIO PINTO.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN JUNIO

Novelas, cuentos, poemas en prosa, etc.

CONCHA ESPINA: *El Príncipe del Cantar*. (Novelas y Cuentos). Editorial Figarola Maurin. Boite Postale N° 155. Toulouse, H. S. France. 1 vol. de 216 págs. Precio: 5 pesetas.

- JOSÉ MARÍA DE ACOSTA: *El morbo*. Novela. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.). Renacimiento. Madrid. San Marcos, 42. Buenos Aires, Florida 251. 1 vol. de 298 págs. Precio: 5 pesetas.
- CLAUDIO FOJAS: *Hágase saber*. Narraciones, bocetos y manchas de color. Prólogo de Arturo Capdevila, Portada de A. Fernando Costa. "El Ateneo". Librería Científica y Literaria. Florida 371. Córdoba 2099. Buenos Aires. 1929. 1 vol de 172 págs.
- EUSTAQUIO PELLICER (hijo): *Del llano a la cumbre*. Narración novelesca. Editorial Minerva. Avenida de Mayo 560. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 96 págs.
- GERMÁN BERDIALES: *Padrino* y otros cuentos para niños y maestros. Ilustrc. de Hohmann. Editorial "Meterete". Buenos Aires. 1 vol. de 88 págs.
- BENJAMÍN PÉRET: ...*Et les scins mouraient...*. Collection "Nouvelles", N.º 7. Les Cahiers du Sud. Marseille, 10, Quai du Canal. 1 vol. de 112 páginas.

Verso

- ARTURO CAPDEVILA: *Simbad*. Canciones compuestas por callejas de España, por ruas y largos de Portugal, por senderos de Francia y otras vueltas de la tierra y del mar. Cabaut y Cia. Librería del Colegio. Alsina y Bolívar. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 136-XVI págs.
- ARMANDO GODOY: *Le drame de la Passion*. Quatrième édition. Emile-Paul Frères. 14, rue de l'Abbaye. París. 1929. 1 vol. de 128 págs. Prix. 15 francos.
- ROMANCERO DEL CID: Biblioteca de Humanidades. Colección de obras notables destinada a los colegios y personas cultas. Editorial Lambda. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 120 págs. Precio: Un peso.
- CLEMENTINA I. AZLOR: *Ritmos en el camino*. Editorial Tor. Río de Janeiro 760. Buenos Aires. 1 vol. de 128 págs
- ENRIQUE P. MARONI: *La humilde cosecha*. Con un prólogo de Enrique González Tuñón. Segunda edición. Arnoldo Moen, editor. Cangallo 1014. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 112 págs.
- ENRIQUE DE ANTÓN: *Suspiros*. Editor: Julio Suárez. Lavalle 558. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 66 págs.
- GUILLERMO SARAVÍ: *El supremo entrerriano*. (Poema histórico). Imprenta López. Perú 662-68. Buenos Aires. 1920. 1 vol. de 150 págs.
- PEDRO S. CHERRUTTI: *Los jardines del iluso*. Poesías. Editorial Tor. Río de Janeiro 760. Buenos Aires. 1 vol. de 112 págs.
- TERESA RAMOS CARRIÓN: *Granada en flor*. Poesías. Editorial Tor. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 144 págs.

Crítica, Historia Literaria, Ensayos

- MEDITERRÁNEA: *Homenaje a Armand Godoy*. 3.º Année, N.º 27. Mars 1929. París. 1 vol. de 244 págs. con ilustraciones Prix: 20 francos.
- JEAN LARNAC: *Histoire de la Litterature féminine en France*. "Les Documentaires". Editions Kra, 56, rue Rodier, París. 1929. 1 vol. de 298 págs.
- MAURO FRÍA LAGONI: *Concha Espina y sus críticos*. Documento para la Historia de la Literatura Española. Editorial Figarola Maurin. Boite Postale 155 Toulouse. France. 1929. 1 vol. de 424 págs. Precio: 8 pesetas.
- FAUSTINO BRUGHETTI: *Almafuerite*. (De mis memorias). La Plata. 1929. 1 vol. de 212 págs.

- MAX HENRIQUEZ UREÑA: *Tablas cronológicas de la Literatura Cubana*. Ediciones "Archipiélago." Santiago de Cuba. 1929. 1 folleto de 20 páginas.
- CIRO NAVA: *El libro de los fragmentos*. (Páginas de ayer y de hoy). Ediciones "Leranos". Maracaibo. Venezuela. Editado en la "Impimerie Solsona". Rue Hallé, 9. París. 1 vol. de 60 págs.
- ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA: *El tonel de Diógenes*. Librería y Editorial "La Facultad". Juan Roldán y Cia. Florida 359. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 216 págs.

Política, Derecho, Economía, Sociología, etc.

- A. DE CARLO: *Reflexiones de un obrero*. Editorial Tor. Río de Janeiro 760. Buenos Aires. 1 vol. de 160 págs. Precio: \$ 0.50.
- GEORG FR. NICOLAI: *Homenaje de despedida a la tradición de Córdoba, docta y santa*. Buenos Aires. Sociedad de Publicaciones "El Inca". 1 vol. de 80 págs.
- MANUEL PINTO: *La República Argentina y la organización internacional del trabajo*. Conferencia pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias de "La Prensa", 1928. Buenos Aires, mayo 1929. 1 folleto de 24 págs.

Historia, Crónica, Memorias, Biografías, Viajes, etc.

- El Monumentum Ancyratum*. Estudio crítico realizado en el Seminario de Historia de la Civilización de la Facultad de Filosofía y Letras. Curso 1925-1926. Dirigido por el profesor CLEMENTE RICCI. Buenos Aires. Talleres S. A. Casa Jacobo Peuser, Ltda. 1928. 1 vol. de 84 XXXIV págs.
- LUIS BERTONI FLORES: *Cielo, mar y tierra*. (A bordo de la "Sarmiento"). Buenos Aires. Librería y Editorial "La Facultad", de Juan Roldán y Cia. Florida 359. 1929. 1 vol. de 256 págs.
- MANUEL MÉNDEZ VALDÉS: *Siete meses condenado a muerte*. Prólogo envío de Luis Araquistain a Henri Barbusse. Editorial España Madrid. 1929. 1 vol. de 262 págs. Precio: 5 pesetas.
- GUILLERMO FELIÚ CRUZ: *Un libelo sobre el general San Martín*. Notas históricas y bibliográficas. Santiago de Chile. 1929. 1 folleto de 44 páginas.
- FRANÇOIS DALENCOUR: *Alexandre Pétion devant l'humanité*. Alexandre Pétion et Simon Bolivar. Haïti et l'Amérique Latine. MARION AINÉ: *Expedition de Bolivar*. En vente chez l'auteur. 340, rue Féron. Port-au-Prince. 1 vol. de 132 págs.

Filosofía

- JOSÉ INGENIEROS: *El hombre mediocre*. Obra completa y documentos. Edición póstuma, por el hermano del autor. Editorial Pablo Ingenieros. Monte Dinero 2557. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 248 págs. Precio: Un peso.
- FRANCISCO ROMERO: *Índice de problemas*. De "Humanidades", tomo XIX, págs. 181 a 194. Buenos Aires. 1929. 1 folleto de 16 págs.

Educación

- J. BARCÓN OLESA: *Compendio sinóptico de Pedagogía y de La Nueva Educación*. Juan Perrotti, editor. Reconquista 283 y 669. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 82 págs.

Filología

- AUGUSTO ARTHABER: *Dizionario comparato di proverbi e modi proverbiali*. Italiani, Latini, Francesi, Spagnoli, Tedeschi, Inglesi e Greci antichi, con relativi indici sistematico-alfabetici Supplemento ai dizionari delle principali lingue moderne e antiche. Milano. Ulrico Hoepli, Editore. 1929. 1 vol. de 892 págs. Precio: 32 liras.

Teatro

- GIUSEPPE CAPRARELLI: *Le tre muse*. Scherzo comico in un atto. Palermo. Tipografia Modernissima. 1928. A. VII. 1 folleto de 40 págs. Precio: 2 liras.
- RICARDO ROJAS: *Eletín*. Drama en tres actos y en verso. Buenos Aires. Librería y Editorial "La Facultad", de Juan Roldán y Cia. Florida 359. 1929. 1 vol. de 224 págs.

Música

- LUIS V. OCHOA: *Apuntes sobre el órgano*. Buenos Aires. 1 folleto de 26 págs.

Literatura

- JUAN BAUTISTA GÓMEZ: *Voces íntimas*. Prosa y verso. Buenos Aires. J. Lajouane y Cia., editores. Bolívar 270. 1929. 1 vol. de 128 págs.

Varios

- CLEMENTE RICCI: *Las pictografías de Córdoba*. Interpretadas por el culto solar y la Astronomía de la América Precolombina. Reproducido de "La Reforma", Revista argentina de Religión, Educación, Historia, Ciencias Sociales y Revista de Revistas. Diciembre de 1928. Buenos Aires. 1928. 1 folleto de 26 págs.
- ESTADOS UNIDOS MEXICANOS. DEPARTAMENTO DE LA ESTADÍSTICA NACIONAL. DIRECCIÓN DE EXPOSICIÓN ESTADÍSTICA: *Resumen del Comercio Exterior y Navegación*. Primer semestre de los años 1927 y 1928. México. 1928. 1 vol. de 96 págs.
- ERNESTO QUESADA: *Der Kommende Kulturzyklus, Russisch oder Amerikanisch? Slaven aus Asien oder Indianer aus Amerika?* Sonderdruck aus "Die Botcherstrasse". Jahrgang 1, Heft 6, October 1928. Bremen, Angelsachsen. Verlag. 1928. 1 folleto de 8 págs.
- JUAN CHARÁS: *Madrid*. "Enciclopedia Gráfica". Revista mensual. Tomo letra M. Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, 382. Barcelona. 1 fascículo de 64 págs. Precio: 1,25 pesetas.
- INSTITUTO DE MEDICINA EXPERIMENTAL PARA EL ESTUDIO Y EL TRATAMIENTO DEL CÁNCER: *Memoria anual correspondiente a 1928*. Por el director Dr. A. H. Roffo. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1929. 1 vol. de 288 págs.

NOTAS Y COMENTARIOS

PAUL GROUSSAC

EL 27 de junio falleció a los 81 años de edad, Paul Groussac. Historiador, crítico de arte y de letras, filólogo, sociólogo viajero, novelista, dramaturgo — un polígrafo y un erudito que era a la vez un artista — con él ha desaparecido un indudable maestro de varias generaciones argentinas.

Nosotros, que rindió a Groussac en vida, en 1919, con motivo de la publicación de su libro *Los que pasaban*, un señalado homenaje, por el número y la calificación intelectual de las personas que a él concurrieron, le debe otro homenaje postrero, como se lo ha tributado, desde el día de la muerte de Rubén Darío, a los más ilustres escritores argentinos y americanos.

El próximo número estará enteramente consagrado a recordar la vida ejemplar de trabajador intelectual y a estudiar la obra de Paul Groussac. Por la calidad de los escritores que hemos invitado a colaborar en él — y de quienes no dudamos que lo harán — este número será digno de los anteriores de la misma índole y de la memoria del ilustre director de nuestra Biblioteca Nacional.

BELISARIO J. MONTERO

BELISARIO J. Montero era un hombre del siglo pasado. Le había tocado actuar en el momento en que aquí empezaba a experimentarse la inquietud de la cultura moderna. Se había sentado en los bancos de la primitiva Universidad de Buenos Aires, cuya vida heroica contó en uno de sus últimos libros. Había

pertenecido a una generación inteligente, curiosa, fina y librepensadora, a la generación privilegiada que podía llegar a la cultura antes de que la cultura se democratizara. Se había nutrido de Europa conservandó la dignidad de hidalgo español, tipo racial de que ya apenas queda ejemplo entre nosotros.

En su último libro — *Miguel Cané* — ha trazado un esquema movido de lo que fué la generación que lo tuvo en sí como elemento activo. Romántica en arte, en ciencia, en política, fué sorprendida por el naturalismo y el modernismo a la llegada de los autores franceses, ya considerados como maestros, cuyas obras eran esperadas con tanto fervor como si su llegada equivaliera a una liberación. Toda ella se orienta espiritualmente hacia Francia, en cuyo idioma le llegaba la cultura universal.

La predicación de su espíritu y la actividad diplomática desarrollada desde temprano le mantuvieron y afirmaron la inteligencia en el campo de las ideas claras y de los sentimientos finos. Pensaba con soltura, escribía con gracia y facilidad. La línea de su pensamiento y la agilidad de su estilo recuerdan mucho a Taine, a quien no imitaba, pero a quien tampoco negaba una admiración justamente razonable. Era un escritor por necesidad espiritual, sin hacer profesionalismo. Sabía diseñar con nitidez y movimiento personajes — Miguel Cané en su último libro; Adolfo Alsina en un capítulo de *Conversaciones sobre filosofía y arte* — o bien elementos inasibles e invisibles cuya vida se manifiesta en las reacciones de las cosas próximas — *el átomo* "indivisible" de la antigua química —, verdadero personaje de su *Enseñanza de la vieja química* — personaje que recomendaríamos a nuestros novelistas.

Había viajado por Europa entera y se había llenado de ciencia y de arte. Hasta poco antes de morir andaba con su figura simpática por ahí, curioseando, enterándose, riendo. Todavía era para él el mundo un maravilloso espectáculo. Le gustaba la buena mesa y la buena conversación. Las anécdotas que solía contar de su larga carrera diplomática — con una alegría de colegial — tenían siempre algo que ver con un buen plato o con un vino antiguo. Seguía las novedades de las ideas y estando con él aprendía uno a sonreír.

Vicente di Napoli Vita.

UN viejo amigo de Nosotros, Vicente di Nápoli Vita, cronista teatral de *La Patria degli italiani* durante más de treinta años, se ha retirado de esta absorbente actividad, acogíendose a un bien ganado descanso, que, justicia es publicarlo, el propio diario ha querido asegurarle.

Nápoli Vita llegó a la República Argentina en 1896, como empresario de la compañía Pantalena; al volver, al año siguiente, aquí se quedó, incorporándose a *La Patria* como crítico de arte. Sus crónicas, bien informadas, animadas, espontáneas, ponderadas, aunque más benévolas que severas, pues las penetraba una filosófica tolerancia y comprensión de la vanidad del mundo de las bambalinas y de cantantes y actores, firmadas durante largos años con el pseudónimo de *Dicenzi*, le ganaron un justo prestigio en nuestro mundillo teatral y aun en el mercado teatral italiano. Nuestro teatro, que él vió nacer y cuyos primeros pasos alentó, le debe no pocos estímulos: conviene recordar que a él se debe la traducción italiana de *M'hijo el doctor* de Florencio Sánchez. El mismo di Nápoli Vita relató en el número 6° de Nosotros, que dedicamos en vida a Florencio Sánchez, en ocasión del estreno de *Los Derechos de la Salud*, cómo fué inducido a traducir la primera comedia famosa del comediógrafo uruguayo, el mismo año 1903 de su estreno, para la compañía dramática italiana de Antonio Bolognesi y Ema Pirovano, que actuaba en el Argentino.

Nuestro colega ha sido despedido de su vida periodística cotidiana, con dos demostraciones, ofrecidas, la una por sus colegas de redacción, la otra, por todos sus amigos argentinos e italianos. En esta última, que fué una cordial y simpática fiesta, en la cual tuvieron palabras cariñosas y de alto encomio para el amigo, dos viejos periodistas italianos, residentes, Alfredo Maggi y el doctor Rivera, hubiéramos deseado ver sentados, junto al presidente del Círculo de la Prensa que le presidió, señor Fulle, muchos periodistas argentinos, los críticos principalmente, que le debían ese recuerdo al colega, y también muchos actores y artistas, que le debían algo más que un homenaje de simpatía. A ambos directores de Nosotros les fué grato estar presentes en el

banquete, para llevarle a su amigo y colega, el saludo de esta revista.

Alberto M. Candiotti.

DESPUÉS de una permanencia entre nosotros de cerca de ocho meses, ha partido para Europa nuestro amigo Alberto M. Candiotti, a hacerse cargo de la Legación Argentina en Grecia y Checoeslovaquia, de reciente creación.

Al ascenderlo al cargo de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de la República, el gobierno ha premiado en Alberto M. Candiotti, su brillante actuación en la carrera consular, que ha escalonado paso a paso por indiscutibles méritos.

En distintas ocasiones hemos señalado el paso de Candiotti por esta casa, y siempre ha sido para expresarle nuestro afecto y exaltar sus dotes de diplomático moderno y capaz, que hacen de él uno de los agentes más eficaces con que cuenta nuestro país en el exterior.

Cuando ya va llegando a los altos puestos finales de su carrera, nos congratulamos haciendo notar que se ha hecho justicia, alguna vez, a la contracción al trabajo, al entusiasmo y la preparación, a todas esas dotes que constituyen el rico acervo personal del flamante Ministro en Grecia y Checoeslovaquia.

Cipriano Rivas Cherif.

HA venido a Buenos Aires como asesor literario de la Compañía de Comedias Heredia, este inquieto escritor, cuya característica personalidad es familiar a quienes frecuentan las letras españolas del momento.

Rivas Cherif es poeta y muy fino poeta, pero el teatro le atrae señaladamente. Su iniciativa del teatro de arte *Caracol*, en Madrid, le acredita como organizador y como actor brillante.

Su breve paso entre nosotros lo ha marcado con una interesante disertación sobre las características de la poesía lírica de nuestra lengua, que ilustró con lecturas e interpretación de composiciones varias, a manera de ejemplos entre las cuales mu-

chas de los poetas argentinos, Banchs, Capdevila, Fernández Moreno, Borges, González Carbalho y Méndez Calzada.

Ante un público no muy abundante, pero calificado y que siguió con gran atención la palabra de Rivas Cherif, éste, durante un par de horas, con destreza, buen gusto y demostrando conocer profundamente el tema, charló lleno de amenidad, llevándonos a través de varias épocas de lírica de nuestra lengua, tan rica y tan bien representada.

NOSOTROS estrecha la mano del compañero, lamentando el corto espacio de tiempo de su visita.

Una encuesta de "La Razón". Respuesta de nuestro director Alfredo A. Bianchi.

EL importante diario porteño de la tarde, *La Razón*, viene realizando desde hace algún tiempo una interesante encuesta entre nuestros intelectuales sobre la producción bibliográfica actual. Interrogado al respecto nuestro director Alfredo A. Bianchi, contestó al redactor de dicho diario en la siguiente forma:

—¿Qué puede usted decirnos acerca de nuestra producción bibliográfica? — preguntamos a Alfredo A. Bianchi, a quien entrevistamos en su despacho de la dirección de la revista *Nosotros*.

Nuestro interrogado guarda un instante de silencio, inmediatamente nos mira sonriente y nos dice:

—En cuanto a su cantidad, la producción bibliográfica argentina me parece considerable, y en lo que se refiere a su calidad, la considero muy superior a la de hace unos veinte años. Existen en realidad — prosigue — un buen porcentaje de escritores que hicieron su aparición en estos últimos veinte años, y cuyo prestigio intelectual se encuentra ya consolidado, y me refiero especialmente a la generación que se ha dado en llamar de *Nosotros*, calificación acertadamente impuesta por Julio Noé en su importante *Antología de la poesía argentina moderna*. Esta generación, aun cuando se ha pretendido negarla en absoluto, nos ha dado poetas como Enrique Banchs y Fernández Moreno, que pueden contarse entre los mejores poetas que escriben hoy en día en lengua castellana.

Y no sólo éstos — agrega seguidamente —, sino también poetas como Evaristo Carriego, Arturo Capdevila, Rafael Alberto Arrieta, Fernán Félix de Amador, Arturo Marasso, Ernesto Mario Barreda, Juan Pedro Calou, Pedro Miguel Obligado, Alfonsina Storni, Rafael de Diego, Vázquez Cey, Allende Iragorri.

Nos ha dado prosistas — continúa — de la talla de Roberto F. Giusti, a quien cito no obstante que, quizá, se juzgue mi juicio como parcial, porque entiendo que después de Groussac, ha sido el único crítico que ha tenido el país. En esa misma generación deben, asimismo, incluirse a varios escritores que, aun cuando ya habían comenzado a escribir antes

de la aparición de la revista *Nosotros*, han conseguido, como dijera antes, su verdadero prestigio intelectual, durante estos últimos veinte años...

—¿Quiénes son? — inquirimos.

Ricardo Rojas, Atilio Chiappori, Emilio Becher, Horacio Quiroga, Benito Lynch, Manuel Gálvez, Alberto Gerchunoff y Mariano Antonio Barrenechea. Con respecto a Gálvez, quiero hacer la salvedad de que en mi opinión ha ido perdiendo su primitivo valor. Sus tres primeras novelas *La maestra normal*, *El mal metafísico* y *La sombra del convento*, son un hermoso exponente; en cuanto al resto de su producción, debo confesar que, excepto *Historia de arrabal*, una novela de corta extensión, nunca pude terminar la lectura de sus otras novelas. Igualmente — prosigue — deseo hacer una aclaración acerca de Gerchunoff, y aprovecho la circunstancia de esta entrevista para hacerla desde las columnas de *La Razón*, y es ésta: Gerchunoff nos debe un trilogía de novelas enterrianas, desde hace más de veinte años, y cuyo anticipo nos lo dió en su obra inicial *Los gauchos judíos*, que es un notable aporte a nuestro acervo literario.

Entre los prosistas surgidos realmente en la generación de *Nosotros* —continúa — se encuentran Julio Noé, Alfonso de Laferrere, Alvaro Melián Lafinur, Nicolás Coronado, Anibal Ponce, Emilio Suárez Calimano, Carlos Muzzio Sáenz Peña, Enrique Méndez Calzada, Roberto Gache, Pablo della Costa, Arturo Cancela, José Gabriel, Antonio Aita, Luis Pascarella, Juan B. González, Morales, Aramburu, Estrella Gutiérrez y otros.

Creo, pues, — concluye — que un país que puede ofrecer una exposición de nombres como la expuesta no debe sentirse descontento ni se encuentra en el trance de negar la existencia de un sólido núcleo intelectual, como asimismo, no puede dudar del valor estimable de su producción literaria...

—¿Y qué valor le asigna usted a la obra de los escritores de esa generación?

—Le asigno una gran importancia — nos replica con viveza — toda vez que con ellos surgió realmente la poesía, la crítica, el cuento, la novela y el ensayo en nuestro país.

—¿Y Payró, Ingenieros, Lugones, Carlos Octavio Bunge, Larreta, Estrada? — inquirimos asombrados.

—La pregunta que ustedes me formulan ahora me pone realmente en un gran aprieto — nos contesta tras una ligera pausa. — No niego el valor de los escritores que ustedes me citan; es más, reconozco todo lo que ellos significaron y siguen significando en nuestra vida intelectual; pero, al citar a los escritores aparecidos con posterioridad a ellos, he querido destacar, y aprovecho la oportunidad para hacerlo, la circunstancia de que a partir de 1910 recién se hizo en nuestro país verdadero profesionalismo intelectual. Este es el mérito substancial que cabe reconocer en los escritores de la generación de *Nosotros*. En cuanto a los de las generaciones anteriores los considero maestros y soy el primero en aquilatar los valores que ellos representan en el campo de nuestra actividad literaria.

—Y de la nueva generación ¿qué puede decirnos?

—Mucho y de todo, — nos contesta en seguida Alfredo Bianchi — Hoy que han desaparecido los órganos periodísticos que le servían de estandarte y que no se escuchan sus estridencias y sus insolencias, ya algunos de ellos han sido los primeros en reconocer el fracaso de esa nueva generación surgida con tantos bombos y platillos.

Sin embargo — prosigue nuestro interrogado — yo no creo en el fracaso de la nueva generación. En la vida de ella se produjo un fenómeno

que es común en todas las generaciones literarias. El tiempo se ha encargado, en parte, de operar una selección de valores y mientras, por un lado, desaparecían muchos nombres, en cambio, por otra parte, han surgido algunas figuras estimables y de las que nos es dado esperar una obra de positivo valor artístico.

—¿Y en quiénes de los jóvenes tiene usted realmente confianza?

—El primer valor digno de destacarse es, fuera de toda duda, Ricardo Güiraldes, prematuramente desaparecido, pero que acreditó en su obra valores positivos e innegables.

Creo — prosigue — y así lo he hecho saber en otra oportunidad, que “Borges, Bernardes y Marechal son tres poetas que cuando escriban para el tiempo y no para el momento fugaz, buscando el aplauso del “grupito”, harán páginas perennes. Ricardo Molinari y José Sebastián Tallon son otros dos poetas jóvenes de verdadero valor. Como ensayista y crítico tienen los jóvenes un futuro maestro en Homero Guglielmini; con la sólida cultura que posee, su talento y ágil prosa, el porvenir le pertenece”.

Alvaro Yunque creo que es único en su género. Como cuentista de niños es un maestro. Barletta nos ha dado dos o tres novelas que nos hacen esperar de él, quizás, el mejor novelista de su generación. Elías Castelnuovo nos dió con *Tinieblas* un buen libro primerizo, pero en su obra posterior no ha hecho otra cosa que repetirse. Héctor Eandi, Eduardo Mallea y Roberto Mariani, son también cuentistas de talento.

Hay en la nueva generación poetas valiosos de la talla de Pedroni, Nalé Roxlo, Etcheverrigaray, Córdova Iturburu, González Carbalho, Jorge Obligado, Franco, Rega Molina, Raúl González Tuñón y M. López Palermo.

Hay también, en esta generación, un estimable grupo de poetisas, entre las que es menester citar a Rosa García Costa, Nydia Lamarque, Susana Calandrelli, María Alicia Domínguez y Emilia Bertolé.

Y entre los últimamente revelados por Nosotros, citaré a Ramón Doll, Mario Pinto, José Bianco (hijo) y Domingo Arizaga.

Alfredo Bianchi queda en silencio un instante como tratando de recordar nuevos nombres de escritores jóvenes que agregar a la lista que nos ha ofrecido, pero de pronto nos sorprende con una afirmación que no esperábamos:

—Descubro — nos dice — en la nueva generación, o mejor dicho, entre varios elementos de la nueva generación, el prurito de negar sistemáticamente a los escritores de la llamada vieja generación literaria argentina, y en mi trato continuo con la mayoría de los jóvenes he comprobado con profundo estupor que eso es producto de la sistemática ignorancia que tienen acerca de toda la obra de los escritores que los han precedido.

Hecha la aclaración, nuestro entrevistado, no sin dejar traslucir cierto dejo de dolor en sus palabras, nos expresa lo siguiente:

—No obstante la gran inquina que han evidenciado hacia NOSOTROS los escritores de la nueva generación, la mayoría de ellos se han formado en esta revista; y quiero poner de manifiesto una vez más que fui yo quien, en junio de 1923, convoqué a cuatro escritores jóvenes que eran: Homero Guglielmini, Brandan Caraffa, Roberto Ortelli y Roberto Smith, para que fundaran la revista *Inicial*, porque los consideré, entonces, los más capaces para orientar y dirigir en forma definitiva a la nueva generación.

Cuando recién se había iniciado el movimiento ultraísta en España, cuyo primer órgano fué la revista *Grecia*, fui el primero en destacar de entre los colaboradores de la misma el nombre de Jorge Luis Borges, como el más representativo de los colaboradores de dicha publicación.

fuera argentino. No bien llegó a nuestro país, en 1921, le hice exponer en NOSOTROS la novísima estética, porque queríamos hacer conocer con ese y otros artículos los principios estéticos de las nuevas escuelas literarias y artísticas.

Todo ello viene a demostrar — agrega Bianchi — que nunca fuimos incomprensivos, pues fué en NOSOTROS donde por primera vez se publicaron en el país poemas ultraístas, los que estaban firmados por Borges, Francisco Piñero, Norah Lange, Clotilde Luisi, Elena Martínez, Roberto Ortelli, Guillermo Juan y Eduardo González Lanuza; y finalmente — concluye nuestro interrogado — fué también en NOSOTROS donde se realizó la primera encuesta sobre la nueva generación literaria, la que vino a darle carta de ciudadanía en el país.

Impulso a la enseñanza superior e investigación científica en el Uruguay.

UNA felicísima y original iniciativa del reputado pensador uruguayo doctor Carlos Vaz Ferreira ha sido aprobada por el Consejo Universitario de Montevideo, tendiente a dar eficaz impulso en aquel país a las superiores actividades del espíritu investigador; y el sentido práctico que anima al proyecto (que cordialmente esperamos ver pronto convertido en realidad) hace confiar en que sus frutos serán tan efectivos como su autor y el Consejo los desean.

Se trata de una organización sencilla y muy flexible, consistente en crear, por lo pronto, quince cátedras libres de las siguientes materias:

Una de ciencias matemáticas (esta designación, como todas las siguientes, se entenderá en un sentido amplio, comprendiendo ciencias afines, conexiones y proyecciones de cada rama científica).

Una de ciencias astronómicas.

Una de ciencias físicas.

Una de ciencias biológicas.

Una de filosofía del derecho y de las ciencias jurídicas.

Una de ciencias sociales y económicas, con aplicación especial al problema social.

Una de ciencias históricas en general.

Una de historia nacional y americana.

Una de estética y filosofía del arte.

Una de historia del arte.

Una de filosofía de las ciencias.

Una de historia de las religiones.

Una de psicología.

Una de filosofía.

Una de pedagogía y ciencias correlacionadas.

Y cinco cátedras más, cuyas materias irá determinando el Consejo Directivo del Instituto de Estudios Superiores, que así se denomina la fundación.

La misión de esas cátedras no se relaciona ni interfiere con las de las facultades profesionales existentes, ni otorgará títulos directamente relacionados con ninguna clase de ejercicio profesional. Tiende escuetamente al cultivo de la ciencia por la ciencia misma; a profundizar, por ejemplo, los conocimientos de índole jurídica sin tomar en cuenta el que ellos tengan o no aplicación inmediata en el oficio de abogado o de juez; posición cuyo alcance trascendentalmente *práctico* no se ocultará a ninguna persona competente.

A tal objeto establece que las ideas que expongan los profesores estarán libres de cualquier traba, y la asistencia de los discípulos absolutamente librada a la voluntad de los que quieran inscribirse, en condiciones de completa gratuidad y sin necesidad de presentar título alguno.

Los profesores serán nombrados por concurso de oposición o por designación directa en casos de muy notoria capacidad, y serán remunerados con 200 pesos oro mensuales.

Además (y este es detalle de los más importantes e inteligentes) el Instituto facilitará a cualquier persona que desee emprender algun investigación los medios materiales para realizarla, comprando para su uso los libros y útiles que pida y proveyéndola de laboratorio, personal auxiliar, etc. Explica el doctor Vaz Ferreira que de este modo, se podrá efectiva y económicamente favorecer la investigación mucho mejor que tratando de instalar bibliotecas y laboratorios costosísimos, con pretensiones de abastecimiento general, pero en los que, fatalmente, casi siempre faltaría gran parte de lo que precisamente se necesita en cada caso particular.

Sin extendernos más en la descripción del plan creemos haber dado con lo dicho sintética idea sobre su carácter, pudiendo quien desee más detalles, informarse en el núm. 3, T. IV de los

Archivos de la Universidad de Buenos Aires (mayo 1929) de donde nosotros mismos extraemos las noticias dadas.

Entendemos que la Argentina y demás naciones hermanas del continente hallarían gran provecho en imitar la ingeniosa y altamente inspirada iniciativa, por la que nos complacemos en felicitar fraternalmente a su autor y al Consejo Universitario que la ha adoptado. — C. V. D. (*).

Dictadura y libertad.

LA *Société d'Amis de la Littérature Etrangère* de Leningrado, que funciona en el *Palais de la Presse* ubicado en la *Place Verevsky, número 2* (tal es la dirección postal), solicitó en una conceptuosa carta, de la dirección de NOSOTROS, el envío gratuito de la revista. Así se hizo desde el número 234. Pero el número 238 — del mes de marzo — nos ha sido devuelto por la censura rusa, con esta leyenda sellada, en francés: "Retour comme interdit à l'entrée par l'Administration des ouvrages de presse". El número viene con las páginas cortadas y revisadas desde la 161 con que se inicia, hasta la 224, en que el censor no ha necesitado leer más. No parece haberle molestado un poe-

(*) Compuesto ya el texto de esta nota, ha sido publicada información sobre una concordante fundación del millonario norteamericano Mr. Guggenheim, quien ha instituido un capital de un millón de dólares para destinar sus intereses a subvencionar a los estudiosos de cualquier nación americana que deseen llevar adelante investigaciones originales sobre cualquier materia científica, artística, literaria o histórica, y carezcan de los recursos necesarios. Dichas subvenciones serán otorgadas a cualesquiera personas, sin distinción de nacionalidad americana, raza, religión o tendencias, que prueben capacidad para su objeto investigador en cualquiera de las distintas ramas mencionadas y tengan de 30 a 45 años de edad; facilitándoles el traslado, residencia temporaria y materiales en el lugar que cada uno de ellos designe.

La dotación, como se ve, está altamente inspirada en el progreso desinteresado de los conocimientos y en un amplio liberalismo; pues si bien hay la relativa restricción de limitarla al continente americano, es, por lo demás, abiertamente liberal.

Constituye, al mismo tiempo, — aun cuando pueda no haber estado ello en la mente del generoso donante —, la más eficaz respuesta que podría darse a cierto género de "latinoamericanistas" que sólo quieren ver en la gran nación del norte un exponente de "grosero materialismo" y reservan para las naciones del sud o las del mediterráneo europeo el monopolio de la afección por los nobles ideales.... A menos que no vean también en ello una astuta manifestación del "imperialismo yankee"!

ma en prosa, otro en verso, un estudio crítico y unas notas de música y teatro; el censor se ha parado en seco, en la mitad de un artículo de Jorge Walter Perkins, titulado *Punto final fascista*, el cual comienza de este modo: "Quien observe con alguna atención el régimen maximalista ruso y el de Mussolini, en Italia, encontrará, sin violencia, una similitud impresionante" — y continúa desarrollando a lo largo de sus páginas este mismo pensamiento.

Creemos que no carece de interés señalar el hecho, y por eso lo relatamos. Desde luego debe agradecerse a la censura rusa su franqueza, al devolver los impresos que no le agradan, manifestando implícitamente por qué no le agradan. Pero cada día que pasa nos felicitamos más de que nosotros vivamos bajo un régimen, el cual, con todos sus innumerables defectos, nos ofrece la impagable ventaja de permitirnos escribir lo que se nos antoja y leer libremente cuanto se escribe.

Mensaje celestial.

HA llegado a *La Nación*, "para el grupo Nosotros", y un compañero de esa redacción nos ha transmitido, una carta con el siguiente mensaje, cuyos conceptos limpidísimos deseamos que lleguen también a nuestros lectores.

saN juAN de puertO riCO,
atalaYA de los dioSES,
mayo 21 - 1929.

Sres. LITERatos del "gruPO nosoTROS",
bueNOS aiRES. argentiNA.

HERMANos:

Como las Aguilas se unen, aSI este torbellino de locos sienten el divino placer de unir sus corazones a los vuestros - salud y locura.

Si nuestra tierra estA muerta entre las malditas uñas yanquis, no penSEIS que tambIEN sucumbimos como viles parias que sienten amor al arrastrar el YUgo. Somos lo que somos — locos como crisTO — y formamos el "atalaYA" de los dioses" — que la verdadera locura es la del mismo diOS.

Nos atormenta el deseo — no de subirlas — sino de romper las escaleras que sirven de escalas a los humanos — ya saBEIS que los que tienen alas, no necesitan cuerdas.

Os conocemos desde hace siglos. Erais lo que sois — minoristas de sol, gruPO nosoTROS, grupo de soledad, pero uniON de divinidades — porque los dioses son mudos como las estatuas del olviDO.

Si sois lo que somos, recibid nuestro saludo, nuestras almas olorosas a sangre de rosas, y verEIS COmo somos uno en la ascENSION del supremo deliTO—; y argenTINA y puerTO riCO se estrechaRAN en un abrazo de siGLOS!

Vuestros hermanos en el cero de la eterniDAD,

Firman los señores Grasianny Miranda Archilla, Alfredo Margenat Anatolio Rodríguez Castillo, C. Soto Vélez, Antonio Cruz y Nieves, y Pedro Carrasquilla. Bien se ve que no es uno solo, sino que son seis, estos locos como Cristo, que tanto nos honran al considerarnos hermanos, lo que acrecienta la significación del mensaje.

Este nos ha sido enviado en un sobre, cuyo membrete dice: *Government of Porto Rico. Office of the Commissioner of Education. San Juan. P. R.* — de donde inferimos que nuestros hermanos del atalaYA de los dioSES, tal vez colaboran con el señor Comisionado de Educación yanqui, en la tarea de educar a los portorriqueños a proveerse de las alas necesarias para escapar a “las malditas uñas”.

Quien quiera establecer con ellos relaciones directas, puede escribir al Apartado 103 (San Juan de Puerto Rico), pues es en esa casilla de correo donde provisoriamente reciben su correspondencia la atalaYA de los dioSES.

Por nuestra parte, les agradecemos su fraternal saludo, y les avisamos para su satisfacción, que sí, que aquí también son muchos los que pueden responderles, y en la misma prosa de minoristas del sol: “Somos lo que sois”!

“1929”, revista de avance.

CON el número de marzo último entró esta revista en el tercer año de vida.

Nada tropical, hecha de circunspección, moderna y sin irreflexión al mismo tiempo, con alto sentido del equilibrio, de la medida, de la sencillez.

Francisco Ichaso, Felix Lizaso, Jorge Mañach y Juan Marinello animan sus páginas, que vienen recogiendo hasta hoy lo mejor del pensamiento cubano.

Una presentación nítida, un formato manuable, y brevedad, que es concisión, en los temas.

Es una hija espiritual de *La Revista de Occidente*, en la que mucho se inspira; pero, como hija, más atrevida y, a veces, más casquivana.

Su juventud es fresca y es intuición. En el frontispicio se copian unos conceptos de Azorin así expresados:

“¿Y es que la juventud, con su sensibilidad virgen, intacta, no tiene un poder de receptibilidad acaso superior a la receptibilidad de los viejos? Si los viejos tienen el poder de la síntesis, ¿no tendrán los jóvenes este poder de receptividad para la sensación nueva, que es el que hace revolucionar la estética y prepara los elementos para la futura síntesis?”

Ese *poder de receptividad* es la intuición, a la que se llega porque antes alguien ostentó un *poder de síntesis*. Toda la tarea de la juventud es adivinar, para, más tarde, sobre esa adivinación, coordinar la reflexión, por la cual se llega a la síntesis, objeto de cada vida y de la suma de vidas.

1929, *revista de avance* cumple, airosamente su tarea. Sus páginas siempre son la expresión de una inquietud donde se adivina el afán de intuir la verdad de la hora, y donde, cuándo se llega a ella, el debate reflexivo es alto e inspirado en la más honda comprensión. — E. S. C.

Concurso literario del Ateneo Claridad.

EL Ateneo Claridad, formado alrededor de la revista quincenal del mismo nombre, ha organizado un concurso de literatura, cuyas bases y condiciones a continuación extractamos:

Podrán intervenir en el concurso todas los autores inéditos de Latinoamérica, es decir, que no hayan publicado libros.

Se establecen tres categorías de trabajos, a saber:

- a) *Prosa literaria*. (Novela, cuentos, narraciones, poemas en prosa, etc.)
- b) *Prosa crítica*. (Ensayos, crítica literaria o teatral. Se exceptúa toda crítica sobre asuntos de carácter científico).
- c) *Verso*. (Versos sueltos, poemas, etc.)

El trabajo o trabajos a que hacen referencia los incisos a) y b) del artículo anterior deberán tener una extensión que oscile entre 150 a 200 páginas.

El número de composiciones en verso a que alude el inciso c) del artículo 3º no debe ser mayor de 35, tratándose de composiciones independientes entre sí. En caso de ser una sola composición, ésta no deberá contener menos de 3.500 líneas.

Los trabajos deberán ser firmados con seudónimos; y, en sobre aparte, cerrado y lacrado, en cuya parte exterior se escribirá el título del trabajo y seudónimo correspondiente, se ensobrará una tarjeta con el nombre y domicilio del autor, claramente escritos.

Cada autor no podrá presentar más de un solo trabajo en cada categoría.

Los trabajos podrán presentarse desde el 1º de marzo hasta el 31 de diciembre de cada año.

Pasada esta última fecha, las composiciones recibidas figurarán en el concurso del año subsiguiente.

Los trabajos deberán ser enviados a la siguiente dirección: *Concurso literario, Ateneo Claridad, San José 1641, Buenos Aires.*

En la revista *Claridad* se irán publicando los títulos y seudónimos de los originales recibidos.

Los miembros de la Comisión de Asuntos Artísticos del *Ateneo Claridad* se constituyen en Comisión de Lectura de los trabajos recibidos. La función de esta Comisión es descartar del concurso aquellos trabajos que a su juicio no reúnan suficientes méritos para intervenir en el concurso propiamente dicho. Los trabajos aceptados pasarán al jurado del concurso. Este se compondrá de cinco miembros: Dos miembros del *Ateneo Claridad*, dos escritores de prestigio ajenos al Ateneo, un miembro designado de común acuerdo entre los cuatro miembros anteriores.

El jurado se expedirá antes del 31 de marzo de cada año sobre las obras recibidas hasta el 31 de diciembre del año anterior.

El jurado podrá declarar desierto el concurso en una, dos o las tres categorías.

Se establecen dos premios por categoría, que consisten en la publicación absolutamente gratuita del libro, la donación al autor de 100 ejemplares en papel pluma y el 25 por ciento de lo producido por el mismo. El autor premiado perderá todo otro derecho por su libro durante un lapso de un año a partir de la fecha de su publicación.

Además de dichos premios, se entregará a cada vencedor del concurso una medalla de plata con mención del premio obtenido.

Los premios municipales a la producción literaria de 1928

EN el despacho del secretario de Hacienda de la Municipalidad, se reunió el 12 de junio el jurado encargado de otorgar los premios municipales de literatura, correspondientes al año de 1928.

Asistieron a la reunión los miembros del jurado, señores Alberini, Faggioli, Bonet, Salazar y Garzón, y después de una deliberación motivada por lo reñido de algunas votaciones, se produjeron los fallos en la siguiente forma:

Prosa: primer premio, Roberto Gache, por la obra *París, glosario argentino*; segundo premio, Jorge Luis Borges por la obra *El idioma de los argentinos*; tercer premio, Enrique González Tuñón, por la obra *La rueda del molino mal pintado*.

Verso: primer premio, Rafael Gigena Sánchez, por la obra

Achalay; segundo premio, Raúl González Tuñón, por la obra *Miércoles de Ceniza*; tercer premio, Miguel A. de Elía, por el libro *Caminos ilcosos*.

Además de los nombrados, y para los distintos premios de prosa y verso, obtuvieron votos los libros de otros autores presentados.

NOSOTROS.

N O S O T R O S

Año XXIII — Tomo LXIV

ÍNDICE

		<u>Página</u>
A		
Aita Antonio	Algunos aspectos de la novela argentina	5
Antuña José G.	Petrarca y el Renacimiento ..	346
Arizaga Domingo A.	Teatro Nacional: "La mujer más honesta del mundo"	258
B		
Bernard L. L.	La situación política en los Estados Unidos	239
Bonesatti Tobías	Láminas	100
Bufano Alfredo R.	Palabras a González Carbalho.	248
Burghi Juan	Poesías	184
Burgos Fausto	Poemas de la Puna	368
C		
Camino Carlos N.	El principio de libertad y las razas retardadas	293
Cárdenas Jacinto	"Última rosa estival", de Th. Moore (adaptación castellana, y música de John Thomas).	95
Corte José C.	Un sauce y un ciprés (versos).	106

		<u>Página</u>
D		
Del Plata Rodolfo	¿Qué es el criterio?	86
" " "	Keyserling en idea y en persona	373
Dickmann Max	Bellas Artes: La Pintura. 112,	251, 378
Doll Ramón	Enrique Ferri, penalista y político	107
Domínguez María Alicia	Un carro de pasto en la ciudad (poesía)	22
F		
Fabi José	Europa en la encrucijada	304
Ferraría Mayorino	Crónica musical	115, 263, 382
Fusco Sansone Nicolás	Canción del silencio de los pechos maternales (versos) ...	344
G		
González Carbalho	Otras palabras a tu muerte (poesía)	302
Grodsinski S.	Tres poemas	69
Grossi C. César	El Tratado y Concordato de Letrán	26, 207, 313
K		
Korn Alejandro	Herman Keyserling	370
L		
Lamarque Nydia	Máquina de guerra (poema) ...	158
Lizondo Borda M.	Pequeña Introducción a Croce.	173
Lugo Romero Américo	Impresiones de Europa	359
M		
Mandolini Hernani	Los maestros de la risa	41
Marasso Arturo	Imágenes mitológicas de Dario (con 10 ilustraciones)	161
Medina Betancort M.	Poesías	343
N		
Nelke Jorge	La sugestión de Camilo (escena teatral)	364

P

Página

Palcos Alberto	Las ideas estéticas de Sar-	
	miento	145
Petit M. Magdalena	Rosa Manheim (cuento)	89

R

Reissig Luis	Derecho y Fuerza	63
" "	¿Qué es la Justicia?	354
Ribeiro Ofelia C. B.	Camino (versos)	105
Rodríguez	Wanda Landowska (caricatura)	383
Roland	Keyserling (retrato)	375

S

Schweizer Rosaura	Poesías	103
Soto y Calvo Francisco	Punteando a dos guitarras.....	47

V

Vega Carlos	La música incaica y el doctor	
	Sivirichi	72
Villalobos Domínguez C.	¿El idioma del futuro?	54
" " "	El georgismo y la cultura fran-	
	cesa contemporánea	226
" " "	Experiencia del comunismo en	
	el Chaco paraguayo	332

Y

Yunque Alvaro	Jauja (cuento de niños)	186
---------------------	-------------------------------	-----

CRONICA DEL MES

Bibliografía:

- Luis Franco: *Los trabajos y los días y Geórgicas* (M. López Palmero). — Rosa García Costa: *Poesías* (M. López Palmero). — Daniel Elías: *Las alegrías del Sol* (Alvaro Yunque). — Concepción Ríos: *Archipiélago* (Alvaro Yunque). — José Carlos Mariátegui: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (Ramón Doll). — Alejandro Castiñeiras: *Sonadores y realistas. De Platón a Marx* (Ramón Doll). — Julio Alvarez del Vayo: *Rusia a los doce años* (Ramón Doll). Varios: *La vida y la obra de Ricardo Monner Sans* (Nos.) — Atilio Brugnoli: *Dinámica pianística* (Mayorino Ferraria). — Libros y folletos recibidos en abril

Leopoldo Lugones: <i>Poemas solariegos</i> (M. López Palmero). — Manuel Gálvez: <i>Humaitá</i> (Ramón Doll). — Ramón Doll: <i>Ensayos y Críticas</i> (D. A. Arizaga). — Justo P. Sáenz (hijo): <i>Pasto puna</i> (M. López Palmero). — José María Luélmo: <i>Inicial</i> (M. López Palmero). — Fernando Ortiz Echagüe: <i>Pasajeros, correspondencia y carga</i> (E. S. C.). — Adolfo Salazar: <i>Sinfonía y Ballet</i> (Mayorino Ferraria). — Libros y folletos recibidos en mayo	270
Guillermo Saravi: <i>El Supremo Entrerriano</i> (Alvaro Yunque). — Gaspar L. Benavento: <i>Tierra Maldita</i> (Alvaro Yunque). — Vicenta Castro Cambón: ... <i>Y cantando lo haré y El libro de Quique</i> (Alvaro Yunque). — Antonio J. Gutiérrez Alfaro: <i>Poemas japoneses</i> . Versión castellana. (Alvaro Yunque). — Justo L. Desein Merlo: <i>Ara incaica y Atabal indio</i> (Alvaro Yunque). — Juan Marín: <i>Looping</i> (Alvaro Yunque). — Montiel Ballesteros: <i>Fábulas</i> . Motivos americanos (Juan M. Rial Guyot). — Luigi Salvatorelli: <i>Costantino il Grande</i> (L. S.). — Ugo D'Andrea: <i>Enrico Corradini</i> (L. S.). — Giuseppe Ettore: <i>Questione d'onore</i> (L. S.). — Alberto Etkin: <i>Bosquejo de una Historia y Doctrina de la Unión Cívica Radical</i> (Ramón Doll). — Claudio Fojas: <i>Hágase saber. Notifique Arturo Capdevila</i> (Ramón Doll). — Miguel A. Virasoro: <i>Una teoría del yo como cultura</i> (Mario Pinto). — Libros y folletos recibidos en junio	402

El Arte y las letras argentinas juzgadas en el extranjero:

<i>Las Visperas de Caseros y El Gitano y su leyenda</i> , de Arturo Capdevila (R. CASINOS ASSENS en <i>La Libertad</i> , de Madrid). — Héctor Ruiz Díaz (F. I., en "1929"	393
---	-----

Miscelánea:

Voces y giros usuales en el español de la Argentina (JOAQUÍN A. ROMERO). — Contribución al conocimiento de modismos y palabras usuales en diversas regiones del país (BENJAMÍN GUTIÉRREZ COLOMBRES)	398
---	-----

Las Revistas, por Arturo Aita:

<i>Alfar. La Nouvelle Revue Française. Nord. Latinité. Revista de Educación</i> (Chile)	388
---	-----

Notas y Comentarios:

Curiosa función del Instituto de Filología. Fermín Estrella Gutiérrez. Sobre nuestro aniversario de 1927. ¿Qué son los rotarianos? Asociación Filarmónica Argentina	138
Roberto Casaux. Las elecciones británicas. Herman Keyserling. A propósito de una conferencia del Dr. Nicolai. Una obra italiana sobre la literatura argentina contemporánea. Aclaración. Correo	286
Paul Groussac. Belisario J. Montero. Vicente di Napoli Vita. Alberto M. Candiotti. Cipriano Rivas Cherif. Una encuesta de "La Razón": Respuesta de nuestro director Alfredo A. Bianchi. Impulso a la enseñanza superior e investigación científica en el Uruguay. Dictadura y libertad. Mensaje celestial. "1929", revista de avance. Concurso literario del Ateneo Claridad. Los premios municipales a la producción literaria de 1928	418